



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

KARL MARX

Exposición de los conceptos centrales en su obra

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADO EN FILOSOFÍA
P R E S E N T A
JORGE ENRIQUE VEGA MARROT

ASESOR:

LIC. PEDRO JOEL REYES LÓPEZ



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Elisa.

A mis padres, inigualables padres.

A la Escuela de Copilco, el gran faro.

A mi asesor Pedro Joel Reyes López,
y a mis sinodales, Pedro Enrique García Ruiz,
Carlos Oliva Mendoza,
Jorge Armando Reyes Escobar
y Francisco Javier Sigüenza Reyes,
por su comprensión y paciencia.

A la Universidad Nacional Autónoma de México
y a la Facultad de Filosofía y Letras,
que me enseñaron, de una vez por todas,
para qué sirven las academias.

A mi familia,
y a los que han sido y son mis maestros y amigos,
gracias por todo.

AL LECTOR

Esta tesis es una exposición conceptual. Esto quiere decir que he tomado algunos conceptos para mostrarlos de manera concisa y clara. Todo mérito teórico que el texto contenga corresponde única y exclusivamente a Marx. A mí, si lo hubiere, me corresponde en todo caso un mérito estético. Hablo sobre esto para evitar que la exposición poética de ciertos teoremas aparezca bajo la pretensión de llevar mi nombre. En algún sentido este trabajo no es más que una paráfrasis, una forma socialmente aceptada de plagio. Si hubiera sido más ambicioso habría rebasado los sagrados límites que corresponden a una tesis de licenciatura. Pude ser más estricto, colocando a cada referencia indirecta un numerillo con su respectiva extensión al final. Creo, sin embargo, que la confusión entre números y letras habría sido chocante y el volumen del texto aumentaría en la misma proporción en que disminuirían su agilidad y belleza. Esto no podía permitírmelo. Por el mismo cuidado, he procurado omitir las notas al pie de página salvo en ocasiones especiales. Las notas numeradas se limitan a señalar las fuentes bibliográficas que aparecen en la última sección. Salvo los dos primeros capítulos, dedicados a la exposición sintética del concepto filosófico de *praxis* y a la teoría del valor, el resto del texto no debe representar mayor complejidad.

Por su extensión, me ha sido imposible abarcar todo lo escrito por Marx (las obras completas de Marx y Engels suman alrededor de 200 volúmenes). Me he ceñido, por tanto, a lo que tradicionalmente se considera la parte más representativa de su obra, sin descartar el hecho, posible, de que haya cometido alguna omisión grave. Por probables limitaciones anticipo al lector una disculpa. Con todo, creo haber hecho un esfuerzo digno y espero que el presente texto cause a otros, por lo menos, una pequeña porción del agrado que me ha causado el escribirlo.

J.V.

Cuernavaca, Morelos. 2 de febrero 2008.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

I.	5
II.	7
III.	8

CAPÍTULO I. HOMBRE Y NATURALEZA

§ 1. Praxis

I. Mundo y acción.....	10
II. Constitución dialéctica de lo real.....	10
III. Creación.....	11

§ 2. Trabajo

I. Trabajo natural	12
II. Trabajo social	13

§ 3. Producción.....

CAPÍTULO II. LA MERCANCÍA

§ 4. Valor de uso y valor

I. Valor de uso.....	15
II. Valor de cambio o valor.....	15
III. Producción burguesa como producción de valores de cambio.....	18

§ 5. División del trabajo.....

§ 6. Fetichismo de la mercancía.....

CAPÍTULO III. EL DINERO

§ 7. Sustancia del dinero

I. Dinero como símbolo del valor. Mercancía universalmente enajenable...22	
II. Mercancía dineraria. Oro y moneda.....	24

§ 8. Acción del dinero

I. Circulación: metamorfosis de las mercancías.....	25
---	----

II. Circulante.....	26
III. Precio. Divergencia entre valor de cambio y precio.....	26
IV. Relaciones sociales convertidas en relaciones de dinero. Avance de la capa mercantil.....	28
§ 9. Dinero atesorado y dinero incrementado	
I. Atesoramiento.....	31
II. Capital usurario.....	32

CAPÍTULO IV. CAPITAL Y TRABAJO

§ 10. Valorización del valor	
I. Caracterización general del capital.....	34
II. Valorización y trabajo.....	35
§ 11. Trabajo asalariado	
I. El trabajo como valor de uso del capital.....	38
II. Necesidad de la venta de su fuerza de trabajo por parte del obrero.....	39
III. Compra y venta de la fuerza de trabajo. La ilusión del contrato.	40
IV. Sentido de la compra del trabajo productivo e improductivo.....	42
V. El salario.....	43
VI. Apropiación capitalista del trabajo ajeno.....	45
VII. Plustrabajo.....	46
§ 12. División social en clases	
I. Antagonismo de clase.....	48
II. El burgués.....	50
III. El proletario.....	51
§ 13. División capitalista del trabajo	
I. Caracterización general de la división capitalista del trabajo.....	51
II. Cooperación.....	53
III. El obrero parcial.....	55
IV. División del trabajo intelectual y el trabajo físico. Ciencia.....	56

CAPÍTULO V. PRODUCCIÓN CAPITALISTA

§ 14. Proceso Laboral	
I. Unidad del proceso productivo como proceso laboral y proceso de valorización.....	58
II. Consumo productivo. Materia prima.....	59
III. Formas que reviste el proceso laboral dentro del sistema de producción capitalista.....	60
§ 15. Proceso de valorización	
I. Transmisión de valor.....	62
II. Trabajo vivo y trabajo muerto. Capital constante y capital variable.....	63
III. Aumento del valor. Plusvalor absoluto y plusvalor relativo.....	64
IV. El obrero supernumerario.....	65
V. Tasa de plusvalor.....	67
§ 16. La máquina	
I. Sistema de máquinas.....	68
II. Maquinaria y trabajo.....	69
§ 17. Comercio y mercado capitalistas	
I. Circulación capitalista.....	71
II. La competencia.....	73
III. El señorío sobre la naturaleza.....	75
IV. Oferta sobre demanda.....	75
V. Mercado mundial.....	77

CAPÍTULO VI. PROPIEDAD

§ 18. Propiedad antigua	
I. Apropiación social antigua de la vida.....	79
II. Límites y destrucción de la comunidad antigua.....	80
§ 19. Propiedad burguesa	
I. Propiedad privada.....	81
II. Comunidad burguesa.....	82

III. Producción y reproducción de la relación capitalista de lucro.....	83
§ 20. Génesis del capital	
I. Renta de la tierra.....	85
II. Manufactura. Subsunción formal del proceso de trabajo al capital.....	88
III. Enajenación del productor con respecto a los medios y frutos de la producción.....	89
IV. Maquinaria. Subsunción real del proceso de trabajo al capital.....	90
V. Acumulación originaria.....	91
§ 21. Estado y ley	
I. El estado y el derecho.....	92
II. Superestructura.....	94
III. Economía burguesa.....	95
 CAPÍTULO VII. REVOLUCIÓN	
§ 22. Desenajenación	
I. Anulación de la propiedad privada capitalista.....	96
II. Libre desarrollo de las fuerzas productivas individuales y sociales.....	97
III. Praxis revolucionaria.....	98
§ 23. Lucha revolucionaria	
I. Constitución del proletariado en clase.....	100
II. Lucha armada.....	101
 NOTAS.....	102
 BIBLIOGRAFÍA.....	105

KARL MARX

Exposición de los conceptos centrales en su obra

El Comunismo es un ideal, el sueño de una buena sociedad. En esencia es una rebelión contra los males existentes y contra un mundo imperfecto.

El comunista trata de cambiar la faz del mundo y está suficientemente entregado como para conseguirlo. El comunista medio está dispuesto no sólo a vivir según los principios del Comunismo sino también a morir por ellos.

No merecemos ganar la batalla contra el Comunismo hasta que no consigamos tener gente entregada a la lucha anticomunista en número igual al de los mismos comunistas. Sólo cuando tengamos verdaderos cristianos, entregados e identificados con los ideales del Cristianismo, seremos nosotros y no ellos los que cambien el mundo.

La tercera parte de la humanidad está influida por el Comunismo y uno de cada tres niños que nacen hoy día será educado en los principios comunistas. Los comunistas intentan conquistar el mundo presentando la batalla en zonas de Asia, África y América Latina. Las naciones recién formadas y las económicamente débiles buscan seguridad y muchas de ellas creen encontrarla en el servicio total de los comunistas a su ideal. Quizás no simpaticen con los principios del Comunismo, pero consentirán en entregarse al partido comunista porque les parece que sabe a dónde va.

Tenemos que estar tan consagrados a nuestros objetivos cristianos como los comunistas a los suyos. Tenemos que conocer a nuestro enemigo y los mejores medios de combatirlo. Ha habido en el pasado un anticomunismo mal dirigido. Necesitamos mayor orientación y mayor entrega.

Hemos de reconocer que el Comunismo es un efecto y no una causa. Nuestro conocimiento del Comunismo no nos ayudará a exterminar tal monstruo a menos que los cristianos seamos lo suficientemente humildes para admitir nuestra responsabilidad en el nacimiento y rápida madurez del Comunismo.

Si no llegamos a conocer el comunismo en la visión de los fallos religiosos, políticos, económicos y sociales en que se enraizó y florece, nuestras tácticas y estrategia seguirán siendo negativas y de este modo, no sólo no atacamos al comunismo sino que lo favorecemos.

El propósito de este libro es dar a conocer el Comunismo y su alcance.

RICHARD CARDINAL CUSHING. Arzobispo de Boston. *Preguntas y respuestas sobre el comunismo.*

No sé si fue la personalidad del individuo o el ambiente lo que me preparó para recibir la revelación, pero sí sé que había escuchado los argumentos muchas veces dichos por mucha gente y jamás me había impresionado. En realidad nuestro relator era un tipo interesante: en su juventud había huido de algún país europeo para escapar del cuchillo adoctrinador; conocía el sabor del miedo (una de las experiencias que le hacen a uno apreciar la vida) y después, rodando de país en país y acumulando miles de aventuras, había venido a descansar su osamenta en esta comarca remota donde aguardaba pacientemente la venida del gran suceso. Después de las frases triviales y los lugares comunes con que cada uno expresó sus posiciones, la conversación languideció y estábamos a punto de separarnos. Entonces, con esa sonrisa de chico travieso que siempre lo acompañaba y acentuaba lo desparejo de sus cuatro incisivos, deslizó lo siguiente: “El futuro pertenece al pueblo y poco a poco o de un solo golpe tomará el poder, aquí y en todo el mundo. Lo malo es que tienen que civilizarse, esto no puede ocurrir antes sino después de la toma del poder. Sólo se civilizarán aprendiendo a costa de sus propios errores, que serán graves y costarán muchas vidas inocentes. O tal vez no, tal vez no serán inocentes, porque habrán cometido el gran pecado contra natura que significa la falta de capacidad de adaptación.

”Todos los inadaptables, usted y yo por ejemplo, moriremos maldiciendo el poder que con tanto sacrificio ayudamos a crear... A su modo impersonal, la revolución tomará nuestras vidas e incluso usará la memoria de aquello que para ellos sigue siendo ejemplar como instrumento para domesticar a la juventud que vendrá después. Mi pecado es más grande porque yo, más sutil y con mayor experiencia, llámelo como quiera, moriré sabiendo que mi sacrificio se debe sólo a una obstinación que simboliza la civilización podrida que se derrumba”.

Luego ese sabio interlocutor descerraja un impresionante vaticinio: “Usted morirá con el puño crispado y la mandíbula apretada, en una demostración perfecta de odio y de combate, porque no es un símbolo (algo inanimado que se toma como ejemplo) sino un miembro auténtico de una sociedad que se viene abajo: el espíritu de la colmena habla por su boca y se mueve en sus acciones; usted es tan útil como yo, pero no conoce la utilidad de la ayuda que le da a la sociedad que lo sacrifica”. Vi sus dientes y la expresión picaresca con que saltó sobre la historia, sentí la presión de sus manos y, como un murmullo lejano, el saludo protocolar de despedida... A pesar de sus palabras, ahora sabía, ahora sabía... que en el momento en que el gran espíritu juzgue sobre la inmensa brecha que divide a

toda la humanidad en sólo dos fracciones antagónicas, yo estaré con el pueblo, y lo sé porque veo dibujado en la noche que yo, disector ecléctico de doctrinas y psicoanalista de dogmas, aullando como un poseso, asaltaré las barricadas o trincheras, bañaré mi arma en sangre y, loco furioso, degollaré a cualquier enemigo que caiga en mis manos.

Y veo como si un enorme cansancio derribara mi reciente exaltación, cómo moriré cual sacrificio a la auténtica revolución niveladora de las voluntades, pronunciando el mea culpa ejemplar. Y siento mis fosas nasales dilatadas, saboreando el olor acre de la pólvora y la sangre del enemigo muerto; ahora mi cuerpo se retuerce, listo para la pelea y preparo mi ser como si fuera un lugar sagrado para que en su seno el aullido bestial del proletariado triunfante pueda reverberar con nuevas vibraciones y nuevas esperanzas.

ERNESTO "CHE" GUEVARA. *Nota al margen.*

En Notas de viaje.

INTRODUCCIÓN

I

Desocupado lector, sin juramento me podrá creer que quisiera que este texto, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir la orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podría engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino un simple y humilde esbozo de algunas cosas que sobre el marxismo pueden decirse y que, siendo de mucho provecho a los hombres, son sin embargo desoídas y arrojadas al olvido? Para los que celebraron, por convicción o imitación, la fragmentación de la Unión Soviética, para quienes acompañaron con vítores el asenso del capital a máximo monarca del mundo, todo está ya resuelto. El capital es la naturaleza y sus dueños han sido designados por el sacro dedo de Dios. El marxismo es para ellos una anacronía y una peste. Una mera reliquia oxidada que debe ser arrojada al olvido, que debe ser alejada de los niños pues es portadora de una grave enfermedad. El marxismo es para ellos un error, y si algo albergara de verdad, ésta es tan vieja y obsoleta que nada tendría que aportar al presente. Esa es su pretensión, pero, ¿se ha dicho ya, en verdad, la última palabra del marxismo? ¿acaso se ha comprendido y rebasado por entero este amplio discurso? ¿todo está ya resuelto en verdad?

La mayoría de los críticos de Marx no se han topado con una sola de sus páginas ni por accidente. Casi todos, cuando se dignan a tocar el tema, se limitan a hacer el ridículo. Su profesión favorita es atacar fantasmas. Critican dichos y frases sueltas que, sin saberlo ellos, no son sino la colección humorística de los panfletos y reducciones brutales que, tanto los ignorantes fanáticos como sus detractores igualmente ignorantes, se han empeñado en presentar como el último dicho, como las tablas de la ley del marxismo. Al absurdo de las reducciones panfletarias estos sabios jueces suman el absurdo de su santa cruzada contra las torpezas que los doctísimos tergiversadores han inventado, contra esas fantasías que sólo ante la sabiduría de los asnos y los ojos del avestruz pueden pasar por verdad. Viven de oídas. El chismerio es la base suficiente para su crítica segura y voraz. Para muestra he aquí un botón. Esto es lo que dice Octavio Paz en relación a las teorías de Marx en su texto introductorio al libro *Las enseñanzas de don Juan* de Carlos Castaneda:

El marxismo no es una ciencia, sino una teoría de la ciencia y de la historia (más exactamente [¡bendita exactitud!]: una teoría histórica de la ciencia); por eso engloba todos los fenómenos sociales en categorías históricas universales: comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo, capitalismo, socialismo. El modelo histórico del marxismo es sucesivo [!], progresista [!!] y único [!!!]; quiero decir, todas las sociedades han pasado, pasarán o deben pasar por cada una de esas fases de desarrollo histórico, desde el comunismo original hasta el comunismo de la era industrial. Para el marxismo no hay sino una historia, la misma para todos. Es un universalismo que no admite la pluralidad de civilizaciones y que reduce [¡benditas reducciones!] la extraordinaria diversidad de sociedades a unas cuantas formas de organización económica. El modelo histórico de Marx fue la sociedad occidental; el marxismo es un etnocentrismo que se ignora.*

Cómo llegó Paz a estas conclusiones, es un misterio. Desgraciadamente ya no hay manera de preguntárselo. Pero si estas maravillas las canta el prócer ¿qué se puede esperar del resto de los seres mundanos, de quienes no hablamos con palabras aladas? El intento de esta tesis es disipar un poco esa bruma que se cierne sobre la exposición teórica de Marx. Trato aquí de exponer con claridad y soltura aquellos puntos del discurso que forman la columna vertebral de su análisis crítico frente a la modernidad capitalista. La patencia, la actualidad de su discurso se explica por una condición fundamental: su veracidad. Quien conoce suficientemente la teorización marxista sabe que basta con mirar alrededor para constatar los hechos que ahí se revelan con palabras. El discurso de Marx tenía como primera finalidad el ser la base de la autoconciencia crítica del proletariado revolucionario. Para rebasar las condiciones de su explotación, el proletariado mundial debía reconocer, por el ejercicio del pensamiento crítico, las formas en que estaba siendo explotado y los mecanismos que perpetuaban su domesticación. Entonces podía plantearse la superación de esas condiciones bajo la generación de un proyecto auténticamente revolucionario. Una acción subversiva que estuviese fuera de ese espectro crítico y de autoconciencia corría el riesgo de naufragar o de encallar en una nueva bahía de opresión y castración humana. La crítica es dirigida hacia el sistema de producción capitalista pues es éste la base anímica misma de la reproducción social de la vida en la modernidad occidental. Mientras las condiciones de producción capitalista persistan y se desenvuelvan en los hechos del mundo, el discurso crítico de Marx seguirá constituyendo una posibilidad discursiva, quizá la más acabada, para el desarrollo de esa autoconciencia crítica revolucionaria y liberadora, no sólo

del proletariado, cual si éste fuera una mera clase aislada, sino de la humanidad en su conjunto.

II

Tuve la oportunidad de que algunas personas, poseedoras de cierta claridad, observaran partes de mi trabajo de tesis antes que usted. Previo a revisarlo, me cuestionaban sobre qué era mi trabajo, a lo que yo respondía simplemente que era sobre Marx. Entonces me preguntaban ¿qué de Marx? Y yo decía simplemente: Todo Marx. Este dicho tan breve parecía abrir para ellos un horizonte sumamente problemático. Desde mi posición, lo problemático era, justamente, exponer tan sólo una parcela de un paisaje cuya grandeza dependía en gran parte de la armonía de sus componentes. Para mí, el desarrollo teórico de Marx se había convertido, a través de la investigación prolongada durante casi año y medio, en un entramado orgánico; en una explicitación teórica cuyos elementos fundamentales estaban conectados entre sí con una necesidad implícita y sistémica, aunque, ciertamente, nunca apromática. ¿Cómo podría hablar del dinero sin explicar a la vez la producción de objetos para el cambio, es decir, sin explicar la mercancía? ¿Cómo podría hablar del ansia canina de generación de plusvalor sin explicar el mecanismo del salario y, con ello, la conversión del trabajador libre en esclavo? ¿Cómo podría explicar la necesidad de la violencia revolucionaria sin explicar los métodos de expropiación que constituyeron y mantienen a la burguesía como clase rectora? ¿Cómo explicar la destrucción de lo rural por la urbe fabril sin explicar la independencia de la fuerza motor generada por la máquina de vapor, sin tener que explicar entonces las partes esenciales componentes de una máquina? A lo que quiero llegar es que, al escribir mi texto, la empresa de la parcelación me parecía inalcanzable. Consideré que presentar un elemento esencial escindido de sus compañías necesarias, era sacar a la luz un cuerpo mutilado, un ente que ofrecía más preguntas que respuestas. El problema resultante de mi posición tomada era el siguiente: ¿Cómo contener, entonces, la bastedad del discurso crítico de Marx en un trabajo de tesis? ¿Cómo exponerlo en no más de cien cuartillas, respetando la calidad orgánica de su discurso, sin reducirlo panfletariamente? Y la respuesta que hallé es mi texto. Si logré rebasar las limitaciones que implicaba mi proyecto de no devastar el bosque, es cosa que no me corresponde a mí juzgar. Lo que hice fue escribir con la suficiente seriedad como para sentirme satisfecho;

busqué la manera en que un concepto llevara al siguiente de la mano; que mi exposición fuera un hilo de agua que por la adición de sus elementos hermanos se convirtiera paulatinamente en río; quise transmitir a usted, lector, algo, lo más posible, de esa visión ciclópea necesaria para la comprensión de un fenómeno tan problemático como la modernidad capitalista.

Mi trabajo es una exposición sintética de los conceptos que me parecieron fundamentales en la obra de Marx. Una colección de siete capítulos independientes pero interconectados por su correlación teórica y su presentación cabal como obra. Una cierta comprensión, algunas veces lúcida otras algo forzada, de un espectro teórico inmenso y lleno de bastas riquezas. Lo que lamento es no haber tomado el espacio disponible para realizar una contribución crítica más amplia y de mayor profundidad al espectro de las discusiones relacionadas con el marxismo. Me pesa, en verdad, haberme limitado, en gran medida, a las funciones de un sintetizador. Mas, si nada se puede hacer por ahora en las alturas de lo celeste, quizá algún animal terreno pueda sacar de mí algún provecho. Estoy, en estos días, en la difícil tarea de esparcir mi texto sobre las cabezas de aquellos que, cercanos, poseen algo de curiosidad sobre el tema. Si alguien, aunque sea ligeramente mediado por mi esfuerzo, se interesa en la palabra desoída del marxismo, me daré por bien servido. De usted solicito comprensión, un guiño de buena fe.

III

Esta tesis es una, pero es también, a su manera, muchas más de una. Si una tesis es la exposición de un problema, la explicitación de argumentos en torno al mismo y la generación de una conclusión razonada a partir de ello, esta tesis contiene tantas tesis como apartados, si no es que más. Por ejemplo, cuando se explica porqué el plusvalor que ama el capitalista está generado a partir de la explotación del trabajo, se explicita una pregunta ¿de dónde viene el plusvalor? Y se responde: quizá viene del aumento arbitrario de los precios en el mercado. Entonces se analiza porqué esto no es una respuesta correcta. Luego se analiza el origen del valor y así sucesivamente hasta que se explicita cómo y porqué el plusvalor es plustrabajo. Hay una pregunta, posiciones, argumentos y una respuesta. La tesis se demuestra o se niega. Pues bien, cuando explico los conceptos centrales en Marx lo que hago es justamente analizar y exponer tesis. Claro que se puede decir que ninguna de

esas tesis me pertenece, que lo único que hago es copiar y copiar. Yo mismo me acuso de eso en algunas partes. Sin embargo, esto no es del todo cierto.

Una de las dificultades del discurso de Marx es que en un solo párrafo puede hablar de Dios, del dinero, de la explotación y del carácter vivo de la historia. En un pequeño texto pueden estar contenidos, explícitamente o en germen, una pluralidad de temas cuyas relaciones esenciales no se resuelven de inmediato o lo hacen en un texto escrito cuarenta años después o simplemente se convierten en temas abandonados. El discurso del Marx vivo va mudando junto con él y ostenta una amplitud paralela a la amplitud de los estudios que realizaba, la cual era enorme. Por ejemplo, para ver con claridad lo que Marx pensaba acerca de la naturaleza hay que dar un largo paseo por la obra, con lupa, para ir pescando los comentarios dispersos que sobre este tema hace y entonces cotejar su posición explícita con las implicaciones que pueda tener frente al resto del entramado teórico. Es una labor de rastreo casi arqueológica. Sin embargo, el filósofo no es un arqueólogo. Cuando digo que el exponer a Marx como yo lo hago no es un mero copiar lo que trato de decir es que al interior de esa exposición orgánica y sintética existe una pretensión que representa justamente la tesis que yo defiendo con mi trabajo. Y esto es, precisamente, que los conceptos que trata y desarrolla Marx a través de su obra comparten un entramado orgánico que les permite ser expuestos como un solo discurso ordenado y coherente. Presentar a Marx de esta manera es, según diría críticamente Bolívar Echeverría, un intento por sustancializar su discurso, un intento por hacer caso omiso a sus contradicciones, intenciones y variaciones para hacerlo pasar como un todo coherente y unitario. Pues bien, yo creo que esa exposición es posible. Ésta es, pues, la tesis neural que organiza a todas las otras tesis contenidas en mi texto: que el desarrollo del discurso crítico de Marx posee un entramado conceptual central que le permite ostentar un carácter sistémico y cuyos elementos se ponen y suponen entre sí, funcionado como un organismo teórico; ello a pesar de la dispersión de los tratamientos y las variaciones a lo largo de la obra del propio Marx. Esa tesis es mía y es entonces la tesis que defiendo. Ciertamente no soy el primero en sostenerla, pero soy el primero en hacerlo de la manera en que está usted a punto de leer. El texto es la respuesta a esa tesis que he adoptado como mía. Creo que una buena manera de leerlo es imaginando que uno está hablando sobre los temas con el viejo Marx, que está uno conversando con él serenamente en algún lugar apacible. Pero esto es sólo una sugerencia.

KARL MARX

Exposición de los conceptos centrales en su obra

CAPÍTULO I. HOMBRE Y NATURALEZA

§ 1. Praxis

El destino es el que baraja las cartas pero somos nosotros los que jugamos.

SHAKESPEARE

I. Mundo y acción

El hombre es en el mundo: este es naturalmente el punto de partida. Tocar la tierra, reír, andar, todo esto acontece sólo en el mundo. Y ahí está, la naturaleza, fuente de las imágenes primarias, de los objetos primarios, todo el tiempo dialogando, dando sus frutos a los ojos de la conciencia, dando sus primeros juguetes a la mano. El mundo acciona sobre el hombre, amolda su ser y su cabeza con sus frutos. Pero este hombre no es sólo un hombre que ve, que se deja tocar, no es este hombre pura pasividad. Este hombre es ante todo un ser que hace. Un ser que piensa y hace, un ser activo. Un ser que proyecta y hace. La acción del mundo hace al hombre, mas el hombre, por su acción, hace al mundo. Y lo que hace el hombre, el hombre lo deshace. Esto es el diálogo entre la naturaleza y el hombre, una dialéctica de entes que se forman y transforman por su acción recíproca. Historia natural es la historia humana. El hombre es transformado por la naturaleza y al transformarla se transforma también a sí mismo.

II. Constitución dialéctica de lo real

Nada ocurre aislado en la naturaleza; es una simbiosis, un organismo. La manzana es la mano que la toca y es el fruto; ella misma es este diálogo entre la mano y el fruto, existe sólo en esta relación. Al palparla el hombre se la apropia, se desenajena de ella, deja

de serle extraña. Y un buen día viene a partirla con su puño y se la come. Ahí estaba el mundo y su fruto, pero ahí estaba también la mano del hombre y el hambre del hombre. El hombre es en este diálogo con la naturaleza, y es pensamiento, y necesita y desea, y es transformador. El hombre es la parte activa del diálogo. Su actividad es objetiva, crea mundo. Mundo y hombre son las dos caras de la misma moneda llamada realidad. El paisaje es la montaña pero es también el ojo que la mira. El ojo es tanto la montaña como la montaña el ojo. Y el ojo se vuelve brazo y pala y transforma la montaña. Toda naturaleza es hombre-naturaleza y de vuelta. Un camino circular con dos rutas paralelas. Todo mundo de hombre es actividad práctica humana, acción humana. La materialidad misma es *actividad práctica, material-humana*. La actividad humana real, material, que en diálogo activo con la naturaleza, da paso al mundo, es conocida con el nombre de *praxis*.

III. Creación

El aspecto activo de la relación de realidad es el hombre. Las abejas y los pájaros construyen, mas nunca dejan de ser pájaros o abejas. Sólo el hombre deja de ser ese hombre que era y crea. Sólo él es ave y abeja y todo. La hormiga y su magna arquitectura tienen una ley suprema inquebrantable. Su naturaleza es siempre un ¡hasta aquí! La naturaleza del hombre es estar viendo su naturaleza cambiar una y otra vez, derrumbarse y construirse una y otra vez. El límite único al crear del hombre es su condición mundana de hombre. El límite de sus brazos y piernas, y su tradición. Sin embargo, esas bardas están hechas de material moldeable y perecedero. Imaginar y transformar infinitamente; crear universalmente, esa es la posibilidad que distingue al hombre. Idear libremente y crear libremente, es esta su manifestación creadora. Creando y transformando se transforma. Su historia natural es la transformación continua de su naturaleza. Transformación que él mismo potencia. *El hombre natural es el hombre histórico*.

Los hombres modifican el mundo y son a su vez modificados, prueban y hacen su verdad sobre el mundo. Idean su verdad y la prueban sobre el mundo, modificándolo. De lo único que al crear no es libre el hombre es de su pasado y de los límites del mundo que es su herencia. Sobre él pesan siglos de lozas, pero se las arregla para volar y ser ligero y libre. Un hombre desea, por decir algo, una silla. Entonces piensa su silla y con su idea en la mano va hacia el madero y le pide una respuesta. El hombre piensa y proyecta y entonces va

al mundo a hacer realidad lo que pensaba. Es ahí, en el mundo, donde se prueba la verdad de su pensamiento. Es *en la praxis* [donde] *debe el hombre demostrar la verdad, esto es, la realidad y el poder, la terrenalidad de su pensamiento*. El hombre proyecta y prueba en el mundo por intermedio de sí mismo. Para probar pone su propio cuerpo, su propia vida, en juego. El camino que recorre su idea para hacerse efectiva en los hechos del mundo; el transcurso que supone la acción de la voluntad orientada a un fin que es su ley; fin ideal que persigue su propia objetivación y la logra a través del real ejercicio de la fuerza, esto es lo que en términos generales define lo que se conoce como *trabajo*.

§ 2. Trabajo

I. Trabajo natural

En un principio, el hombre echa a andar su propia fuerza para obtener de la naturaleza su propia vida. El trabajo aparece como una mediación necesaria para la existencia de los hombres. Es, primariamente, la *apropiación de lo natural para las necesidades humanas, condición general del metabolismo entre el hombre y la naturaleza, eterna condición natural de la vida humana*. Entre el hombre y el mundo hay un proceso que se manifiesta para el hombre como trabajo. La Tierra funciona como el objeto general de dicho trabajo, es la despensa originaria y el primer arsenal de medios de trabajo, de herramientas. Según las circunstancias de vida se desarrollan determinadas facultades productivas. El desarrollo del trabajo es, también, desarrollo de las habilidades y los medios del trabajo. Su perfeccionamiento progresivo y el acto mismo del trabajar se desenvuelven como algo útil que permite la satisfacción de la necesidad natural, material, humana, otorgando un espacio fértil para el disfrute y la vida en general. Conocimientos, habilidades y herramientas se gestan, perfeccionan y combinan constituyéndose como técnica. La materia que era ajena u hostil se reconcilia con el hombre y éste *desarrolla las potencias que dormitaban en ella y sujeta a su señorío el juego de fuerzas de la misma*.

II. Trabajo social

El trabajo humano es siempre y en todo caso trabajo social. Sin importar el número de los trabajadores, así sea uno solo, ese trabajo realizado está marcado por su carácter social e histórico: por una forma socialmente heredada de producir, por una necesidad socialmente mediada, por un paisaje socialmente modificado, etc. *Individuos que producen en sociedad, o sea la producción de los individuos socialmente determinada: este es naturalmente el punto de partida.* Hombres que se hacen los unos a los otros, produciendo por su acción recíproca el lazo que los une y las riquezas que los mantienen: esto es el acontecer social. Produciendo en sociedad satisfacen sus necesidades mientras desarrollan y perfeccionan los medios y las formas de su producción. Paralelamente, generan toda una nueva gama de necesidades derivadas de la unión social misma. Su nexos se produce, fomenta o destruye dentro de su misma historia. Lo que llamamos *el hombre* no es sino los hombres concretos, de carne, hueso y demás. *La esencia humana no es un abstractum inherente al individuo singular. En su realidad, es el conjunto de las relaciones sociales.* El punto de partida de cada hombre, la sociedad, no se elige, se padece. Es una herencia, un determinado estadio de la dialéctica de los hombres entre sí y la naturaleza. El individuo se hace tal individuo sólo en una sociedad y por intermedio de ella. Pueden ser libres los hombres y crear las nuevas formas, pero han de hacerlo forzosamente en y desde un mundo que los precede. El hombre natural es, en todo caso, el hombre histórico y social. La ilusión del burgués acerca del salvaje solitario en la naturaleza, que ya como individuo dominador de su medio, se lanzó a integrar una sociedad con otros, en la base de un acuerdo contractual y egoísta, no sólo está completamente dislocada de la historia humana real sino que es tan ridícula y fantasiosa como creer que los hombres pueden desarrollar un lenguaje entre sí gestándolo separadamente.

§ 3. Producción

En el momento mismo de su actividad creadora el trabajo toma la forma de proceso. En el proceso laboral, orientado según fines, la actividad se realiza como ser fijándose materialmente en un objeto: *el producto*. Por la actividad del trabajo viene al mundo un nuevo ser, un nuevo objeto. En el producto, el proceso laboral se termina. Un fragmento de

la tierra ha sido transformado a través del trabajo para convertirse en otra cosa. Una forma es consumida para llegar a otra y que ésta otra sea útil. El resultado de este consumo productivo es un producto que se distingue del consumidor, sin importar que éste pueda darle una utilidad para su propio consumo. *Los elementos simples del proceso laboral son la actividad orientada a un fin -o sea el trabajo mismo-, su objeto y sus medios;* su resultado es siempre un determinado producto. Cuando el fin que guía la producción responde a la necesidad de reproducción natural de la vida de un hombre, el producto bien acabado es siempre un útil para esa vida.

Producir es crear: es trabajo y acción sobre la naturaleza y sobre los hombres que se relacionan con ella a través de sus relaciones sociales. Producir es un apropiarse de la naturaleza por intermedio de una sociedad determinada. Así pues, ciertas condiciones sociales de producción y sus relaciones preceden a todo proceso de producción. A estas condiciones humanas se suman las condiciones del mundo y sus medios, sus condiciones materiales reales. El desarrollo de la base material de reproducción de una sociedad no implica necesariamente el desarrollo o decadencia de las otras esferas de la vida humana, como las artes o la ciencia. Sin embargo, todo avance sustantivo en las formas materiales de la producción social trae consigo el anuncio de una transformación.

A la historia corresponde señalar los hechos en el desarrollo de las fuerzas productivas. En la comunidad antigua el avance de estas fuerzas tenía un sentido de fortalecimiento para la vida. El hombre acontecía como objetivo de la producción y el trabajo natural era la vida misma. Sin embargo, algo muy distinto ocurre en la forma de la producción moderna. Aquí, es la producción quien funge como objetivo tirano del hombre, mientras la riqueza por sí misma acontece como el objetivo sagrado de la producción. El trabajo, que una vez afirmó la vida, se convierte, por intermedio del capital, en el amo de los sacrificios.

CAPÍTULO II. LA MERCANCÍA

§ 4. Valor de uso y valor

I. Valor de uso

Los hombres crean socialmente productos transformando a la naturaleza por intermedio del trabajo. Producen, en un principio, objetos útiles para satisfacer las necesidades humanas, sean éstas naturales o artificiales. *La utilidad de una cosa hace de ella un valor de uso.* Producir valores de uso responde a la necesidad humana de obtener materialmente de la naturaleza su propia vida. La utilidad social de un objeto o producto, de un valor de uso, no *flota por los aires* sino que se asienta en sus mismas propiedades físicas. Según sus cualidades, el objeto concreto toma su papel en el uso o en el consumo donde encuentra su verdadera realización como útil. Las distintas formas en que los diversos seres se han hecho útiles al hombre corresponden propiamente al desarrollo histórico. Valores de uso festivos o naturales, en tanto satisfactores de la necesidad material, están implícitos, forzosamente, en la existencia social humana, constituyendo el contenido material de la riqueza. Su carácter esencial de útiles los constituye como un bien. En el caso de la producción capitalista de mercancías son a la par los portadores materiales del valor de cambio y aunque puedan encontrarse subsumidos a él nunca dejan del todo de estar presentes.

II. Valor de cambio o valor

La producción moderna no es, sin embargo, mera producción de objetos. Ella es, fundamentalmente, producción de *mercancías*, producción de objetos cuyo fin no es primordialmente el consumo sino el cambio. Una *mercancía es*, [ciertamente] *en primer lugar, un objeto exterior*. Pero este objeto es algo realmente peculiar pues posee una doble faceta. Además de sus cualidades físicas posee una cualidad social que le otorga la capacidad de fluir libremente y ser cambiada por otros objetos. El objeto mercancía no sólo es un valor de uso sino que posee además *valor de cambio*. No sólo es materialmente útil para cubrir necesidades propias de la vida sino que posee un elemento, el valor, que le

permite ser útil para realizar una determinada relación social histórica: el intercambio. Veamos, pues, primeramente, lo que es el valor de cambio o valor.

Cuando dos personas quieren intercambiar sin desventajas objetos distintos tropiezan con una primera dificultad. Sus objetos, en tanto diferentes, son entre sí inconmensurables. En realidad es imposible decir cuántos frijoles son una vaca o cuantas naranjas es un alfiler chino. Para establecer comparativos entre objetos distintos se hace necesaria una cierta equiparación y un cierto cálculo. A la mediación real entre objetos, al intercambio de las cosas mismas, le acompaña una mediación mental que realizan los sujetos que cambian. Los intercambiadores hacen abstracción de las características concretas de sus objetos y establecen una medida conjunta que les permite dar a cada cosa su justo valor frente a la otra. Las cualidades concretas de los objetos se hacen a un lado para permitir que éstos aparezcan como cantidades de una misma cosa. Se equiparan mentalmente los objetos y se decide que tantas vacas son tantos frijoles o tantas naranjas. El valor de la vaca se expresa ahora en un elemento esencialmente distinto: en frijoles. Cualquier objeto puede fungir como el elemento simbólico del valor, basta con un acuerdo. El valor es entonces la unidad ideal entre los objetos concretamente distintos que permite que se les mida con la misma vara. No se necesita tener en la mano un solo frijol real para decir cuántos frijoles es una vaca, basta con un cálculo. El valor de cambio o valor de los objetos diversos se presenta entonces como un determinado *cuanto*, una cierta cantidad de un mismo elemento. Tantas vacas por tantos frijoles, tantos alfileres por tantas naranjas. Lo que era inconmensurable se vuelve, a través de la mediación ideal entre sujetos, en distintas cantidades de una misma sustancia, el valor. En el cambio el carácter particular de la cosa se diluye y el valor se convierte en el verdadero contenido de la transacción. La mercancía física es portadora de dicho valor, y en tanto tal se hace capaz de ser cambiada por otra. Las cualidades concretas ceden su lugar en el cambio a las cantidades abstractas. La mercancía aparece como no igual a sí misma sino a una métrica que se le impone desde un exterior ideal al que no puede combatir pues es intocable. El valor de la mercancía no reside en ninguna de sus partes físicas. Por más que demos vueltas a la naranja, partamos la naranja, nunca encontraremos por ningún lado el valor. En realidad, éste es una mediación ideal socialmente determinada que se expresa como cuanto sobre la mercancía para facilitar su intercambio. El valor es la condición ideal de la intercambiabilidad entre objetos; por él todos los productos del trabajo se transforman en un jeroglífico social. Sólo en el seno de

una sociedad determinada el objeto adquiere la cualidad económica de poseer valor de cambio. La mercancía posee no sólo un cuerpo sino que sobre su cabeza flota un número que la identifica y hermana frente a las demás, que la convierte en un coágulo intercambiable de valor.

El valor puede, pues, expresarse en cantidades de cualquier objeto. Sin embargo no resulta sencillo equipararlo todo con cantidades de alfileres. Para ser equiparados e intercambiados con mayor precisión y rapidez, los objetos mercantiles buscan aquello que es a todos común y puede manifestar equilibradamente su valor. Y aquello que es común a todas las mercancías es ser productos del trabajo. Lo que manifiesta el valor de un objeto es la cantidad de trabajo que se requirió para su producción. Cuando se dice que x vacas son y frijoles, lo que se dice es que el trabajo requerido para la manutención y obtención de x vacas es equivalente al trabajo requerido para la obtención y conservación de y frijoles. La sustancia del valor es el trabajo. Este trabajo común a todas las mercancías no es un trabajo particular. No puede ser el trabajo especial del carpintero o del herrero, debe ser aquello que sea común a todos los trabajos. Como entre las mercancías y el valor, entre los trabajos particulares y el trabajo que representa valor, se opera una mediación ideal. Lo cualitativo de los trabajos particulares se aleja para dar paso a lo cuantitativo. Lo que es común a todo trabajo es ser un cuanto determinado de *tiempo* de trabajo, tantas horas, tantos minutos, etc. El trabajo pierde su cualidad individual para convertirse, como medida de valor, en un cuanto de trabajo abstractamente humano, cierto tiempo de trabajo socialmente indiferenciado. La mercancía representa un tiempo de trabajo que se ha objetivado en ella a través del proceso productivo. Los productos aparecen como *una mera gelatina de trabajo humano indiferenciado, esto es, de gasto de fuerza de trabajo humana sin consideración a la forma en que se gastó la misma*. El valor de una mercancía es una cierta cantidad de trabajo acumulado, de fuerza fisiológica gastada. Lo que se produjo como transformación de un objeto en un proceso laboral específico aparece ante el valor como mero trabajo general, trabajo idéntico por su calidad y distinto sólo por su cantidad. La actividad específica pasa a un segundo plano; el trabajo como cuanto tan sólo se cuenta. La cualidad, naturaleza y contenido del trabajo no importan en nada al valor; la única cualidad de trabajo que le compete es que sea socialmente productivo. La fuerza de trabajo crea al valor y éste le responde con una mirada de desdén. La pericia individual del obrero se vuelve superflua y toda economía productiva se manifiesta como economía de tiempo. Lo que está a la

mano, lo que es abundante, no porta valor de cambio alguno, pues no se encuentra mediado por el trabajo, no representa vida humana perdida.

Esto no quiere decir que quien tome más tiempo para producir un objeto produzca más valor. Aunque la *sustancia* del valor se exprese como cantidad de tiempo de trabajo humano indiferenciado, la determinación de la *magnitud* de valor de una mercancía está siempre cruzada por determinadas condiciones de producción social. El trabajo que determina el valor no es el trabajo en su máxima o mínima tensión sino el trabajo social medio. En tanto trabajo indiferenciado los portadores individuales de la fuerza de trabajo son considerados en tanto conjunto social laboral que utiliza sólo el trabajo *promedialmente necesario* en la producción de una mercancía. El trabajo complejo es considerado como un simple conglomerado de trabajo promedial simple. *Es sólo la cantidad de trabajo socialmente necesario, pues, o el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de un valor de uso, lo que determina su magnitud de valor. Cada mercancía es considerada aquí, en general, como ejemplar medio de su clase. Por tanto, las mercancías que contienen cantidades iguales de trabajo, o que se pueden producir en el mismo tiempo de trabajo, tienen la misma magnitud de valor.*

El tiempo de trabajo social medio es transformado continuamente por la competencia, sometiendo al valor a permanentes fluctuaciones. A través de las mejoras en el proceso productivo el tiempo para producir una mercancía puede acortarse. Ello no implica que se produzca más valor. Si tejer un abrigo tomaba 100 horas a una mujer y ahora, gracias a su máquina de coser, le toma tan solo 10 horas, lo único que ocurrirá es que el valor de ese abrigo disminuirá 10 veces. Sin importar la cantidad de valores de uso producidos que implique un proceso 100 horas de trabajo seguirán siendo 100 horas de trabajo. En la producción de valores de cambio, el trabajo observa un doble carácter, pues aunque aumente su capacidad de producir valores de uso, es decir, de producir objetos concretos, ello no implicará que aumente su fuerza para generar valor.

III. Producción burguesa como producción de valores de cambio

En la comunidad antigua se producían objetos para la necesidad y el disfrute, y se cambiaba sólo lo excedente, lo superfluo. La producción estaba orientada a generar valores de uso. Mas ese estado de barbarie no ocurre en la sociedad burguesa, claro que no, en ella

se producen mercancías: objetos destinados al cambio. Generar excedentes no es en ella una excepción, es una ley. Se produce para cambiar. La riqueza se constituye como un mundo de mercancías. El producto es un medio de vida para su productor sólo en tanto puede ser intercambiado. El intercambio aparece como una necesidad social. El productor se enajena de su producto para poder venderlo, su producción es para él sólo un medio. La mercancía producida no responde al uso del poseedor sino que éste, ya transformado en vendedor, ve en ella sólo un puente. Cuanto más rápido le cambie, mejor para él. La mercancía se realiza sólo en el cambio, sólo en tanto *valor para otro*. La mercancía es para el vendedor sólo valor y es, en el mejor de los casos, valor de uso para el que compra. En el mercado, los objetos son inmediatamente valores de cambio y sólo mediatamente valores de uso. La meta del productor no es el objeto que produce sino el oro que resguarda el bolsillo ajeno.

Toda la capa mercantil tiene como fin poseer el valor de cambio. La producción social se somete a los dictámenes del comercio. Según es conveniente al cambio, el trabajo es colocado como mero trabajo general y todos los productos y todas las actividades se reducen a valores de cambio. El objeto adquiere su utilidad sólo en tanto sirve a ese dios. El trabajo extra, es decir, lo que no es consumido por necesidad, funda la posibilidad de la apropiación del valor superfluo. De tal forma que lo excedentario es, en la capa mercantil, lo absolutamente necesario. Incluso la necesidad de intercambiar, derivada de la división del trabajo en distintas ramas, funge como acicate a este circuito de mercancías, funge como uno más de los medios de cambio. Si el valor de uso significaba la posibilidad del disfrute, lo que en verdad esconde el valor de cambio como posibilidad es una sola cosa: la capacidad de incrementarse.

§ 5. División del trabajo

Producir valores para el cambio, es decir, mercancías, supone una cierta división social del trabajo. Nadie cambia un valor de uso por el mismo valor de uso. Nadie cambia diez bellas naranjas por diez bellas naranjas. El intercambio supone que los productores hayan producido cosas distintas y por tanto, que hayan dividido socialmente las operaciones del trabajo en ciertas formas individuales. *Sólo los productos de trabajos privados, autónomos, recíprocamente independientes, se enfrentan entre sí como mercancías*. Conforme el cambio toma preeminencia sobre el uso acontece históricamente un proceso de división,

aislamiento y autonomización de las operaciones. Esto trae consigo una dependencia recíproca general entre los productores. El zapatero no puede comer zapatos, es necesario que cambie alguno de sus productos por otros. Cuanto más unidireccional sea la actividad realizada cuanto mayor dependencia tendrá del cambio. La unilateralidad del oficio no destruye la multilateralidad de las necesidades, y por tanto, el producto del productor directo, sirve a éste sustancialmente como valor de cambio. Las mercancías no caminan solas, es el poseedor el que decide enajenarlas para cambiarlas por otras. La división del trabajo gesta relaciones propias de cosas *entre las personas* y relaciones sociales entre las cosas. La independencia productiva se paga con la absoluta dependencia multilateral en el intercambio. El trabajo socialmente útil se acredita como tal tan sólo en tanto eslabón de la misma división social del trabajo. La enajenación del propio trabajo no es sólo condición para la apropiación del trabajo ajeno, sino que es, propiamente, condición de supervivencia. *El comportamiento puramente atomístico de los hombres en su proceso social de producción, y por consiguiente la figura de cosa que revisten sus propias relaciones de producción [...] se manifiesta ante todo en que los productos de su trabajo adoptan en general la forma de mercancías.*

§ 6. Fetichismo de la mercancía

En el mercado danza alegremente la prostitución universal. La conversión de todo en mercancía. *Todo se vuelve venal y adquirible. La circulación se transforma en la gran retorta social a la que todo se arroja para que salga de allí convertido en cristal de dinero.* Los objetos sagrados, el servicio de los más venerables hombres adquieren por el arte del cambio su justo precio. Todas las relaciones rígidas de dependencia entre personas se convierten por un acto de fe en relaciones de oro. La desvalorización del hombre por la valorización del mundo, conservar la vida empequeñeciéndola: esta es la ley del mercado. La sociedad burguesa es la meca de los intercambiantes. Los individuos existen en cuanto son capaces de producir valor de cambio, su existencia humana concreta es una mera eventualidad. La relación dominante es la relación entre poseedores de mercancías. La producción del hombre domina al hombre. La condición aparece como lo condicionado. El objeto no le pertenece, él pertenece al objeto. La relación socialmente creada adquiere supremacía sobre los sujetos y exige de ellos el respeto que merece, una santa obediencia.

La relación social se cosifica, se vuelve relación entre cosas. La independencia personal acontece como dependencia respecto de las cosas. La producción social se insubordina frente a su creador y lo vence. La belleza de su metabolismo consiste precisamente en que ninguna voluntad ajena la domina. La producción social adquiere personalidad propia y se hace libre dominando sobre los productores. El nexo que es social se presenta como pura inmanencia. Para las fuerzas sociales de producción *su propio movimiento social posee sobre ellas la forma de movimiento de cosas bajo cuyo control se encuentran, en lugar de controlarlas*. La mercancía adquiere carácter de *fetiché* y su mundo es un mundo fetichizado: el carácter social de la mercancía aparece como propiedad inherente del objeto; la relación social entre hombres adopta la forma de relación entre cosas; la relación social que media entre los productores aparece como relación entre objetos al margen de los productores; los productos del trabajo aparecen dotados de un poder suprasensible y los productos originales de la mente, los valores, aparecen como figuras autónomas y con personalidad. Una vez que la relación económica se personifica se erige como soberana del mundo. Ya ahora puede dedicarse a potenciar la producción de trabajo innecesario para cubrir su verdadera necesidad: su hambre insaciable de lucro.

CAPÍTULO III. EL DINERO

§ 7. Sustancia del dinero

I. Dinero como símbolo del valor. Mercancía universalmente enajenable

El dinero es el correlato real, palpable, del valor de cambio ideal. El valor celeste se hace carne en el mundo de los vivos bajo la forma de *dinero*. El valor de cambio adquiere una existencia material separada, una forma independiente: se vuelve la mercancía entre las mercancías. Oro, plata, níquel o granos de café, *su forma corpórea cuenta como encarnación visible, como crisálida social general de todo trabajo humano*. El valor universal encarna en una mercancía particular: la mercancía dinero. La mediación mental entre los objetos toma cuerpo hasta constituirse en una mediación física real. Este objeto, que es esencialmente un símbolo del valor, el símbolo de una relación social, supera las barreras del inframundo para reclamar el trono que le pertenece por legítima herencia: el mundo burgués de las mercancías.

El papel primario del dinero es fungir como equivalente general de todas las mercancías. Toda mercancía puede cambiarse por dinero, él existe como la mercancía universalmente enajenable. El problema de cambiar una vaca por alfileres desaparece cuando ambos, vaca y alfileres, se someten fielmente a la forma del valor corporeizado, al dinero. Lo único que debe hacer el dueño de la vaca es cambiarla por dinero y entonces, sólo entonces, cambiar su dinero por alfileres o lo que le de la gana. Claro que esto encierra una dificultad nada menor, pero de eso nos ocuparemos más adelante. El dinero es una relación social de producción encarnada en un objeto. Este objeto es una determinada mercancía, llámese oro, llámese papel pintado, que es selectivamente excluida del resto para fungir a título de equivalente de todas las mercancías. En un principio, es una mercancía que sirve al cambio. En ella se encierra la contradicción de la mercancía como tal: ser bajo la forma de un valor de uso particular y ser, a la par, bajo la forma de equivalente general, y, por consecuencia, valor de uso para cada uno, valor de uso general. Para el cuerpo que se define socialmente como el cuerpo del valor, su valor de uso se convierte en la forma en que se manifiesta su contrario: la forma de valor. El grano de café ya no es café, es dinero. El trabajo concreto y privado se presenta como trabajo

abstractamente humano y directamente social. La antítesis interna de la mercancía, entre valor y valor de uso, se convierte en antítesis externa entre mercancías. El dinero se convierte en el cuerpo de la riqueza y por tanto en la medida universal. La etiqueta que cada mercancía lleva sobre el pecho es siempre un número que expresa un cierto cuanto de dinero. La mercancía dineraria simboliza el tiempo de trabajo y determina, por su cantidad, la parte alícuota de trabajo que representa: tanto dinero = tanto trabajo. Ella es la mercancía pura universal –no particular-, autónoma frente a las otras mercancías, ajena ante las necesidades inmediatas, a no sea el cambio.

La necesidad de un equivalente para la circulación es la sangre de la necesidad burguesa de dinero. Éste goza de la vigencia social general en tanto es la propia relación social que se enajena bajo la forma de objeto. El dinero no es una convención sino el producto natural del entronizamiento social del cambio. La razón de su existencia radica en la propia enajenación del valor. El dinero funge como el tercer objeto que media entre dos mercancías, es el puente artificial que potencia su intercambiabilidad total. Bajo su signo se tasan todos los seres de la tierra y el espacio. El dinero es el medio de cambio, la medida de cambio, el representante universal de las mercancías y la mercancía universal. Reina sobre ellas como un dios. Su presencia crea un espacio entre la producción y el consumo, gesta la independencia del trabajo frente a su producto. El objeto creado no importa ya, lo importante es que reporte dinero. Nace entonces la posibilidad de una absoluta división del trabajo, del desarrollo sumo de la unilateralidad productiva y la multilateralidad de las necesidades, la herencia de la laboriosidad universal. El propio avance de la división del trabajo sirve como acicate a la necesidad del medio de cambio universal. Por constituirse como la capacidad infinita para cambiar y como la materia universal de los contratos, el dinero permite al comercio expandirse como comercio mundial. Todas las barreras locales, materiales o espirituales, son derrumbadas a favor de la libre circulación de los títulos de propiedad sobre las mercancías. La historia de este proceso de expansión no es, como podrá imaginarse, una historia feliz. Lo que fuera en un principio una herramienta del comercio se consume como su máximo fin. El primitivo producir para comer es desalojado tiernamente de su silla por el modernísimo producir para cambiar.

II. Mercancía dineraria. Oro y moneda

La producción burguesa tiene que cristalizar la riqueza como fetiche bajo la forma de un objeto aislado. Pero este objeto no puede ser cualquier objeto. Debe tener ciertas cualidades naturales que le permitan cumplir sus funciones de dinero de manera adecuada. Dadas sus propiedades, los metales preciosos fueron constituyéndose históricamente como el dinero en sí, y entre todos ellos brilló como un astro su señor el *oro*. El oro ha sido la mercancía dineraria favorita de la historia de occidente. El oro es durable, a diferencia del café u otros elementos orgánicos, lo que permite conservar la riqueza. Es difícil de alterar a diferencia de otros metales. Es visualmente atractivo, lo que le permite adquirir funciones ornamentales. Posee cierta rareza, lo que impide que la riqueza social se arranque de los árboles, es decir, que alguien cambie algo superfluo y a la mano por algo que costó trabajo obtener o conservar, digamos, como si alguien quisiera cambiar pasto por vacas. El oro es homogéneo en sus partes, lo que permite dividirlo y recomponerlo sin mucho problema. Si quisiera cambiar parte de mi vaca por un martillo sería difícil determinar si doy la cabeza, los cuernos, el rabo o qué se yo. El oro es relativamente fácil de transportar, capaz de contener un máximo de valor en un mínimo espacio. Aunque el oro no es por naturaleza dinero, el dinero es por naturaleza oro. Él es la forma excelsa de aparición material de la riqueza abstracta. Como compendio de la riqueza social es la garantía universal de adquisición de toda mercancía.

Sin embargo, lo que define el ser cuerpo dinerario es, esencialmente, una función económica determinada. La forma social del dinero no se encuentra necesariamente presa ante una forma material única. Lo que da su carácter a la mercancía dineraria no es tanto su cualidad física sino su función social. El dinero es signo de sí mismo, la materia que lo componga, siempre que no entorpezca su labor, es indiferente. La mercancía que porta su signo es tan mudable como el cambio mismo. Las formas diversas de manifestación del dinero: el papel moneda, el dinero bancario, etc., funcionan como signos de valor por la convención general y la rutina. La existencia funcional del dinero absorbe su existencia material. El dinero, resultado del tránsito que va desde el valor, al signo del valor y al objeto de valor, se constituye finalmente como *moneda*. Este es el carácter local y político que adquiere el dinero, filtrado para su utilización por una entidad de gobierno o estado. Como tal moneda, representa un cuanto determinado de la riqueza universal.

§ 8. Acción del dinero

I. Circulación: metamorfosis de las mercancías

Mientras el valor de cambio sea la forma social de los productos, el dinero estará presente. Una mercancía puede ser cambiada sin dinero mas ninguna civilización mercantil puede darse sin dinero. La necesidad de que haga su aparición mana de su función principal: servir a la circulación como puente entre las mercancías. La circulación es un determinado transito. Mercancías que son cambiadas por dinero, dinero que es cambiado por mercancías. Decir que circula el dinero es decir que circulan mercancías. Las dos formas básicas de este movimiento son la compra y la venta. El transito que se representa por la fórmula M-D, mercancía-dinero, es la venta. El que se representa como D-M, dinero-mercancía, es la compra. Cuando alguien cambia una mercancía por dinero significa que ha vendido, y cuando alguien cambia dinero por una mercancía significa que ha comprado. La circulación es el curso acompasado de las mercancías y el dinero que se concreta en un determinado conjunto de operaciones de compra y venta.

En el mercado los objetos duros adquieren la forma de flujo. Una cierta transubstanciación se opera en ellos. En el intercambio, han dejado de ser ellos mismos para convertirse en su contrario. Mercancías vueltas dinero, dinero vuelto mercancía. Materia que es idealizada e idealización materializada. Un flujo simbólico en que los objetos son simples mediaciones estorbosas. El metabolismo social de intercambio, como proceso de circulación mercantil, implica esta cadena de metamorfosis. Los objetos concretos aparecen como un mero fantasma de sí mismos mientras sortean el río mercantil convirtiéndose en dinero y dejando de ser dinero sucesivamente. Su existencia material, su terrenalidad, su resistencia física natural es un detalle ominoso ante los ojos del mercader. Para él mejor que fueran nada, pero eso sí, una nada que pudiera venderse. Al saltar de objeto a dinero y de dinero a objeto pierden los tonos de su propio rostro para convertirse en una faceta más de la sustancia social.

Sin embargo, para que esta secuencia de transformaciones se efectúe en verdad, es necesario que las mercancías sean, de facto, vendidas. La mercancía sólo se realiza como tal en el cambio. Mas nadie puede garantizar al vendedor que encontrará un comprador seguro de su producto. Para enajenar la mercancía hace falta sortear el azar del mercado. Al control

y la racionalidad en la producción les acompaña el anárquico mundo de las compras y las ventas. Vender se vuelve toda una especialidad. Un objeto producido para el cambio puede ser vendido o no, puede bien realizarse como tal mercancía o quedarse pudriendo en las bodegas. Venderse, haberse convertido en dinero es, en la mercancía, haber salido avante de un salto mortal. El trabajo que se acumuló en aquellos objetos que no alcanzan este destino heroico es para el ojo de la sociedad mercantil una pura nada. Para el hombre que ha producido para cambiar, los objetos que no alcanzan a ser vendidos son mero desperdicio. Al desdén del comprador, del poseedor de dinero, se suma el desdén del productor por su propio producto.

II. Circulante

A diferencia del resto de las mercancías, el dinero no se extrae de la circulación para ser consumido. Al comprar una naranja para comerla, un hombre utiliza al cambio para hacerse de un objeto cuyas cualidades físicas le permiten un uso provechoso, en este caso, el fruto vendido funciona para el comprador como alimento. El fruto pasa, de valor de cambio en el mercado, a valor de uso en el consumo. Si alguien compra dinero, por el contrario, no espera que éste deje de ser dinero. El valor de uso del dinero está en el ser valor de cambio. Si no puede cambiarse directamente por mercancías es, a lo sumo, un objeto de colección. Por sus funciones, el dinero permanece como movimiento perpetuo de la circulación y, si es extraído de ella por algún motivo, su poder efectivo sólo podrá manifestarse en un terreno: el mercado. Dada esta movilidad intrínseca de la mercancía dineraria, los objetos concretos que dentro de la circulación fungen como dinero son también llamados *circulante*. Si éste se encuentra en el mercado en cantidades suficientes las operaciones de intercambio podrán fluir con rapidez.

III. Precio. Divergencia entre valor de cambio y precio

Si el dinero es puesto realmente como mercancía, la mercancía es puesta idealmente como una cantidad determinado de dinero. El cuanto dinerario que, dentro de un mercado, se muestra como la magnitud de riqueza que contiene una mercancía es su *precio*. Éste se

realiza como cuanto de dinero puesto mentalmente en el objeto; es la denominación dineraria del trabajo objetivado en él.

Sin embargo, el precio mercantil difícilmente coincide con la magnitud de valor que corresponde a una mercancía. Diez horas de trabajo objetivado son siempre diez horas de trabajo, ni más ni menos. A pesar de ello, un objeto cuya magnitud de valor corresponda a diez horas de trabajo humano medio puede aumentar o disminuir su precio de un instante a otro con relativa independencia. Esto se explica por el hecho de que, en el flujo del mercado, los precios son determinados socialmente al amparo de la ley promedial ciega de la oferta y la demanda. Aumento de la demanda: aumento del precio; disminución de la demanda: disminución del precio. Cuantos más compradores existan para un producto cuanto más se aumentará el precio para aumentar la ganancia. Cuantos menos compradores haya, cuanto más se reducirá el precio para atenuar la pérdida. En realidad, no es una lógica estricta de cronómetro la que guía la determinación de los precios sino una lógica calculística en pro de la acumulación y mediada por la competencia. Ganar mucho, perder poco. La independencia de la tasación en dinero se manifiesta en este movimiento tanto como en el hecho de que puedan tener precio cosas que en realidad no poseen valor, que no son objetos mediados por el trabajo, por ejemplo, el honor o la conciencia. Ello no significa que el dinero haya dejado de representar trabajo humano o que la riqueza social se haya creado de la nada a partir de una determinada combinación de factores interpretados aritméticamente. En realidad lo único que esta disparidad manifiesta es que la tasación en precio de una mercancía es una cierta relación con el objeto que se determinada socialmente. Es por efecto e intermedio de una sociedad determinada que a un objeto le corresponde un cierto precio, un cierto valor, o cualquier otra relación humana fetichizada. En el caso de la riqueza que manaría, supuestamente, del aumento arbitrario de los precios, si se ve con atención, lo que para el vendedor significa aumento en sus ganancias para el comprador significa aumento de sus costos. El dinero simplemente pasó de una mano a la otra. La riqueza no salió de la chistera del mago sino del bolsillo ajeno y ésta, tarde o temprano, a su vez, de la producción social. El mercado es un organismo de flujo de valores, en él no se crea valor sólo se distribuye. La actividad creadora de valor es el trabajo productivo. Cuando la oferta y la demanda coinciden, la ley de la oferta y la demanda deja de ser capaz de explicar el precio que corresponde a una mercancía. Éste se explica, más

bien, a través de un cálculo propio de los costos de producción. Cómo se determinan esas magnitudes es un tema que se explicitará más adelante.

IV. Relaciones sociales convertidas en relaciones de dinero. Avance de la capa mercantil

En un trueque simple podían ser intercambiados dos valores de uso distintos, digamos, unos cuantos pescados por algunas pieles. Aunque existía la mediación mental del valor, es decir, una equiparación abstracta entre entidades inconmensurables que hacía posible la uniformidad de medida, este cambio en el trato con los objetos escondía una simple variación formal. En cuanto se realizaba el intercambio, el objeto volvía a su función de uso en las manos de aquél que se convertía en su poseedor. Aquél que tenía las pieles ahora tiene pescados: valores de uso por valores de uso. El que el objeto fuera tratado como valor era una simple excepción necesaria, casi imperceptible. Los valores de uso sólo eran mediatamente valores de cambio. Sin embargo, con la aparición del dinero acontece un cambio cualitativo del cambio mismo. Si el valor de uso era, en un principio, el fin del intercambio, ahora el intercambio es el fin en sí mismo. Los valores son sólo mediatamente valores de uso. Lo importante es que reporten al que cambia, no un valor de uso, sino valor.

El puente de las mercancías se posa entre dos islas. Si el trueque puede ser simbolizado por la fórmula M-M, mercancía-mercancía, la intromisión del dinero como intermediario habrá de simbolizarse como M-D-M, mercancía-dinero-mercancía. El vendedor de mercancías obtiene dinero y con él se convierte en comprador de otras mercancías. En este trance, el vendedor se torna comprador y viceversa. El carnicero vende su carne para obtener el dinero con que comprará arroz, ropas, etc. Se vende para comprar. La mercancía final aparece aquí como un valor de uso, aunque se encuentra mediada para su flujo por el dinero. El dinero permanece en su nivel inferior de simple medio de cambio. Mas el dinero da al intercambio una posibilidad nueva de conformación. Si se puede vender para comprar, se puede también comprar para vender. Esto es, el flujo se reconstituye, desde la fórmula M-D-M, hacia D-M-D, dinero-mercancía-dinero. La mercancía concreta es en este tramo un mero objeto del mercado. El dinero es el principio y fin de este movimiento en que los objetos útiles aparecen como simple mediación. En su nivel superior el dinero es el fin del cambio. Pero véase con atención que el mercader, el hombre que compra para vender, no es un simple facilitador de objetos, no es un ángel de la distribución

que se sacrifica por la santa salud de sus compradores, ahorrándoles el viaje hasta el mercado, poniendo a su disposición los más raros objetos venidos de las más lejanas tierras, tan sólo con el deseo de servir. En el proceso D-M-D, se da por supuesto un cierto cambio de equivalentes, mas el mercader no quiere saber nada de equivalentes. Lo que él quiere no es sólo comprar para vender, sino comprar con poco para obtener más. Comprar barato, vender caro. Lo que a él le interesa es ganar intercambiando, acumular. La finalidad del comercio no es el consumo sino la adquisición de dinero, pero no sólo del dinero invertido sino de más dinero. Lo que posibilita el dinero es la acumulación unidireccional de la riqueza social. Si un hombre quería acumular riqueza en los tiempos del trueque debía tener grandes espacios donde conservar los valores de uso, métodos de conservación de alimentos, manos humanas que le ayudaran con la transportación, fuerza de carga, etc. Acumular era en realidad trabajoso y difícil. Una cierta economía de los recursos y el trabajo eran preferibles que una extrema posesión y una industriosisidad ilimitada. Mas por el dinero, basta con hacer un hoyo lo bastante grande en su jardín para que el mercader acumule el alimento de treinta familias acuñado, por la sacra orden del estado, en monedas de oro. Se opera entonces, por la aparición del dinero, un proceso de transformación de los medios en fines. El dinero, esclavo del comercio, se convierte en su déspota. Él mismo se constituye como objeto, fin y producto del trabajo universal.

Cuando la capa mercantil se enseñoorea sobre el mundo la vida aparece, sin espanto, como un simple medio de vida. Conservar la vida empequeñeciéndola es la forma natural de aparición de la vida social. La actividad vital es mero medio para la obtención del valor de cambio. La actividad específica entra en un plano secundario, lo absolutamente indispensable es que en algún momento del día se obtenga dinero. Poseer dinero se torna lo delicioso en sí mismo. Sin él no es posible vivir, salvo en circunstancias cortas o muy poco halagüeñas. Un pedazo de la carne y la vida deben ser sacrificadas en su altar, un trozo casi del tamaño de la vida misma. El vínculo con los objetos producidos es meramente accidental, los objetos que transitaban como evidencias de una fase del desarrollo del individuo son mera melancolía. La riqueza natural de la relación esencial del individuo con el objeto desaparece. Las relaciones son reducidas al plano del intercambio. El mercado pone su propia esencia como sustancia del mundo. Las relaciones sociales de producción se cosifican. Los vínculos de producción recíprocos adquieren autonomía respecto de los individuos y estos aparecen como asociados por una mera dependencia material. El poder

social se constituye como poder sobre el dinero, el poder hace su nido en los bolsos de las señoras y en las carteras. Las relaciones se vuelven relaciones de dinero, el vínculo entre los hombres se reduce, cuanto es posible, a un mero vínculo mercantil. Amor, amistad, lealtad, son saludados con reverencia por el oro siempre que sirvan a él. De otra manera son sólo estorbos. Amigos y dinero: agua y aceite. *Business are business*: negocios son negocios. El dinero es la verdadera comunidad, el elemento unificador y común entre los hombres. Es la sustancia universal de la existencia para todos y el producto social de todos. Las relaciones naturales, sometidas en el séquito de los fieles, admiran con la más apacible indiferencia la profanación de todo lo que alguna vez fuera tomado por sagrado.

En la sociedad burguesa los sujetos brillan como intercambiantes. La disolución personal es parte del fortalecimiento de su proceso social de producción. La acción del dinero es, ante su ley, productiva y no disolvente; si disuelve lo hace, en todo caso, para producir. A los ojos del hombre del mercado la comunidad aparece como una mera cosa externa, accidental, como simple medio de satisfacción de su individualidad aislada. Sin embargo, en los hechos, su objetivación como tal individuo no funciona como una internidad expuesta sino, por el contrario, es producto de una externidad que se le impone. Él mismo funge como la encarnación de una determinada relación social de producción. El burgués es la sociedad burguesa encarnada, el mercado hecho carne. Su egoísmo individualista es el nítido reflejo de las aguas mercantiles que brillan como su fuente de vida. La relación social de producción aparece como algo separado de los individuos y las características de esta relación como propiedades específicas de un objeto, el dinero. La astucia de la mixtificación burguesa consiste precisamente en haber ajinado toda reglamentación conciente de su producción social. Hacer aparecer el organismo social de producción como una mera espontaneidad. Ver y actuar frente a su relación social como ante una cosa autónoma a la que, en el fondo, nadie puede controlar y ante la que es mejor no discutir. Supone que el mundo se ordena autónomamente como mundo mercantil, que sus relaciones burguesas de producción son la esencia desenvuelta de la naturaleza misma. Danza entre las redes de un producto social humano con el ritmo, falsamente inocente, de una pura improvisación. Más la verdad de su logro máximo no es haber hallado la máxima ley que rige con justicia el diálogo entre el hombre y el mundo. No es haberse sometido a ella como hombres santos que han recibido del propio dios el sumo saber, la epifanía. La

única verdad que esconde su immaculado corazón es haber convertido al mundo en un mundo humanamente fetichizado.

§ 9. Dinero atesorado y dinero incrementado

Si se trata de adquirir riquezas, ¿qué ganancia puede esperar el comerciante que, consecuente con los preceptos de la sabiduría, se alarmara por un perjurio o se avergonzara de decir una mentira, o experimentase con los sabios angustias o el menor escrúpulo ante el robo y la usura? Por la misma razón, si ambicionáis las riquezas y los honores eclesiásticos, sabed que un asno o un buey los alcanzarán antes que un sabio [...] que adondequiera que volváis los ojos veréis que los papas, los reyes, los jueces, los magistrados, los amigos, los enemigos, los grandes y los pequeños, todos, en fin, se desviven por el dinero, que, como es despreciado por los sabios, es lógico que se aparte de ellos constantemente.

ERASMO DE ROTTERDAM

I. Atesoramiento

Con la posibilidad de retener la mercancía como valor de cambio o el valor de cambio como mercancía se despierta la avidez de oro. El alma del burgués brama por dinero. *Auri sacra fames:* despreciable sed de oro; sed de enriquecimiento y dinero, sed por el objeto universal, no ya el deseo por objetos particulares. Una sed inapagable, tan universal como su propio objeto. La satisfacción de la necesidad natural humana es un arcaísmo frente la implacable sed de dinero. La riqueza no se usa, se ostenta, deviene el criterio de medida general del valor de los hombres. Su poder de trastrocamiento es total. El más podrido de los frutos humanos se torna maravilla bajo una capa reluciente de oro. Destruye los efectos negativos de lo negativo. Si soy feo me presta su atracción, si me falta una pierna él compra veinticuatro para mí. Él es potencialmente todo y su poseedor es potencialmente un dios.

El dinero porta el poder de poseer la prenda social. *El poder social se convierte así en poder privado, perteneciente a un particular.* Inicia la odisea inacabable de la acumulación de dinero. Para acumular basta con realizar compras sin venta y ventas sin compra. Si se compra sin vender se acaparan mercancías, si se vende sin comprar se acapara dinero. El dinero sale de la circulación para acumularse como *tesoro*. El mercader

se torna atesorador. Acapara el dinero vendiendo mucho y comprando poco. Saca el dinero de la circulación para tenerlo bajo su resguardo. El atesorador es el renunciante por excelencia. El culto del dinero tiene su expresión subjetiva en el avaro ascético. Él es el mártir del valor de cambio. *El atesorador desdeña los goces terrestres, temporales y transitorios, para correr en pos del tesoro eterno, que no puede ser roído ni por las hormigas ni por la roña, y que es al mismo tiempo y completamente celeste y terrestre.* Su móvil es la avaricia, que para poder apoderarse de lo superfluo, bajo la forma general, renuncia a la riqueza en su realidad sustancial, particular y objetiva, –como valor de uso– considerando las necesidades particulares como lujos. Las virtudes cardinales que alumbran a nuestro asceta son: la laboriosidad, el ahorro y la avaricia; su máxima ley: vender todo, comprar nada.

II. Capital usurario

El dinero es cualitativamente ilimitado, su expansión no posee límites. Cada frontera de cada nuevo territorio es una barrera a destruir. Él es el fin, mas no como un simple cambiar cosas por dinero sino cambiarlas por más dinero. El fin no es sólo amontonarlo sino acrecentarlo, acumularlo. Cuanto más se incrementa cuanto mayor será la riqueza social de su poseedor. A la forma unilateral de acumulación del atesorador se suman las formas multilaterales de acumulación manifestadas como *capital*.

La acumulación capitalista aparece primariamente bajo la forma de capital usurario. El atesorador, para ganar, se torna usurero. Al poseer el medio de pago universal, el dinero, se vuelve el gran poseedor del poder de consumo, se convierte, por la grandeza de este título nobiliario, en el amo de los créditos. Ejerce entonces, con suma bondad, su voluntad sobre el flujo del dinero, sacando un modesto y justo provecho de su posición como propietario de la riqueza social. El desposeído se acerca a él y le pide prestado. Él presta, siempre generoso, a quien no tiene, sin embargo, para ganar, presta con interés. Si presta dos monedas habrá de recibir a cambio, inevitablemente, más de dos. De otra forma, su posición, en nada le valdría la pena. El dinero prestado se incrementa para él a través del agio. Su posición de legítimo propietario legitima el robo. Al incrementarse, el valor originario se constituye como capital

La mediación del dinero en el comercio es el fértil caldo de cultivo para el nacimiento de todos los intermediarios posibles entre las mercancías y el consumo. Allí nace, entre otros, el prestamista. Su función es parasitaria. Acicala la maquinaria a cambio de una jugosa porción de líquido humano. El mártir del valor de cambio se despoja de su halo de santidad haciendo del otro, del necesitado, el verdadero mártir. El rostro del hambriento se le aparece como cantidad de dinero, como posibilidad de ganancia. Al dinero amontonado se le contrapone como forma superior el dinero acrecentándose. Al atesorador, que aparece como capitalista insensato, se le contrapone como superior el capitalista racional, el burgués que conserva *aumentando*. El incremento por encima del valor originario, la valorización del valor, es lo que define sustancialmente al capital. Valor valorizado o valor incrementado, esto es capital. La fórmula de comprar para vender se capitaliza bajo la ley de: comprar barato, vender caro. El primer capital, que aparece como dinero, surge del flujo del dinero a la mercancía y concluye como dinero incrementado. La fórmula general que lo simboliza es: D-M-D', dinero-mercancía-dinero incrementado. El dinero funge ya como supuesto y resultado de la circulación, goza de autonomía, se relaciona consigo mismo en la relación de interés y capital y se constituye, finalmente, como instrumento de producción, al ser el medio de compra del trabajo. La universalidad del dinero lo convierte en la forma realizable, de aparición siempre válida del capital.

CAPÍTULO IV. CAPITAL Y TRABAJO

§ 10. Valorización del valor

I. Caracterización general del capital

Como el dinero, el capital no es una cosa sino, más bien, una relación social entre personas mediada por cosas. Una fuerza social que actúa y se simboliza acorde con ciertas relaciones de producción, con una cierta determinación social e histórica de la riqueza. Esta relación tiene como carácter esencial la acumulación y concentración de cada vez más valor de cambio. Lo que determina esencialmente al capital es el aumento del valor, la valorización del valor, la generación multilateral y concentración unilateral de más valor, de *plusvalor*. El capital aparece algunas veces como mercancía, otras como dinero, pero siempre como manifestación del valor que se incrementa. El capital es, en grandes rasgos, valor valorizado, valor que se ha transformado en más valor. Por ello, para el usurero, el dinero que hace perder al otro, mediante el mecanismo de los intereses, se presenta ante sus ojos, ya aumentado, como capital. Por el arte de un cierto flujo, su dinero original regresa incrementado al hogar, su hijo vuelve convertido en hombre. En tanto es suma de magnitudes sociales, no sólo de productos materiales tal cual, el cuerpo del capital cambia constantemente. No constituye una magnitud fija sino que actúa como riqueza social elástica. Las necesidades inherentes a su supervivencia quedan al descubierto al ser expuestas, con claridad, sus leyes.

La fórmula general que expresa al capital, según ya se ha dicho, es: D-M-D', dinero-mercancía-dinero incrementado. En la circulación D-M-D, mercancía y dinero funcionan sólo como diferentes medios de existencia del valor. Dentro de su circulación, el capital es dinero y mercancía, pero es ante todo y esencialmente valor valorizándose. Se realiza en la circulación y como circulación bajo la forma de sus mutaciones como mercancía y dinero. Él, sin embargo, está por encima de una forma determinada y se expande y contrae en el medio natural de sus transformaciones: el mercado. Representa la unidad de la mercancía y el dinero en tanto son valor. Dinero y mercancías funcionan como capital, como formas particulares de manifestación de una misma sustancia: el valor de cambio en incremento. Como capital, el valor no está ya sumido a referirse necesariamente

a un objeto, sino que se vuelve valor en proceso, más específicamente, en proceso de valorización, de aumento. Crear nuevo valor es la más alta misión de las mercancías y del dinero. El dinero supera su limitación en tanto cantidad determinada, en tanto cuanto, y tiende a realizar, en y por la gracia de la circulación mercantil, su universalidad latente. El valor de uso de las mercancías concretas, aquello que las hace útiles es, en el capital, justamente, el ser valores de cambio. El valor es el valor de uso del capital, su ley y su sustancia. La curva de la circulación de los valores, por el incremento de los mismos, se va ampliando como una espiral.

Así, el capital no es sólo un proceso de transformación de los valores, sino un proceso de acrecentamiento. De lo que se trata es de crear un nuevo valor, una determinada suma liberada que acontezca como un plus, como plusvalor. El capital porta la tendencia permanente a crear más plusvalor. Una cierta pulsión de acumulación es su correlato emocional. Lo que es útil al capital es aquello que sea útil para incrementarlo. El capitalista sabe que toda mercancía, por pestilente que sea, es interiormente no sólo dinero sino la posibilidad de hacer más dinero. El móvil que funge como su más alta estrella es el movimiento infatigable de la obtención de ganancias.

II. Valorización y trabajo

Si el capital es la carrera enfermiza por generar inocuamente más plusvalor, a costa de lo que sea, cabría bien preguntarse de dónde sale ese plusvalor, ese valor extra. Contrario a las visiones de algunos de sus más profundos místicos y fanáticos, el capital no se genera *ex nihilo*, es decir, de la nada. Aunque aparezca como la arbitrariedad de muchos, la necesidad de unos cuantos de sus miembros difícilmente es capaz de alterar sus leyes. Pongamos por caso que un hombre quisiera convertir su dinero en capital, poniéndolo como mercancía para posteriormente aumentar el precio de ésta de manera exorbitante. Compra naranjas por 10 pesos y luego pretende venderlas en 30. Lo más seguro es que fracase, pues los competidores, en general, tienden a rebajar los precios para arrebatarse entre sí a los clientes. Mas si tuviera éxito, no habría generado, salvo para sí, ni un ápice más de valor. Lo único que habría hecho es extraer del bolsillo de otro un valor mayor del que diera a cambio. La variación de los precios no explica el origen de los valores. En todo caso, sólo alcanza a explicar la forma en que los valores se tasan y circulan. El que el valor sea una

determinación social humana, no quiere decir que su fijación sea algo baladí o meramente espontáneo. En realidad es de una rigidez casi marcial. El secreto del plusvalor y su origen se encuentra, más bien, inscrito ya en la determinación misma del valor.

Si el valor se presentaba como trabajo socialmente necesario y objetivado, el plusvalor no es sino *más* trabajo humano medio, socialmente necesario y objetivado. Más valor significa más trabajo objetivado. El trabajo transforma por su acción los materiales de que dispone y el objeto que resulta conserva, en tanto útil, la fuerza que se consumió en su producción. En el objeto transformado se lee la mano del hombre y es la mano del hombre la que se cobra. El valor en la mercancía y el dinero funcionan como símbolos de la vida humana gastada en la generación social de la riqueza. La riqueza, dentro del mundo de la producción capitalista, es comprendida a su vez, por esta lógica mezquina, bajo los parámetros del bien de las mercancías y la reproducción del dinero. Decir que el capital persigue la obtención de más valor es decir que persigue la obtención de más trabajo, pero no de trabajo cualquiera, no de trabajo artístico, atlético o lúdico, sino de trabajo que genere mercancías, es decir, de trabajo productivo, trabajo que genere objetos portadores de valor, que sean susceptibles de ser cambiados por el bien de la ganancia. El capitalista utiliza sus medios para adquirir valor y generar con él más valor, y sabe muy bien que sólo puede hacerlo por la intermediación del trabajo productivo. Al capitalista no le interesa cambiar por cambiar, ni mucho menos producir por producir. Si le interesan los objetos concretos es para poder dar poco a cambio de mucho. Donde hay igualdad no hay ganancia. Al capitalista lo que le interesa es hacerse de más trabajo a cambio de menos trabajo. El capital no es únicamente un proceso desorbitado de generación de valor sino que es igualmente, de manera fundamental, un proceso sanguinario y despótico de expoliación y expropiación de trabajo. ¿Cuál es, pues, el origen del plusvalor, si no es el aumento arbitrario de los precios? Respuesta: la explotación del trabajo.

Antes de iniciar el proceso productivo, mediante el cual pretende enriquecerse, el capitalista posee ciertos valores. Dinero, herramientas, fábricas, o lo que sea, el capitalista es dueño de unos determinados elementos que le permitirán producir, esto es, determinados medios de producción. Como su intención es recibir mucho trabajo por poco no podrá conformarse con el trabajo que genere con las fuerzas de su propio cuerpo. En general, el capitalista ama el trabajo siempre que no deba realizarlo él mismo. Su habilidad consiste, precisamente, en hacerse gratis del trabajo de otros. No puede, tampoco, limitarse a

consumir sus herramientas y sus propias fuerzas, pues con ello no obtendría más valor del que ha invertido. En realidad, sólo habría transformado sus viejos valores en algo nuevo, pero con una ganancia y una pérdida equilibradas entre sí. El trabajo obtenido no sería más que el símbolo de su propia fuerza gastada más el desgaste de sus herramientas o medios. Con el fin de lograr el aumento de su valor inicial, el capitalista gira la cabeza hacia el mercado, donde, con su dinero, busca comprar aquella mercancía cuyo valor de uso posea la peculiar propiedad de ser fuente de valor, cuyo consumo efectivo mismo sea objetivación de trabajo. Va en busca de la fuente del valor y la encuentra. Esta mercancía no es sino la capacidad de trabajo o fuerza de trabajo. El único valor de uso realmente opuesto al capital es el trabajo no objetivado, es decir, subjetivo, vivo, en una palabra, el trabajador, el obrero. El verdadero no capital es el trabajo vivo, negación por la cual adquiere el capital su determinación. Aquello que lo aumenta, multiplica y conserva es el trabajo vivo, la fuerza de trabajo, el trabajador, el obrero. Decir que se genera más valor para la clase capitalista es lo mismo que decir que aumenta el trabajo para la clase trabajadora. Lo que no significa que los trabajadores se beneficien de ninguna manera. El capitalista, pues, va al mercado y compra la fuerza de trabajo. Y es aquí donde surge en su suave pecho cristiano la plácida tentación de sacar ventaja de su posición socialmente privilegiada.

Se ha dicho ya que el capitalista busca la manera más propia para su bien robar, para obtener más por menos, pero aún no se ha dicho bien a bien cómo hace el capitalista para obtener mucho trabajo a cambio de poco. Lo que necesita son mecanismos que le permitan obtener, sin pagarla, una cierta ganancia de trabajo. El mecanismo de robo, el más extendido y aclamado en la historia de la modernidad capitalista, es conocido como *salario*. El trabajo aparece en la era de la producción capitalista casi exclusivamente como trabajo asalariado. Lo que en su movimiento hace en realidad el capital es conservar y aumentar una fuerza social que se caracteriza por adquirir independencia frente a su productor directo, el obrero, el trabajador, en beneficio de su contrario, el capitalista. El valor creado no aparece ya como valor para el productor sino como valor para otro. Y no sólo para otro sino para *el* otro. El asalariado, prácticamente, trabaja para aumentar el poder que lo subyuga. Esto se logra en el intercambio a partir de la compra y venta de la fuerza de trabajo. El capital es aumentado mediante la expropiación del valor que el capitalista realiza, a través de un pacto leonino, con la fuerza de trabajo inmediata viva. El capitalista logra entonces recibir más trabajo del que paga. El capital no es, pues, solamente

generación de plusvalor sino que es, en paralelo, expropiación del plusvalor generado por muchos para el beneficio de unos cuantos.

§ 11. Trabajo asalariado

I. El trabajo como valor de uso del capital

El trabajo es la levadura del capital. A través de él logra su máximo objetivo de acumular valor. En realidad, el trabajo mismo no tiene ningún valor, aunque sea su fuente, su sustancia y su medida. Si preguntáramos por el valor de 10 horas de trabajo abstractamente humano y socialmente necesario tendríamos que decir que no es sino 10 horas de trabajo abstractamente humano etc. Decir “valor de la tierra” o “valor del trabajo” no es sino utilizar ciertas expresiones imaginarias, ciertas categorías para las formas en que se manifiestan relaciones esencialmente sociales. El trabajo es el valor de uso puro, como objeto es miseria absoluta, es actividad no concretada. Sin embargo, como sujeto, es posibilidad universal. El trabajo es un “poder hacer”, contrapuesto al capital sólo en tanto trabajo no particularizado, es decir, en tanto trabajo abstracto, en tanto potencia. El trabajo como potencia es para el capitalista, en algunos casos, una especie de capital no concretado, mas es, en todos los casos, la actividad mediante la cual se valoriza.

Si el trabajo aparece como valor de uso del capital; ante el sujeto portador de la fuerza de trabajo se presenta como valor de cambio. Valor de uso para el capital, valor de cambio para el obrero. El contenido de su intercambio es el valor. El que al individuo se le presente su fuerza de trabajo como valor de cambio es una condición histórica. Ésta implica de facto la coerción que sobre él existe previamente para enajenar su propio producto. El trabajador cambia la fuerza generadora de valor, su fuerza de trabajo, a cambio de su subsistencia. Él mismo se constituye, en este orden, como mercancía. Que el valor de cambio sea la forma predominante de aparición de la riqueza social implica, por sus propias condiciones de aparición, que el trabajo se constituya como tal valor de cambio, como objeto mercantil. La fuerza de trabajo se cambia por un cuanto de trabajo previo acumulado. El tiempo y los músculos del trabajador se cambian por un salario, un cuanto de dinero. El trabajo asalariado, como el capital, es una más de las formas históricas diversas de encarnación del valor de cambio. El individuo, que se encuentra sometido al lado oscuro

del régimen del cambio, existe allí sólo en cuanto productor de valor de cambio, en tanto productor, no ya de su existencia natural, sino de los insumos propios de otra naturaleza. Que el valor de cambio no llegue a capital, o el trabajo que produce valor de cambio no llegue a trabajo asalariado, es no sólo piadoso sino estúpido. Fue precisamente el “trabajo extra”, trabajo destinado al comercio y no al consumo, el que logró constituir la posibilidad de la propiedad en su sentido capitalista. Sólo por él fue posible concentrar unilateralmente la riqueza social. Sólo por él fue posible generar objetos que no estuvieran amarrados al mundo por un cordel de naturaleza, sino que se mantuvieran flotando como buitres sobre las carreteras en busca del primer paseante dispuesto a convertirse en comprador. Sólo por el valor de cambio, la posesión superflua de lo superfluo, y consecuentemente la explotación mercantil del trabajo, llegaron a convertirse, en el capital, en una santa cruzada universal.

II. Necesidad de la venta de su fuerza de trabajo por parte del obrero

Para vender la propia vida uno debe ser libre. En el decurso capitalista esta libertad tiene dos sentidos. Se es libre dueño de la vida propia y también se está, en general, libre de las posibilidades de reproducir la propia vida de manera autónoma. Es decir, la clase trabajadora, es libre de venderse al mejor postor pero incapaz de vivir sin venderse. Esto se debe a que la clase capitalista conserva para sí los medios de producción y reproducción de la vida. Así, quien no se venda ni posea otros medios para vivir, no recibirá a cambio los medios necesarios para su supervivencia humana. En realidad la única libertad del desempleado, de aquél que desposeído no recibe un salario, es su libertad de morir de hambre. Así pues, encontramos en el mercado de trabajo dos entes contrapuestos. Por una parte el que carece de capital, el trabajador, que busca cómo vender su mercancía, es decir, como venderse él mismo. Por la otra, tenemos a los poseedores de los medios de producción quienes, poseyendo además medios suficientes para su propia supervivencia, fungen como compradores de trabajo. El uno vende para vivir, el otro compra para ganar. Al modo capitalista del trabajo asalariado lo precede una distribución de clase de los instrumentos de producción y los productos. Unos los han concentrado y distribuyen según su interés, los otros mendigan inmолando su única posesión, el tiempo y esfuerzo de sus vidas, para pretendidamente vivir. Dado que no posee los medios para reproducir su vida

plenamente, el obrero es incapaz de renunciar a la clase capitalista, es decir, al salario. El trabajo asalariado es la figura mercantil necesaria que adquiere el trabajo, donde la división social del mismo se funda en la segregación de clases entre capitalistas y proletarios, entre explotadores y explotados. Por la necesidad que el obrero tiene de ser comprado, el trabajo asalariado adquiere carácter de un sistema, que consiste en el flujo de intercambios entre el dinero y la fuerza de trabajo viva.

La fuerza de trabajo no es sino la corporeidad viva inherente al trabajador. Éste vende su fuerza para vivir. Vende para poder consumir los insumos necesarios para su vida. Mas al consumir su ínfima paga, se ve obligado a venderse de nuevo y de manera reiterada, constante. Su vida se vuelve un simple medio de vida. En el trabajo sacrifica justamente aquello que tanto anhela conservar. Su tiempo vital se ha vuelto mercancía. El sentido de su actividad concreta le es indiferente. Su fin real es el salario, su actividad es sólo un medio de supervivencia. La necesidad natural de la que no puede escapar lo pone a merced de todo el aparato explotador. Es el obrero *libre* que se encuentra *socialmente obligado* a vender su vida, vender *su derecho de primogenitura por un plato de lentejas*. Si la esclavitud se muestra como trabajo forzado inmediato, el trabajo asalariado se muestra como trabajo forzado indirecto o mediado. Así pues, *el meollo se denomina: ¡esclavitud!* . La degradación física, intelectual y moral del obrero es cosa que no le interesa al hambre canina del capitalista. La reducción inherente de la vida del obrero es para él un sacrificio que bien vale la pena hacer a favor de lo más sagrado: el dinero. En la esclavitud moderna, el trabajador, si se encuentra aislado, sucumbe inevitablemente ante las presiones del capitalista. Todos los logros y avances en cuanto a su situación laboral se han debido, ciertamente no a la benevolencia de sus patrones, sino a las victorias proletarias dentro de la guerra civil prolongada, más o menos encubierta, entre la clase capitalista y la clase obrera.

III. Compra y venta de la fuerza de trabajo. La ilusión del contrato.

En la circulación simple se intercambian en todo caso unos valores de uso por otros. En el intercambio entre capital y trabajo sucede algo esencialmente distinto. Su proceso es simple y se divide en dos partes fundamentales. Primariamente aparece el salario, la compra del trabajo. Posteriormente, el capitalista recibe trabajo vivo. Este segundo momento no es un intercambio del tipo trabajo objetivado por trabajo objetivado, sino que se constituye por

cambiar trabajo objetivado muerto por trabajo vivo nuevo. Al vender la disposición de su trabajo, el obrero transfiere su vida al capital. Es la sangre del obrero su más dulce miel. Toda la fuerza de trabajo se mercantiliza y aparece bajo la forma de trabajo asalariado. Los asalariados fluyen como mercancías. Realizan la cosificación del hombre siendo tratados como cosas. El trabajo mercancía es por definición trabajo cosificado, es decir, contra humano. En ello radica su más tierno horror. Cuanto más libre es el cambio tanto más avanza la mercantilización humana. La condición del obrero “libre” es, precisamente, carecer de valor, obtenerlo sólo al ser intercambiado. Una vez vendido, una vez pasado el salto del salario, el trabajo se convierte en mero medio de producción. Tras su reducción en mercancía, durante la compraventa, el obrero sufre una segunda reducción que lo constriñe a ser una simple *máquina de trabajo*. Él, que es el elemento subjetivo en la producción, aparece, por la mediación histórica de la división capitalista del trabajo, como lo absolutamente determinado y carente de voluntad propia. Es un elemento más de los tantos que están ahí puestos para la producción. Cuanto más libre es el cambio, tanto más libre es el capital, tanto más cínica y sin frenos la explotación.

El supuesto intercambio de equivalentes entre sujetos autónomos, que alaban con fervor los genios de la cháchara económica, no es sino una total farsa. El obrero no es autónomo, depende para su supervivencia del favor de la clase capitalista. Tampoco recibe a cambio de su trabajo equivalente alguno, pues es precisamente la disparidad entre lo que otorga y lo que recibe el fundamento del beneficio que obtiene el capitalista en todo contrato. El intercambio entre el capital y la capacidad viva de trabajo es solo formal, pues el obrero pone en realidad la devolución total de aquello que se le otorga, remplazando lo recibido no por un valor igual sino por un valor mayor. El intercambio de equivalentes es una mera apariencia. El salario es pagado por el propio obrero, y no conforme con ello el capitalista expolia de él un trabajo extra. Es tan incauta la declaración del burgués al afirmar que sus contratos con intercambios puros como incauta es la exigencia de los hombres de buen corazón al pedirles la pureza de sus intercambios. Todo el poderío capitalista se basa y reproduce en esta expropiación arbitraria que se hace de un parte del trabajo realizado por la masa trabajadora. En el contrato leonino el trabajador incluso adelanta su fuerza de trabajo previo a recibir su pago. O sea que, además de someterse a la explotación frontal de su fuerza, el obrero todavía da permanentemente crédito al capitalista. Cuando éste otorga al obrero su pago, no hace sino otorgar, ya reducido por la

ganancia, el propio trabajo objetivado que éste le ha adelantado. Se compra al obrero con el producto que se le ha confiscado, con aquello de lo que se ha despojado sin otorgarle en modo alguno un equivalente. Si en los casos individuales esta relación de expropiación puede parecer confusa, no hace falta sino concebir esta serie de despojos a nivel de las clases sociales mismas. El plusvalor se reparte, en todo caso, entre los miembros de la clase capitalista. *El esclavo romano estaba sujeto por cadenas a su propietario; el asalariado lo está por hilos invisibles. El cambio constante de patrón individual y la fictio juris [ficción jurídica] del contrato, mantienen en pie la apariencia de que el asalariado es independiente.*

IV. Sentido de la compra del trabajo productivo e improductivo

Para que el valor de uso específico de la fuerza de trabajo, es decir, el ser fuente de valor y más valor, se efectivice, debe consumirse como integrante de un proceso productivo. El capitalista pone sus medios de producción para que en conjunto con la fuerza productiva que se pone en movimiento a sí misma, es decir, el trabajo vivo, el obrero, concentren, mediante un proceso laboral, cierto cuanto de trabajo en un objeto capaz de conservar dicho valor e intercambiarse. El plusvalor que obtiene el burgués vive como trabajo concreto sólo en la mercancía obtenida en el proceso productivo. El capital requiere del trabajo vivo para hacer mover su maquinaria de extracción de valor. Basa su existencia en la permanente presencia del obrero, mas éste no le sirve a menos que genere mercancías. El proceso de consumo de la fuerza de trabajo, de la mercancía obrera que ha comprado el capitalista como combustible para su industria, se traduce en un proceso de producción de objetos mercantiles y, paralelamente, de plusvalor. Sus medios de producción fungen como medios de explotación del trabajo. *Y la explotación igual de la fuerza de trabajo es el primero de los derechos humanos del capital.* Es un proceso complejo de succión de trabajo ajeno impago. Como cualquier otro consumo, el de la fuerza de trabajo se realiza fuera de la circulación. Si el primer momento constitutivo del trabajo en el capital es su compra, el segundo es su efectivización, su transición de potencia de trabajo en acto de trabajo. El trabajo se vuelve esencialmente productivo cuando de su proceso mana un objeto distinto de sus insumos originales y que es, en el caso capitalista, un objeto portador de plusvalor.

El capital, sin embargo, no sólo compra trabajo productivo. Su dinero sirve para comprar igualmente toda clase de servicios, toda clase de trabajos que sin producir mercancías son útiles al capital. En este caso su dinero no funge como capital en sí sino como renta. El capitalista quema sus réditos a cambio de un cierto consumo que no genera directamente plusvalor. Compra como rédito, no como capital. Todo trabajo doméstico, servicio alimentario, administrativo, de transporte, toda la burocracia gubernamental, etc., viven de esta renta. En última instancia, la riqueza que reciben por pago tiene como origen la explotación obrera. Ello no quiere decir que sus condiciones vitales o de trabajo sean más halagüeñas que en el caso de los trabajadores productivos. En realidad, la línea que se traza como distinción económica se torna difusa una vez sumergidos en el terreno de las distinciones entre la clase propietaria y la clase desposeída o asalariada. El capital es quien se encarga finalmente de dividir el plusvalor en rédito y pluscapital, en consumos no productivos o en consumos que apuntalan a la generación productiva de más valor. En términos de la especificidad económica, lo que constituye al capital no es el simple intercambio entre trabajo vivo por trabajo objetivado sino el intercambio de trabajo objetivado como valor por trabajo vivo como valor de uso del valor, no como valor de uso o consumo particulares sino como valor de uso para el valor.

V. El salario

El obrero recibe a cambio de su fuerza de trabajo un salario. El precio natural del trabajo es, dentro del capital, el precio mínimo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo. La lógica de acumulación del capital reduce a los obreros a un vientre. Se les paga, en general, el salario mínimo requerido para su supervivencia, reproducción y adiestramiento. El salario, que es un costo de producción según el capitalista, son los gastos de existencia del obrero. Lo suficiente para que éste recupere su fuerza perdida y continúe reproduciendo a su clase proletaria, no más. Se pagan los medios necesarios para la conservación de la fuerza explotada. Las necesidades obreras se estiman según una métrica social e histórica. El pago está sometido a todas las transiciones sociales. Un elemento histórico y moral se encierra en la determinación del salario mínimo necesario. Con todo, no es más que eso, un mínimo. Esto se explica por la pulsión capitalista de adquirir plusvalor y se traduce como la ley del máximo de trabajo-mínimo de salario. A mayor

salario, menor plusvalor para el capitalista. A menor salario, mayor ganancia. Pagar nada, ganar todo, esta es la inspiración poética del burgués. Posee en su corazón la tendencia permanente a reducir al obrero a la gratuidad, una meta inalcanzable pero digna de su heroísmo trágico. El consumo del obrero está, así, determinado por el mínimo del tiempo necesario para su producción. Esto no es sino una faceta más de su dependencia frente al capitalista.

Aunque el obrero puede recibir un jugoso aumento esto no significa que no esté, a la par, recibiendo menos por su trabajo. Esto se explica simplemente por el hecho de que el número de monedas recibidas no necesariamente significa una mayor posibilidad de adquirir los productos que requiere para vivir. A esto se le conoce como la disparidad entre el salario nominal y el salario real. El salario nominal es el cuanto monetario recibido a cambio del trabajo, digamos 20 pesos. Si compro con él leche que cuesta 10 pesos el litro, podré comprar 2 litros. Pero si la leche aumenta su precio a 20 pesos por litro sólo podré comprar 1 litro, y aunque aumentara mi salario a 30 pesos aún no podría comprar la misma cantidad que compraba antes. El salario nominal, es decir, en su número, aumenta, pero mi capacidad de consumir para vivir, mi salario real, de hecho, disminuye. Esta relatividad del salario se manifiesta también entre las fronteras de las naciones. Lo que en un país rico es un trabajo mal pagado, en uno pobre es un oasis. Lo único que se evidencia es que las necesidades históricas que se consideran vitales en el primero son meros lujos fantásticos en el segundo. Si se observa, el migrante pobre es rico sólo hasta que retorna con su salario a su empobrecido país de origen. En el país donde trabaja difícilmente pasa de ser un peón.

El obrero, según la naturaleza y el derecho capitalistas, pertenece en su tiempo a la autovalorización del capital. Éste se adiciona fuerza de trabajo para valorizarse. Si provee al obrero de los medios necesarios para su reproducción, lo hace para cultivar así su propia reproducción. *El consumo individual del obrero es improductivo para él mismo puesto que únicamente reproduce al individuo* lleno de necesidades. La única forma en que el trabajador puede procurar para sí un extra es mediante el autosacrificio. Una cierta abstinencia que significa mayor diligencia para él y menor consumo. Esta tacañería es sin duda promovida felizmente por los capitalistas. El ahorro sirve a los obreros para afrontar mejor las variaciones anárquicas de los precios. Es la cínica consigna de que los obreros se mantengan siempre en un mínimo de disfrute vital para aliviarles así las crisis a los capitalistas. Y aunque vengan tiempos mejores y prósperos para el capital, ello no hará sino

hacer más sabrosas simples migajas. Mas si el asno llegara a disfrutar del pasto que su amo le da de comer, en nada cambiaría el hecho de que su consumo tenga cabida sólo en cuanto útil a un determinado sistema de producción basado en su explotación. Sin importar cuanto aparentemente se suavice el yugo del obrero, cosa que, por otra parte, significa, por compensación de pérdidas, el endurecimiento del yugo de otro obrero, sin importar cuanto crea beneficiarse un trabajador de su estado servil, la casa del proletario será siempre una choza al lado del castillo de su conveniente amigo, el capitalista.

VI. Apropiación capitalista del trabajo ajeno

Lo que distingue, primordialmente, a las formaciones económico sociales es la forma en que se expolia el plus trabajo al productor directo de éste, al trabajador. En el caso capitalista se logra a través del mecanismo del salario que, como hemos visto, tiene dos facetas: la compraventa y el consumo productivo del trabajo. Pero ¿cómo se logra esta expoliación? Pues se logra en el momento en que el capitalista conserva la propiedad sobre los productos del trabajo y da a cambio migajas. El capitalista alquila la fuerza de trabajo por un x tiempo. En tanto comprador, amparado por todas las leyes de dios y el hombre, le pertenece el uso de la mercancía que ha comprado, la fuerza de trabajo trabajando, y el vendedor, el obrero, sólo al entregar su trabajo entrega el valor de uso que ha vendido. El valor de uso de una mercancía, en este caso el trabajo, sólo incumbe al comprador. El trabajador adquiere un derecho sobre el precio del trabajo, mas no sobre el producto de éste ni sobre el valor añadido. El trabajador renuncia, a cambio del salario, a los frutos producidos directamente por su trabajo. El obrero vende la actividad de trabajo, no el producto. El producto resultante del proceso laboral se presenta ante él como combinación de material ajeno, instrumento ajeno y trabajo ajeno, en una palabra, como propiedad ajena. En la forma del trabajo asalariado capitalista existe una disociación absoluta respecto de la propiedad entre las condiciones objetivas del trabajo y la capacidad viva del trabajo. Lo que en el atesorador era acumulación de mercancías, en el capitalista se torna acumulación de los títulos de propiedad sobre el trabajo. El obrero no se enriquece en el intercambio, por el contrario, acrecienta el poder ajeno que lo somete. Como cualquier vendedor, el trabajador realiza el valor de cambio de su mercancía enajenando su valor de uso. Una cierta transubstanciación aparece de nuevo en los floridos valles de la producción burguesa.

Consiste ahora en presentarle al trabajador sus propias fuerzas como ajenas a él, como propiedad de otro. El dinero que gana, a pesar de ser la emanación necesaria de su propia fuerza, aparece como un objeto contrapuesto, ajeno, que tiene que ser comprado a cambio de vida. El fruto de su trabajo aparece como algo que tiene que ser otorgado por ese mediador dadivoso, el patrón. Lo que termina por constituir, para el trabajador, el fin de su actividad no es el producto sino el salario. La relación original que poseía el trabajo como actividad propia de una etapa del desarrollo individual de los hombres queda arrojada a la contingencia y a la suerte. Al capitalista le es indiferente la forma material, concreta y particular de la riqueza que posee. Lo mismo le da que su fortuna se base en producir zapatos de plástico o tanques de guerra o explotar mujeres. Lo importante para él no es la cosa producida en sí sino el objeto en tanto reporta capital. La indiferencia que el capital presta al obrero se manifiesta como indiferencia ante el género de su trabajo. Saltará de uno a otro si es necesario con tal de que éste le reporte el valor que requiere para vivir, su dinero. Y si no le gusta tiene el pleno derecho de morirse.

El trabajo proletario se constituye como generador de propiedad ajena, de capital. El trabajo es sólo productivo si produce su contrario. Se convierte, pues, en trabajo enajenado. La enajenación del trabajo consiste, precisamente, en que el trabajo propio aparece como propiedad ajena. Lo que era lo más cercano y afín se vuelve hacia él mirándolo como a un extraño. El obrero enajena su propia actividad a cambio de dinero. Su fuerza productiva pasa, así, a ser fuerza productiva del capital. El trabajo enajenado es el fundamento activo de la producción de la riqueza que el capital se apropia. La riqueza que el trabajo obrero produce pertenece a quien sea, menos a él. Los productos de su trabajo construyen los eslabones de la cadena que, aunque sea de oro, el obrero forja para sí. *Así como en la religión el hombre está dominado por las obras de su propio cerebro, en la producción capitalista lo está por las obras de su propia mano.*

VII. Plustrabajo

Lo que el capitalista expropia al trabajador es el remanente del trabajo. El trabajo del obrero se ha vuelto objeto en la mercancía, que es ahora propiedad del capitalista. Este último sólo paga una parte que es representada por el salario. La parte del trabajo obrero que representa el pago salarial se conoce como trabajo necesario. Es el trabajo mínimo

necesario que el obrero debe realizar o recibir en cambio para asegurar su supervivencia. El resto del trabajo objetivado en la mercancía, que el trabajador no recibe en el pago y que pasa a manos del empleador, es conocido como el remanente del trabajo o plustrabajo. El trabajo necesario lo es en dos sentidos. Es necesario para el obrero en su supervivencia y necesario también para el capitalista y su mundo que requiere del obrero. Mas el trabajo superfluo o extra no sólo es necesario para el capitalista sino que es su mismísima fuente de existencia, su inspiración suma y su razón de vivir. Una vez que el obrero cubre, en determinado tiempo, la cantidad de trabajo necesario que representa su salario sigue trabajando de manera gratuita para el capitalista. Si el trabajador cubre su salario diario en 4 horas de trabajo, el capitalista le obliga, amparado en la santidad de su contrato, a trabajar las más de las horas que sean posibles. Lo que el trabajador trabaja para sí lo paga el capitalista en el salario, no sin cierta incomodidad. Pero él recibe a la vez con creces la compensación de su sacrificio de manos de aquellos a quienes explota, de aquellos a quienes ama y desprecia a la vez. Sin remanente de trabajo no habría capital. Todas las bastas catedrales de su imperio encuentran su fundamento en esta relación entre el trabajo necesario y el plustrabajo. Crear trabajo “excedente”, trabajo superfluo desde el punto de vista del valor de uso, ese es el gran sentido histórico del capital. El trabajo que va más allá de lo necesario es convertido en una necesidad general. Lo superfluo constituye el fin de la producción social. El plusvalor es precisamente la diferencia entre el valor objetivado en los productos del trabajo y el valor manifiesto en el salario. La fórmula del comprar barato y vender caro se muestra como comprar barato al obrero y vender caro su producto legalmente arrebatado. El plusvalor es, pues, plustrabajo. Más exactamente, plustrabajo objetivado y expropiado. El plustrabajo produce valor sólo para el capitalista. Es un gasto de fuerza laboral que no genera ningún valor para su productor directo, el trabajador. *Genera plusvalor, que le sonríe al capitalista con todo el encanto cautivante de algo creado de la nada.*

Del carácter mismo de la producción capitalista, por la preponderancia del valor de cambio, surge una necesidad ilimitada de plustrabajo. La utilización de la fuerza de trabajo se torna explotación de la misma. Su tendencia a volver superfluo el trabajo humano acontece como verdadero condicionamiento de la existencia del tiempo necesario a la creación de tiempo de trabajo superfluo. El capital, por su hambre de plustrabajo, tiende a generar la mayor cantidad de trabajo posible, a aumentar los intercambios entre el capital y

el trabajo vivo, siempre de la manera que le sea más ventajosa. Para lograr una exitosa explotación pone en marcha varias alternativas. Por una parte, tiende a prolongar la jornada laboral hasta los límites de la posibilidad natural. Aumenta el tiempo absoluto de trabajo procurando para sí mayor plustrabajo. Los límites físicos y morales quedan establecidos por la fisiología humana y sus condiciones históricas y sociales. Esto no le impide, por supuesto, realizar *el horror civilizado del exceso de trabajo*. Por otra parte, tiende a reducir el trabajo necesario a un mínimo, hasta la gratuidad si es posible. Cuanto menor sea el trabajo necesario tanto más trabajo extra podrá ganar el capitalista. Con ello, los obreros se hacen más baratos de producir. Para lograrlo aumenta sus fuerzas productivas. Manda construir mejores máquinas, traer mejores aceites, y paga, al fin, menos salarios. Utiliza también la cooperación y la simultaneidad de trabajos para aumentar constantemente la velocidad de su producción. Con ello, aumenta en igual medida su rapidez en la explotación de la naturaleza y el hombre. Para cubrir su necesidad de mano de obra y, además, abaratarla, tiende también a acrecentar la población obrera. La sobrepoblación es para él una mina de oro. Cuantos más obreros cuanta mayor acumulación del capital es posible. Y si llegara a causarle algún problema se consuela pensando que nunca está de más tener un buen tanto de excedentes. Así, cuanto más aumenta la fuerza productiva del capital, cuanto más se unilateraliza y disminuye la mayor de las fuerzas productivas: el hombre. Todo es válido en el éxtasis de la verbena capitalista. Su único fundamento sagrado e intocable es la apropiación gratuita, que hace la clase burguesa, del trabajo ajeno, en virtud de tales o cuáles títulos jurídicos o basados en el poder

§ 12. División social en clases

I. Antagonismo de clase

La lucha entre el capitalista y el asalariado principia con la relación capitalista misma. Su antagonismo es inherente a la función de explotación. Comienza como el antagonismo propio entre la materia prima de la explotación y su explotador. En las condiciones concretas de trabajo las personas mismas del capitalista y el obrero se contraponen. Una en tanto voluntad directriz del proceso y la otra como mera objetividad inherente a dicha voluntad ordenadora. Su antagonismo de clase es progresivo. Cuanto más avanza la

centralización de los medios de producción que realiza el capitalista, cuanto más rápidamente desaparecen las clases no burguesas, engrosándose inevitablemente las líneas del proletariado, única clase que no puede desaparecer sin dictar igualmente la desaparición de la clase burguesa. La división fundamental entre estas dos clases se hace presente económicamente en sus términos de propiedad. Los unos, los trabajadores, desposeídos de los medios necesarios para reproducir su vida se ven en la necesidad de vender su fuerza de trabajo a cambio de la supervivencia. Los otros, acumulan los medios sociales de producción y explotan todo el trabajo que le es viable comprar ventajosamente en una ascendente de concentración de la riqueza y expansión de su dominio sobre la producción social que convierten en propiedad privada. Poseedores y desposeídos se enfrentan en una relación que los implica necesariamente a ambos. Representan los dos rostros inherentes a una determinada relación de producción: la relación de producción burguesa. La clase proletaria es la premisa necesaria de la existencia de la clase capitalista. Sobre este antagonismo descansa todo su progreso. Sobre él se gesta todo desarrollo de las fuerzas productivas y el aumento del remanente del trabajo. Su avance y progreso destruyen los lazos naturales arcaicos remplazándolos por la dispersión de sus integrantes cuya liga se constituye ahora como mera conexión económica. La sociedad civil, el plano de las relaciones sociales de mercado, se entroniza y hace aparecer a las conexiones sociales mismas como meros medios para lograr fines privados. El interés general aparece como la generalidad de los intereses egoístas. El carácter específicamente social de la producción burguesa se esconde tras una apariencia de automatismo e independencia que el propio sistema de producción y de relaciones capitalistas fomenta y construye. El capital adquiere una personalidad independiente frente a sus creadores. El individuo concreto aparece como lo dependiente, como aquello carente de personalidad, como aquello que está destinado a callar y obedecer. El capital se proclama a través de la voz de sus profetas como el único dios verdadero. Y sobre las cabezas de burgueses y proletarios dicta todo destino. Claro que su excelsa bondad e imparcialidad no le impiden dictar mejores destinos a unos que a otros.

II. El burgués*

El burgués es el capital hecho carne. Su hijo unigénito. Él es el ser para sí del movimiento vivo del dinero valorizándose. *En su condición de vehículo consiente de ese movimiento, el poseedor de dinero se transforma en capitalista.* Concentra en su seno todas las bondades del trabajo sin necesidad de mover un dedo. La laboriosidad de la masa paga su ostentación y su ocio. Su sociedad es profundamente simple: la guerra de todos contra todos. Como gran calculador sabe esgrimir en los momentos adecuados la falsa promesa de la mejora de la vida de los esclavos. Su sed de enriquecimiento es ejemplar. Cuanto más gana cuanto más cree poder obtener en su próxima partida. *La magnitud de la ganancia acicatea el hambre canica de más ganancia.* Aunque su pecho albergue el conflicto fáustico entre el afán de acumular y el afán de disfrute, sabe comportarse como un virtuoso del renunciamiento cuando llega el momento. Su incapacidad fundamental estriba en su imposibilidad de entender la transitoriedad de su régimen, su imposibilidad de entender un mundo en que el hombre no sea burgués. Concibe las relaciones burguesas de producción como naturales, necesarias y eternas. La ley de su producción es ante sus ojos una ley inmutable. Mas, si alguna vez, hinchado en estadista, alcanzara a dudar de la veracidad de su fe, todo el séquito de doctos piojos de la economía burguesa se levantarían como rayos justicieros, prestos a clarificar sus pensamientos y mantener su alma en el estado prístino de pureza que le corresponde. Indudablemente, el capitalista es un pobre diablo sometido en su humana libertad a la servidumbre con respecto a unas determinadas relaciones de producción. Aunque, ciertamente, se sienta en el polo menos hambriento de esa servidumbre.

Como todo buen rey, el burgués posee un enano bufón conocido como el pequeño burgués. Su característica principal es ser siempre un enano. Con todo, se distingue también del burgués por su alimento. Y su alimento preferido es su sueño irrealizable, pero perpetuo, de llegar a ser burgués. Como toda clase media reaccionaria tiene la cualidad arrogante y torpe de querer volver atrás las ruedas de la historia. Para ello se sirve de sus representantes políticos, máximos demócratas, expositores privilegiados de todo cretinismo parlamentario, orgullosos frutos del aislamiento idiotizador.

III. El proletario

El trabajador es, en principio, el trabajo que existe para sí, el ser para sí del trabajo. Dentro del proceso de producción actúa como el trabajo personificado. Constituye el átomo de la clase oprimida. Sobre la espalda de la gran masa a la que pertenece se vacía el peso de la explotación. La masa que no tiene nada que vender salvo sus personas. Su bestialidad es necesaria pues su existencia es lícita sólo dentro de su papel como bestia de carga. Sus hermanos de clase son sus enemigos, con ellos compite para no morir. Su hogar se limita a fungir como dormitorio, como un simple tránsito entre la fábrica y la fábrica. Su mujer y sus hijos son tarde o temprano reducidos también a meros instrumentos de producción. Si en principio se vendía a sí mismo, vende ahora a su mujer y sus hijos; se convierte en tratante de esclavos. Su devastación intelectual comienza, no pocas veces, desde la niñez, reduciéndolo a una simple máquina de producción de plusvalor. Su vivienda miserable es una loa a la aglomeración y al hacinamiento, donde la ruina moral se manifiesta cotidianamente como incesto y violencia. Su alimento se mantiene permanentemente por debajo de lo máximo necesario para mantener su salud, y es sólo suficiente para sobrellevar las infinitas marchas obreras hacia los centros de labor. Por la destrucción de lo rural, constantemente se unen a este séquito deprimente masas de campesinos transformados en obreros enajenables. Su vida se cumple como la vida de un autómatas. Cumple su ciclo vital como simple fuerza productiva del capital. Es remplazado con la simpleza del remplazo de un engrane. Las fuerzas productivas caen sobre él como fuerzas de destrucción. El proceso de realización del capitalista es el proceso de su avasallamiento. Si el proletariado consume su degradación se manifiesta como lumpen proletariado, es decir, como prostitutas, ladronzuelos, proxenetas y timadores de todo tipo.

§ 13. División capitalista del trabajo

I. Caracterización general de la división capitalista del trabajo

La división moderna del trabajo consiste en un proceso de división, aislamiento y autonomización cooperativa de las operaciones productivas. Su sentido histórico es el aumento de la productividad. A ello debe su avance sistemático y progresivo dentro del sistema productivo que busca incesantemente el aumento de la ganancia y la acumulación de trabajo. *La base de toda división del trabajo desarrollada, mediada por el intercambio*

de mercancías, es la separación entre la ciudad y el campo. El trabajador agrícola, una vez libre del yugo feudal y libre de los medios para reproducir su vida de manera autónoma, migra hacia los centros urbanos donde los atesoradores, el germen de la clase capitalista, han concentrado para sí los medios de producción en el taller. Igualmente, han concentrado el medio monetario de pago para hacerse del trabajo como un objeto comprable. El inicio histórico de la división moderna del trabajo se da con esta aglomeración tanto de medios productivos como de la fuerza de trabajo humana. A la diversidad de herramientas y labores que se aglomeran en el taller le sigue una cierta división de las tareas según los instrumentos existentes. Algunos se harán expertos en el martillo, otros en el yunque. Las labores se unilateralizan y perfeccionan, haciéndose en general más veloces. Un artesano de profesión zapatero debía abarcar en su experiencia la posibilidad de curtir, cortar la piel, teñir, formar y en fin, todas las operaciones necesarias para la creación de un zapato. En la casa del recién formado burgués, por el contrario, basta con hacerse profesional en clavar las suelas para obtener a cambio unas monedas que permiten comer. Conforme repite la operación parcial, el obrero perfecciona su destreza y con ello pone su grano de arena en el aumento de la velocidad del organismo de producción, que es ahora formado por un grupo medianamente extenso de trabajadores parciales como él. Conforme avanzan las mejoras tecnológicas avanza paralelamente la división del trabajo. Nuevas herramienta crean nuevas posibilidades de especialización, y así, en la industria moderna, nuevas máquinas crean también nuevas ramas de la industria. A la diversificación de las posibilidades técnicas corresponde una subsecuente especialización de las mercancías, una ampliación en la diversidad de los valores de uso. La nueva técnica es capaz de crear nuevos productos. Se amplían las fuerzas productivas y estas, a su vez, amplían la gama de necesidades. Véase, por ejemplo, toda la gama de nuevas necesidades que creó la aparición en el manejo de la luz eléctrica. Todo ello potencia igualmente el progreso sin fin de la división múltiple del trabajo y la especialización de las funciones. Las relaciones sociales del trabajador aparecen entonces como productos de una determinada relación de producción a la que se subsume. Cada cual conforma no sus capacidades sino su necesidad. Conforme el trabajador se especializa en una rama determinada de la producción pierde su autonomía como productor individual y su destreza como amo de múltiples operaciones. El producto individual del trabajo independiente deja su puesto al producto del trabajo enteramente dependiente y social. El desarrollo de la división del trabajo en el individuo acontece, pues, como

desarrollo de una unilateralidad productiva y una multilateralidad de necesidades. Dadas las circunstancias de su parcialización, tanto de su función laboral como del producto de su trabajo, se reitera su necesidad social real de un medio universal de cambio. Requiere proveerse de aquello que él es incapaz de producir pero que es necesario para el desarrollo de su vida. Alguien que dedique las horas de su vida a la creación de pantallas de computadora difícilmente tendrá posibilidades de sembrar los tomates y el maíz que ha de comer, difícilmente podrá ordeñar la vaca de quien tanto desea beber su leche. Lo que necesita es obtener dinero a través de su actividad con el cual poder comprar aquello que su actividad no le provee. La división capitalista del trabajo está mediada por la compra y venta de los productos de los distintos ramos. Tanto más se dividen las labores productivas específicas tanto más se reitera, para la sociedad burguesa, su necesidad social, supuestamente inalienable, de dinero. El trabajo mismo adquiere las leyes de distribución de la libre concurrencia consumando su carácter de mercancía. Todos los ramos de labor de vuelven terrenos fértiles para la creación de nuevos ramos productivos. Incluso el trabajo doméstico se convierte en una rama asalariada de trabajo. El capital celebra la división, pues sabe que la parcialización de las funciones es la sentencia indiscutible de la aneja vitalicia de los obreros a su régimen. Se abren, pues, todos los prósperos caminos para su explotación cada vez más abierta, más descarada, más directa, más brutal.

II. Cooperación

Las diversas funciones que el trabajador aislado concentraba en su actividad, entran históricamente en un proceso paulatino de escisión. La producción individual se transforma en producción colectiva, específicamente social. La concentración de los instrumentos de producción, sometidos al régimen de una voluntad unidireccional que tiene como fin la ganancia, alisa el terreno para una nueva división del trabajo. La aglomeración de los trabajos divididos adquiere su sentido unitario, en tanto proceso productivo, cuando las relaciones laborales al interior del taller se establecen como cooperación. La concentración del trabajo y la cooperación tienen como objetivo inmediato la reducción de los costos de producción. Se logra la simultaneidad vigilada de los procesos aislados, se reduce el espacio y con ello los traslados, etc. Este fenómeno de aglomeración permite concentrar tanto a los instrumentos del trabajo como a los obreros. El sentido último que los aglomera

nunca deja de estar orientado a la generación de más plusvalor. En realidad *los obreros [...] en cuanto cooperadores, en cuanto miembros de un organismo laborante, ellos mismos no son más que un modo particular de existencia del capital*. La actividad de los obreros es sincrónica e interdependiente; se desarrolla como un organismo.

El producto final del proceso de trabajo ha dejado de aparecer como fruto de un esfuerzo individual aislado y se presenta ahora como resultado del proceso colectivo del trabajo combinado. *Sólo el producto colectivo de los obreros parciales se transforma en mercancía*. Si el obrero quisiera reclamar para sí el producto de su trabajo, sería en verdad difícil saber qué parte debe reclamar. Ahora su trabajo es tan sólo un momento parcial dentro de un movimiento mayor que lo engloba. La fuerza productiva es presente como fuerza de masas. Lo que el obrero ha perdido de independencia, el capital lo ha concentrado como su propia fuerza. El poder productivo obrero se suma como fuerza productiva burguesa. El oficio multilateral e independiente desaparece y el proceso productivo se presenta como mero conjunto de oficios particulares, unilaterales, dependientes del capitalista para su acción recíproca. Entre el obrero cabal y el obrero parcial se abre progresivamente un abismo. Lo que aparecía como mutilación ante los ojos del trabajador independiente es la base de la perfección del obrero colectivo. Socializado como mera necesidad técnica del proceso de trabajo, el obrero colectivo y dependiente anuncia el comienzo de la extinción del trabajador aislado libre.

La aglomeración del trabajo y sus medios, al igual que la cooperación, han permitido, igualmente, satisfacer la necesidad capitalista de un mayor control sobre el proceso productivo. Los obreros encuentran en su relación laboral la artificialidad de su unión bajo la forma de la voluntad del capitalista. La unidad de la cooperación laboral es externa, radica fuera de ella en la persona del dueño. La unidad artificial de los obreros se manifiesta como la unidad de mando del patrón. *La conexión entre sus trabajos se les enfrenta idealmente como plan, prácticamente como autoridad del capitalista, como poder de una voluntad ajena que somete a su objetivo la actividad de ellos*. Dentro del proceso de producción, el capital se convierte en mando sobre el trabajo, en una determinada relación coactiva. El capitalista es la voluntad única que deja ver sus intenciones en el discurso de un código fabril. El capitalista es el autócrata, el legislador privado y caprichoso, dotado de la más alta jerarquía al amparo de su título de propietario. Su posesión de privilegiada arbitrariedad se convierte, para él, en el medio más fértil para el robo sistemático en

perjuicio del obrero; robo de espacio, de aire, de luz, de tiempo de descanso, etc. Al interior de su reino, el capitalista es un tirano implacable. Para hacer cumplir su voluntad con cierta soltura, jerarquiza y divide las funciones del trabajo. Tras su mando se desenvuelve toda una escala de puestos de intermediación productiva y de poder. Esta aparición de niveles al interior del trabajo acicatea la productividad de los obreros pues fomenta de manera astuta la competencia entre ellos. El capitalista juega con la mezquina aspiración obrera de llegar a convertirse en mando. Este sueño se realiza no pocas veces al amparo de la voluntad y el favor del burgués. Para que el régimen fabril se siga con disciplina cuartelaria, el capitalista cede a una cierta gama de subalternos más privilegiados la función de vigilancia de los procesos. El capitalista renta al capataz, renta a la raza prepotente de los proletarios convertidos en vigías, cuya labor específica es supervisar que el mecanismo de explotación de sus congéneres accione con perfección y sin contratiempos.

III. El obrero parcial

La labor del obrero unilateral se basa en la repetición de una misma operación simple. Su mismo cuerpo aparece como un *órgano automático y unilateral de dicha operación. Por otra parte, la continuidad de un trabajo uniforme destruye la tensión y el impulso de los espíritus vitales, que encuentran su esparcimiento y su estímulo en el cambio mismo de actividades.* El trabajo es repelente, simple y monótono, aunque no sin competidores. El embrutecimiento es parte natural de su condición de existencia. La patología industrial torna al obrero en un hombre tan estúpido e ignorante como es posible que llegue a serlo un ser humano. Con la infinita gama de las profesiones nacen todas las manifestaciones multicolores del idiotismo del oficio. La fuerza de trabajo se desvaloriza relativamente; su instrucción se simplifica. Los obreros no calificados, que representaban una mera excrecencia para la industria artesanal, son la base y principio de la industrialidad capitalista.

La división del trabajo se fomenta, desarrolla y persiste como una determinada unidireccionalidad. Hay una ligera y radical diferencia entre el “pintor” que pinta y el hombre que, entre otras cosas, pinta. En la división capitalista del trabajo *no sólo se distribuyen los diversos trabajos parciales entre distintos individuos, sino que el individuo mismo es dividido, transformado en mecanismo automático impulsor de un trabajo parcial.*

El hombre entero aparece como mero fragmento de su propio cuerpo. Se encuentra ya incapacitado, por su propia constitución, para hacer nada con independencia. Él mismo sólo puede producir en tanto accesorio del sistema de producción que lo abrume. Si al principio vendía su fuerza de trabajo por carecer de medios de producción, ahora lo hace por su incapacidad para producir fuera de esta compra y venta. Actúa como un mutilado que mendiga. *La división del trabajo marca con hierro candente al obrero manufacturero, dejándole impresa la señal que lo distingue como propiedad del capital.* La superproducción material ha implicado en su forma burguesa una subproducción humana. La división del trabajo hecha raíces más allá de la esfera económica y trastorna el terreno para una plena parcelación del hombre. Entre nosotros hay naciones enteras de ilotas, ni un solo hombre libre. El desarrollo de la mutilación cooperativa *produce nuevas condiciones para la dominación que el capital ejerce sobre el trabajo [...] aparece por otra parte como medio para una explotación civilizada y refinada.* La parcialización aberrante del trabajador se cultiva minuciosamente como se cultiva una planta en un invernadero. A los ojos del plusvalor encarnado, bien vale la pena sacrificar todo el animal con tal de arrebatarse sólo el cuero.

IV. División del trabajo intelectual y el trabajo físico. Ciencia

La ignorancia, como madre de la industria, ejerce sus dominios primordialmente sobre la parcialización obrera. En el mundo del trabajo físico, del trabajo vivo, desembarazarse del espíritu aparece como condición y como necesidad. Sin embargo, para el extremo que ostenta la voluntad directriz del proceso, el cálculo y el saber manipulatorio son indispensables. Dentro de la división del trabajo subsiste un proceso de escisión entre su potencia intelectual y su potencia física concreta. Esta separación se manifiesta, por una parte, como la mutilación del obrero y la dirección capitalista sobre el proceso laboral, y, por otra, como separación del trabajo con respecto a la *ciencia*. En el proceso productivo, el capital realiza una aplicación consiente de los frutos de las ciencias naturales y la técnica. Estando aquellas compelidas de facto a servir, con sus logros, como fuerzas productivas del capital, aparecen, sin embargo, como potencias productivas autónomas cuyo desarrollo es un mero producto general social. Ningún capitalista se ha ruborizado hasta hoy por tomar de la producción científica humana aquello que le sirva para sostener su sometimiento. La

ciencia podrá no costarle nada, ello no implica que no tome de ella el mayor provecho. Y si los frutos de la investigación adquieren algún costo, con ello no hacen sino entrar en las leyes del curso de las compras y las ventas. El burgués contemplará con tristeza su obligación de pagar pero se quedará contento al saber que, a partir de entonces, podrá tratar al saber con la destreza ejemplar con que trata a todas las demás mercancías. Si podía agenciarse los productos pasados, ahora podrá incluso levantar por anticipado sus pedidos. Como respetado cliente exigirá del vendedor lo mejor. Y lo mejor para el capitalista no es sino aquello que lo haga ser un mejor y mayor explotador. Que la ciencia se subordine al capital es una anomalía solamente allí donde su génesis y sostén se encuentran escindidos en tanto fines y medios de la generación de plusvalor.

CAPÍTULO V. PRODUCCIÓN CAPITALISTA

§ 14. Proceso Laboral

I. Unidad del proceso productivo como proceso laboral y proceso de valorización

El sistema de producción capitalista tiene por fundamento la expoliación del trabajo proletario, lograda a través del proceso de producción de mercancías. Ello no significa que su carácter desenvuelto implique exclusivamente el proceso de generación de los objetos mercantiles. En realidad, el sistema de producción tiene un carácter orgánico que implica, además de la producción como tal, las determinaciones económicas de la distribución, el intercambio y el consumo. Constituye una conjunción entre estos elementos puestos y supuestos, como articulaciones de una totalidad. Entre ellos existe una dependencia recíproca que se manifiesta como circuitos de la globalidad productiva. El sistema es producción, que es consumo, que es distribución, que es cambio. Los intereses de los particulares acontecen dentro de un circuito de interdependencias y mediaciones que se sobreponen a ellos bajo la forma de sus condiciones productivas. A la interdependencia de los circuitos económicos corresponde una marcada interdependencia social. La autonomía subjetiva es puramente ilusoria.

El capital, en cuanto tal, recorre sus facetas de producción y reproducción como ciclos; estos ciclos constituyen la circulación del capital. El capital compra medios de producción y valorización, los consume en el proceso productivo generando mercancías, vuelve a la circulación como producto, transforma el producto en dinero y, finalmente, el dinero sustenta al capitalista y la nueva compra de instrumentos de producción. Estas condiciones de producción funcionan como condiciones de reproducción en sí. Para sostener la existencia del sistema productivo, en su forma capitalista, basta con recorrer de nuevo el ciclo productivo que lo caracteriza. Por ello, al capital le es inmanente la imposibilidad de cesar de producir. El recorrido periódico de las mismas fases es su sangre y su cuerpo. Para comprender el sistema de producción capitalista es necesario desentrañar el carácter que contienen los periodos particulares de su ciclo vital; poner ante los ojos las determinaciones esenciales de sus facetas.

En la fase de la generación de los objetos de mercado, en la fase de la producción de las mercancías, el capital en movimiento se manifiesta como proceso de creación de valores de uso y, paralelamente, como proceso de producción de valor. *Así como la mercancía es una unidad de valor de uso y valor, es necesario que su proceso de producción sea una unidad de proceso laboral y proceso de formación de valor.* La producción es un proceso dual. Implica tanto la producción de los valores de uso, palpables y concretos, como la producción de su valor, celeste e intangible. El proceso mismo de producción capitalista de mercancías, la forma capitalista de producción, consiste en esta unidad del proceso laboral y el proceso de valorización. En el proceso laboral se enfrentan los elementos subjetivos y objetivos del proceso de construcción productiva: el obrero y los instrumentos de trabajo. En el proceso de valorización, ocurrido en las lindes del mismo espacio y el mismo tiempo, se enfrentan en una endogamia fratricida los elementos fijos y variables del capital.

II. Consumo productivo. Materia prima

El proceso laboral es el trabajo desenvolviéndose. Como proceso productivo, el trabajo exterioriza la fuerza de trabajo a modo de cosa. La fuerza y los medios empleados se manifiestan finalmente en un producto concreto. La producción, en sentido capitalista, es la actividad laboral orientada al fin de la generación de mercancías portadores de valor de cambio incrementado. Los medios para la transformación y los elementos que se encuentran disponibles para ser transformados, mediante el trabajo, representan las condiciones materiales particulares de una producción. Y lo que a los ojos del capital está siempre disponible para ser transformado es, en general, la naturaleza. Si el trabajo individual se daba desde el horizonte de una dialéctica entre el hombre y la naturaleza, el trabajo colectivo social, dentro de la producción capitalista, acontece como una dialéctica entre la esta sociedad histórica y la naturaleza.

El proceso laboral implica un determinado consumo. Se consumen unas ciertas formas materiales para llegar a otras. A diferencia del consumo individual, el resultado del consumo productivo se diferencia del consumidor. En el primer caso, el individuo consume los objetos en tanto medios para la subsistencia del sujeto vivo. En el segundo, los objetos son consumidos en tanto medios de subsistencia del trabajo. Los factores necesarios para que acontezca el proceso laboral se dividen en objetivos y subjetivos. Los objetivos son los

medios materiales de producción necesarios al proceso, como los materiales a transformar y las herramientas. Los subjetivos están integrados por la fuerza humana viva de trabajo, esto es, por los trabajadores. Como proceso, el consumo productivo posee, entonces, tres momentos: el material de consumo, el instrumento y el trabajo.

Aquello que sea producido puede insertarse como mercancía para el consumo inmediato o el consumo productivo. Las mercancías pueden ser, no sólo valores de uso para el consumo humano, sino también valores de uso para la industria. Cuando, dentro del proceso productivo, se utilizan productos de otros procesos productivos, a esos materiales que, desde otras industrias, se destinan a nuevos procesos de transformación, se les conoce como materias primas. Las materias primas no son sino los objetos que han sido ya mediados por el trabajo y que pueden ser destinados para la producción. Algunas de ellas adquieren cualidades de uso desde su punto de partida. En este caso son inmediatamente valores de uso producidos y mediatamente valores de uso por producir. Por ejemplo, el carbón industrial, siendo una materia productiva útil en distintos procesos, puede ser integrado para su consumo humano inmediato después de su extracción. Sin embargo, otras materias primas adquieren su sentido de uso sólo mediadas por un proceso productivo posterior. Digamos que en la producción de una botella de vino, la botella, el corcho y el vino mismo, siendo productos finales de sus propios procesos, se encuentran en la necesidad de ser ensamblados para adquirir las cualidades de uso que cumplen con el fin útil por el cuál se inició su producción. Estos productos, que encuentran su sentido sólo en la escala final de las producciones, adquieren una mediación de sus cualidades de uso. Se transforman en útiles al final de la cadena. Siendo ellos mismos productos finales de un proceso aparecen para la industria como meros ensayos de un producto interminado. Si no alcanzan su destino de enlazarse al rompecabezas útil del que son parte, quedarán, lo más probable, como mero desperdicio.

III. Formas que reviste el proceso laboral dentro del sistema de producción capitalista

La intención del capitalista, en un proceso laboral, es producir un valor de uso que tenga valor de cambio, un artículo destinado a la venta, una mercancía. Pero, además, quiere que ese valor sea mayor que la suma de los valores de las mercancías requeridas para su producción; no quiere sólo un valor de uso, no sólo valor, sino plusvalor. Al valor le es

imprescindible el objeto, aunque le es indiferente en qué objeto se aloja. El capitalista produce valores de uso sólo en tanto son el sustrato material portador de valor de cambio. Mediante la compra de la fuerza de trabajo, el capitalista incorpora el elemento vivo, generador de más valor, a los elementos muertos que ya posee, dando así inicio a la actividad productiva. El elemento vivo y el muerto le pertenecen por igual. *No es que el obrero compre medios de subsistencia y medios de producción, sino que los medios de subsistencia compran al obrero para incorporarlo a los medios de producción.* La mercancía dineraria sirve a las mercancías que fungen como medios de producción para convertirse en compradoras de personas. Estas fuerzas productivas son independientes frente al productor directo, el trabajador. Él representa el lado dependiente de la relación productiva. En la compra del trabajo y el subsecuente proceso laboral se expresa la autonomía de las condiciones objetivas de producción que se enfrentan como poderes ante el obrero. Los medios de producción se presentan ante el productor como la objetivación de su antítesis, es decir, se le presentan como capital. Las condiciones objetivas de su producción se encuentran enajenadas de él y aparecen como fetiches dotados de una voluntad y alma propias. *La premisa es que el obrero trabaja como no-propietario y que las condiciones de su trabajo se le enfrentan como propiedad ajena.*

En el proceso de producción capitalista, el obrero trabaja con los medios de otro, bajo el control de otro, y, además, el producto de su trabajo pertenece a otro. A la enajenación de los medios de producción se une la enajenación de los productos del trabajo. Para el burgués, la apropiación que hace del trabajo ajeno es legítima, pues él pone en riesgo su propiedad al iniciar el proceso productivo. Lo que recibe como pago de ese riesgo es, precisamente, su ganancia. En realidad, el riesgo es inherente a cualquier proceso productivo, capitalista o no. Lo que sucede es que, en las condiciones de producción burguesas, el proceso laboral aparece como el consumo productivo de las mercancías compradas por el capitalista, cuyos resultados, cosa para él obvia, le pertenecen. Para el obrero, por el contrario, significa el consumo de lo más valioso suyo, su vida, a cambio de migajas. El producto del trabajo, por la apropiación capitalista, se hace extraño al productor. El trabajador aparece como cualidad y no como agente del producto, como cualidad invertida del trabajo asalariado, es decir, como salario. El objeto adquiere personalidad frente a él; se hace independiente. Lo contrapuesto a la capacidad viva de trabajo aparece como su propio producto y resultado. Produce al nuevo valor autónomo que

participa como sujeto. Los esclavos militarizados de la fábrica cargan con la loza de su condición de clase como con una maldición. Si bien, la fetichización desaparece en el momento del proceso laboral concreto (el zapatero parcial no trata como capital al cuero que corta), el proceso productivo social mismo está permanentemente mediado por esta relación económica, fuente magnífica de las fetichizaciones. Lo más claro para evidenciar esta dicotomía radica en el hecho de que los productos concretos no muestran la relación económica de explotación que los precede. La bolsa brillante de café no muestra al campesino explotado, de la misma manera en que el sabor del trigo no revela el yugo capitalista ni el asesinato paulatino del obrero.

§ 15. Proceso de valorización

I. Transmisión de valor

Para el capital, el proceso laboral es un simple medio para el proceso de valorización. El hecho de que la acumulación de plusvalor requiera de la generación de objetos concretos es, para el burgués, una incomodidad necesaria. El proceso de valorización tiene tres estadios: 1) La conservación del valor del trabajo muerto a través del intercambio con el trabajo vivo, 2) la creación de plusvalor y 3) la desvalorización del objeto como mercancía dentro de la circulación. El trabajo conserva valor para aumentarlo y arrojarlo bajo la forma de objeto al mercado. El sentido de toda la producción se orienta bajo la premisa del proceso de conservación y aumento del valor. En la valorización ya no es el obrero quien emplea los medios de producción, sino los medios de producción los que emplean al obrero. *En lugar de ser consumidos por él como elementos materiales de su actividad productiva, aquellos lo consumen a él como fermento de su propio proceso vital.* El plus trabajo concretado como plusvalor encontrará su última transición bajo la forma de pluscapital; el valor autónomo que se destina a la generación de más plusvalor.

Así pues, el trabajo no sólo valoriza sino que conserva valor. Al valor que el obrero adhiere por su trabajo, se suman en el producto el valor de los materiales e instrumentos gastados dentro del proceso laboral. Los elementos supuestos del proceso productivo transmiten, por la nobleza del trabajo, su valor al producto final. El obrero no puede añadir trabajo nuevo sin conservar valores antiguos. Es el don natural de la fuerza de trabajo el

conservar valor al añadir valor. Es este un don que nada cuesta al obrero y rinde mucho al capitalista. Por el consumo de los materiales y el desgaste de los medios de trabajo se cede valor al producto. El valor que pierde la máquina pasa al cuerpo de la mercancía. Como mercancía que es, el instrumento no cede más valor que aquél que ya poseía antes de echar a andar. Cuanto más disminuya el valor del instrumento cuanto más valor cede al producto. En el nuevo valor de uso aparece el viejo valor de cambio. En el proceso de valorización transmigran las almas de las mercancías. El trabajador aparece aquí como el medio directo de la valorización; su trabajo productivo está más allá de la relación entre su actividad y el producto útil de su trabajo. El proceso, por el que incrementa la potencia de que es esclavo, permanece como regulado por una relación de producción específicamente social y que radica, a la vez, fuera de él.

II. Trabajo vivo y trabajo muerto. Capital constante y capital variable

Dentro del proceso de producción, sólo mediante la absorción de trabajo vivo el trabajo pasado se transforma en capital. *Conservar valor viejo mientras crea el nuevo, es un don del trabajo vivo.* Sólo por el trabajo vivo se conserva y realiza como valor de uso productos del trabajo pretérito. *El capital es trabajo muerto que sólo se reanima, a la manera de un vampiro, al chupar trabajo vivo, y que vive tanto más cuanto más trabajo vivo chupa.* *El tiempo durante el cual trabaja el obrero es el tiempo durante el cual el capitalista consume la fuerza de trabajo que ha adquirido. Si el obrero consume para sí mismo el tiempo a su disposición, roba al capitalista.* El trabajo vivo constituye ahora el medio de reproducción del valor del cambio; mientras que anteriormente el valor de cambio sólo aparecía en tanto producto. El trabajo acumulado muerto domina sobre el trabajo inmediato vivo que convierte el trabajo acumulado en capital. Esta dominación del trabajo pasado sobre el trabajo presente se extiende, en tanto el producto del trabajo es propiedad del capitalista, como dominio sobre el trabajo futuro. No es que el trabajo acumulado sirva al vivo sino a la inversa. El capital es quien consume al trabajo vivo y no al contrario. El trabajo vivo es un simple recurso para valorizar-vivificar el trabajo objetivado-muerto. Al trabajo directo se le confronta como negatividad el trabajo acumulado.

A la parte del capital que transmite su valor desgastándose a través del trabajo que se realiza sólo a través de él se le conoce como *capital fijo* o *constante*. Es la porción del capital adelantado que integran los medios objetivos de producción.

A la parte del capital convertida en fuerza de trabajo en el proceso de producción, que aumenta su valor por intermedio del trabajo vivo, se le conoce como *capital variable*. Es la porción del capital adelantado que se integra como salarios. La disparidad entre el capital variable y el valor aportado por el obrero es lo que constituye la magnitud absoluta del plusvalor.

III. Aumento del valor. Plusvalor absoluto y plusvalor relativo

El aumento del valor del capital inicial se desarrolla a través del proceso productivo. El trabajador concreta su fuerza en el producto y recibe como paga un valor menor a la cantidad de trabajo que otorga. La diferencia entre el valor de la fuerza de trabajo, el salario, y su valorización en el proceso laboral constituyen el plusvalor. El único valor original que surge del proceso productivo es el valor nuevo que pone el factor subjetivo, el trabajo vivo. Para lograr aumentar la disparidad entre el trabajo necesario y el trabajo superfluo el capitalista usa vías diversas. Una de ellas es el aumento del plusvalor por medio del incremento del tiempo del proceso laboral. Al plusvalor así obtenido se le conoce como *plusvalor absoluto*. El capitalista convierte al proceso laboral en proceso laboral prolongado. El tiempo del trabajo manda por encima de la calidad del trabajo. El péndulo es todo, el hombre es nada.

Para aumentar el trabajo superfluo el capitalista intenta, paralelamente, reducir el tiempo de trabajo necesario a través de la mejora tecnológica de los medios de producción y la disminución del costo de la fuerza de trabajo. Al plusvalor obtenido a través de la reducción del trabajo necesario se le conoce como *plusvalor relativo*. Su carácter primordial dicta el acrecentamiento de las fuerzas productivas. Cuanto mayor es la fuerza productiva cuanto menos valor se aloja en los productos generados. Esto posibilita el abaratamiento paulatino de las mercancías y propicia conjuntamente el abaratamiento de la manutención obrera. Esta reducción reduce igualmente el salario diezmando la capacidad de cambio del obrero. Además, la reducción del trabajo necesario no significa de ninguna manera la reducción de la jornada laboral. El progreso técnico es tan sólo una forma de

acrecentar el plusvalor, esto es, la cantidad de trabajo que el capitalista expropia al trabajador. La era burguesa es radicalmente revolucionaria con relación a sus medios de producción. A diferencia de todas las anteriores que eran esencialmente conservadoras, la era de la producción capitalista posee la necesidad de transformación progresiva y continua de sus medios productivos, pues este avance significa una más de las vías para saciar la sed de ganancia. Por ello mismo, el comienzo de la era burguesa dictó el comienzo de la carrera por el desarrollo universal de las fuerzas productivas. Las transformaciones que de esto han derivado han sido no pocas veces violentas. *La producción del plusvalor absoluto gira únicamente en torno a la extensión de la jornada laboral; la producción del plusvalor relativo revoluciona cabal y radicalmente los procesos técnicos del trabajo y los agrupamientos sociales.*

La acumulación capitalista se constituye, a través de la expropiación del plusvalor, en acumulación progresiva y reproducción de los procesos productivos. Acumular se traduce como la transformación del plusproducto en capital, en la adquisición de nuevos medios de producción, en la escala progresiva de la reproducción capitalista. El proceso de atesoramiento se transforma en proceso de empleo y reconversión del plusvalor para la generación de más capital, de pluscapital. Toda acumulación se vuelve medio para una nueva acumulación. Por el pluscapital se aumenta la masa de intercambios con el trabajo vivo y el proceso de acumulación del capital se convierte, finalmente, en proceso de acumulación multilateral del trabajo.

IV. El obrero supernumerario

Al aumento de las fuerzas productivas corresponde una determinada fluctuación de la demanda de la fuerza de trabajo. El aumento del capital constante, durante los periodos de revolucionamiento técnico, genera la disminución relativa del capital variable por el mecanismo de su sustitución. Al llegar la máquina inevitablemente salen por la misma puerta una cierta cantidad de obreros. La necesidad que la industria tiene de brazos fluctúa según los avances cíclicos de sus fuerzas productivas. Al avance técnico sigue una determinada acumulación de medios productivos que sustituyen al obrero, haciendo disminuir la necesidad de mano humana. Estas fluctuaciones generan un cúmulo obrero que se constituye como población trabajadora superflua. Su aglomeración reduce los costos del

trabajo y con ello sienta las bases para la posibilidad de una nueva acumulación y el inicio, nuevamente, del ciclo de explotación del trabajo. El capital en su avance permite la industriosisidad de la clase obrera, mas, por el avance de su propia fuerza, esa población obrera generada se convierte periódicamente en población desocupada. La expansión de la industria cultiva estos brazos disponibles que requiere para su mismo sostén. Una cierta población desocupada y semiocupada es propia de la producción expansiva capitalista. Mientras una parte de la clase obrera sufre las bondades del exceso de trabajo, a otra parte se le sentencia al ocio forzoso. La misma división del trabajo, al haber constreñido la fuerza humana a una sola labor, impide muchas veces que allí donde existe demanda de brazos los desocupados pueden tomar un lugar en la producción. Con todo, la necesidad de trabajo lleva al obrero a la necesidad de desarrollar multilateralmente sus posibilidades productivas, así sea contra su gusto. Y se ve de continuo maestros biólogos trabajando de taxistas, plomeros trabajando de herreros, etc. El aumento temporal de la riqueza es el anuncio profético de un futuro aumento del ejército industrial de reserva. Son los momentos de crisis los que desembarazan al capital de esta peste, arrojando a los excesos de población a una muerte placentera.

El trabajo reviste la calidad de ser prescindible. El obrero conoce esta amenaza y aprende por ella a guardar silencio. El trabajo obrero se vuelve dispensable, desechable, sustituible y superfluo. En el mundo burgués sólo es productivo el trabajador que produce plusvalor para el capitalista o que sirve para la autovalorización del capital. La producción constante de una sobrepoblación relativa de obreros constituye una necesidad de la acumulación capitalista. La población no nace superflua, se hace superflua según las facetas del ciclo de producción. La producción de una población obrera relativamente excedentaria, superflua para las necesidades medias de valorización del capital, es una *necesidad* del sistema de producción, una consecuencia necesaria en el proceso de acumulación y concentración crecientes del capital global. La población obrera se encuentra a sí misma produciendo los medios que permiten convertirla en supernumeraria; es ésta una ley de la población peculiar al modo de producción capitalista.

La población superflua permite el abaratamiento de la fuerza de trabajo. El ejército industrial funciona como un perfecto regulador del salario. El despotismo del capital utiliza a los desocupados como presión para los ocupados. La competencia entre obreros da sustento a las reducciones más arbitrarias del salario. El capitalista realiza uno más de sus

absurdos haciendo que su obrero gane poco y deseando a la par que el resto ganen mucho. Quiere para los suyos la autocontención y para los otros la abundancia que los haga grandes compradores. A quien no pueda adaptarse a esta situación se le señala cortésmente que ¡ahí está la puerta!

Los refugios de los supernumerarios constituyen la válvula de seguridad de todo mecanismo social. Algunos encuentran la solución de su desocupación en el suicidio, otros migran siguiendo los pasos del capital migrante. *La constante conversión en supernumerarios de los obreros en los países de gran industria fomenta, como en un invernáculo, la emigración hacia países extranjeros y la colonización de los mismos, transformándolos en semilleros de materias primas para la metrópoli.* El capital cumple al pie de la letra con el doble carácter de la producción burguesa, con su cualidad inigualable de ser a la par creadora de riqueza y de miseria. El más impúdico de los excesos transita de la mano con la carencia total y el sacrificio humano masivo. *La acumulación de riqueza en un polo es al propio tiempo, pues, acumulación de miseria, tormentos de trabajo, esclavitud, ignorancia, embrutecimiento y degradación moral en el polo opuesto, esto es, donde se halla la clase que produce su propio producto como capital.*

V. Tasa de plusvalor

El capital adelantado espera convertirse, por el trabajo, en más capital. El capitalista invierte para ganar. La transición del capital original al capital incrementado se simboliza por la fórmula económica de C: $c + v \rightarrow C': c + v + p$; esto es: Capital inicial: capital constante + capital variable \rightarrow Capital incrementado: capital constante + capital variable + plusvalor. Para expresar económicamente la magnitud en que es explotado el trabajo se utiliza la tasa de plusvalor. *Ella es la expresión exacta del grado de explotación de la fuerza de trabajo por el capital, o del obrero por el capitalista.* Difiere, tanto de la magnitud absoluta de explotación, como de la tasa de ganancia. Se expresa por la fórmula p/v : plusvalor/valor del trabajo (salario) o capital variable. Si el plusvalor extraído corresponde a 6 horas de trabajo y el salario a 6 horas, la tasa del plusvalor correspondiente será de $6/6 = 100\%$. Aunque el plusvalor absoluto varíe la tasa puede continuar igual. El plusvalor puede ser de 5 horas, mas si el trabajo necesario es de 5 horas igualmente la tasa seguirá siendo de $100\% = 5/5$. El caso de la variación de la tasa de plusvalor en relación a la tasa de

ganancia se expresa en la siguiente variación: la tasa de ganancia se calcula como una relación entre el plusvalor y la inversión total, es decir, entre el plusvalor y la suma de los capitales variables y constantes. Así su fórmula se expresa como: $p/c + v$: plusvalor/capital constante + capital variable. Si tuviéramos como plusvalor 6 horas, como capital variable 6 horas, pero además 6 horas como capital constante, veremos que la tasa de ganancia será de $6/6+6 = 6/12 = 50 \%$. En la producción del plusvalor, el objeto fundamental de la producción capitalista *no es la magnitud absoluta del producto, sino la magnitud relativa del plusproducto lo que mide el grado alcanzado por la riqueza*

§ 16. La máquina

I. Sistema de máquinas

Dentro del proceso de trabajo la máquina actúa, primordialmente, como masa de herramientas. Ella es un determinado conjunto de instrumentos de trabajo. Para ponerse en marcha requiere una fuerza motriz que la impulse y un medio para ello. *Toda maquinaria desarrollada se compone de tres partes esencialmente diferentes: el mecanismo motor, el mecanismo de transmisión y, finalmente, la máquina-herramienta o máquina de trabajo. El mecanismo motor opera como fuerza impulsora de todo el mecanismo.* El gran salto hacia el maquinismo industrial encontró su fundamento técnico en el desarrollo de este mecanismo motor. La madre de la ciudad industrial, la máquina de vapor, permitió llevar al cúmulo de herramientas más allá de los límites naturales que le imponía su fuerza motriz. La máquina de vapor sustituyó las fuerzas eólicas, animales, hidráulicas o humanas, que fungían como la fuente de movilidad de la masa de instrumentos. Con ello, se potenció la fuerza del trabajo, su explotación calculada y la expansión territorial de la industria más allá de los límites de las bondades naturales de un terreno. El granero que debía estar situado junto al río encontró, por la bondad del avance tecnológico, su libertad de tránsito. La máquina, por la independencia de su mecanismo motor, representó entonces el fin de la barrera orgánica del uso de las herramientas. El elemento hombre se volvió susceptible de ser sustituido por agua y carbón. El impulso mercantil de creación de maquinaria, potenciado por el auge de generación industrial, fue perpetrando la sustitución de las máquinas simples por la aglomeración y simplificación de los procesos, cuya manifestación

final quedaba representada en la figura del monstruo mecánico industrial. La fábrica mecanizada gestó la producción a gran escala y con ello al aparato de la gran industria. Las entidades productivas se constituyeron en sistemas de máquinas, en sistemas de objetos cuya ilación quedaba resuelta por la aplicación técnica de la mecánica, la química, etc., y cuya necesidad de movimiento era, a la manera de un corazón mecanizado, alimentada por una fuente nuclear de calor, por un autómeta central.

II. Maquinaria y trabajo

La tecnología pone al descubierto el comportamiento activo del hombre con respecto a la naturaleza, el proceso de producción inmediato de su existencia, y con esto, asimismo, sus relaciones sociales de vida y las representaciones intelectuales que surgen de ellas. La intención histórica que se manifiesta a través del sistema tecnológico de máquinas no es sino la generación de plusvalor. La simplificación del trabajo necesario para el aumento del plustrabajo. La máquina es el gran sustituto. Su fuerza equivale a mil hombres, lo que quiere decir que mil hombres son ahora prescindibles. Por la máquina se reduce el tiempo de trabajo necesario para el obrero permitiendo la expansión del tiempo que se destina al capitalista. Dados los límites naturales para la expansión de la jornada laboral, la otra forma que encuentra el capitalista para expoliar valor dentro de su fábrica es aumentar la fuerza de sus medios productivos. La maquina abarata los productos, reduciendo el tiempo de trabajo que se requiere para su generación. A este abaratamiento le corresponde un aumento de la masa total de las mercancías producidas. El gran industrial, al vender más barato, necesita vender ahora mucho más para seguir ganando. Este aumento de la fuerza productiva exigirá, en su debido momento, una cierta expansión del mercado, dictando también las bases para el fenómeno burgués de la sobreproducción. El aumento del poder de la máquina no genera por sí solo más valor. Logra su objetivo solamente acompañándose de una mayor explotación del trabajo. Ningún obrero se ha beneficiado jamás con el avance de la industria. El capital reduce el tiempo de trabajo en que el obrero cubre su salario, esto es, reduce el tiempo de trabajo pago, mas nunca reduce el tiempo de trabajo total en que usa al obrero. Para el capitalista, el hecho de que la tecnología reduzca el trabajo que el obrero debe realizar para sí, significa que aumenta el trabajo que el obrero puede realizar gratuitamente a favor de su amo. El aumento de la productividad de los

medios de producción reduce paulatinamente el factor subjetivo que lo implica. Ello no significa nunca que el trabajo no se intensifique. Por el contrario, la competencia que sobre el trabajador ejerce la máquina presiona al obrero para que haga, cuanto esté a su alcance, para no hacerse prescindible. La presencia de la máquina enseña indirectamente al obrero la necesidad de su silencio y obediencia. Y si al obrero se le ocurre rebelarse contra esta situación, bastará con voltear al mercado de las nuevas máquinas o de los supernumerarios para dejarlo fuera de combate. La máquina es uno de los grandes aliados del capitalista frente a la movilización obrera. Cuantas más huelgas, cuanto más desarrollo de la técnica que suplanta al hombre.

El saludo de bienvenida a la máquina es la despedida de los obreros. La máquina, más allá de aceites y gasolinas, trabaja gratis. En ella, el trabajo pretérito se pone a trabajar al igual que una fuerza natural. La fuerza humana es remplazada por las fuerzas de la naturaleza, la rutina empírica por la aplicación consiente de las ciencias, la combinación subjetiva por un sistema de objetos. La productividad de la máquina depende, justamente, del grado en que es capaz de sustituir trabajo humano. *Por cada caballo de fuerza no llega a haber 2 obreros.* El ahorro de trabajo de la máquina es la sentencia final del artesano. La fuerza humana y la destreza se tornan superfluas. Por ello se explica la inserción masiva del trabajo infantil y femenino en la industria. Todos los integrantes de la familia son lanzados al taller. La máquina ha permitido aumentar el material humano de explotación. A su vez, el trabajo del jefe de la familia se devalúa por la participación del resto de sus familiares en la oferta del trabajo. La máquina, el medio más poderoso para reducir el trabajo necesario es el medio más poderoso para convertir todo el tiempo de vida de todos los miembros de familia en tiempo dispuesto para el trabajo. La magia tecnológica dicta por sus célebres virtudes la conversión general de la población en esclavos.

Con el sistema de máquinas el hombre se constituye, por fin, en máquina. En la manufactura y el artesanado, el obrero se servía de su herramienta; en la maquinaria, el obrero sirve a la herramienta. El obrero es un apéndice viviente, funge como un mero accesorio vivo y aislado frente a la unidad objetiva de la máquina. Él es una simple pieza más. La destreza del obrero es ahora propiedad de la máquina y él no es más que una fuerza motriz simple y uniforme. La simpleza de la labor atrofia y tortura al obrero. La maquinaria ha liberado al trabajo, de una vez por todas, de todo contenido. Con ello, el capital cumple su noble tendencia a equiparar los trabajos. *La especialidad vitalicia de manejar una*

herramienta parcial se convierte en la especialidad vitalicia de servir a una máquina parcial. En las formas desarrolladas de explotación capitalista, el medio de trabajo adquiere la sabia virtud de asesinar al trabajador.

§ 17. Comercio y mercado capitalistas

I. Circulación capitalista

La necesidad del capital de incrementarse dicta su necesidad de entrar continuamente en la circulación. El capital se constituye, dentro del mercado, como capital comercial. La riqueza se encuentra amenazada por la licuacidad de los valores, por eso es mejor mantenerla en su camino de acrecentamiento. La pulsión paranoica del conservar incrementando convierte al valor de cambio en contenido, sustancia y fin de todo el movimiento. Sin intercambio no hay valorización. El comercio se convierte en esencialidad de la producción. De ser una mera herramienta para hacer fluir excedentes se convierte en la sustancia. El transitar que los objetos llevaban a cabo en la fábrica sale de las puertas de la industria para convertirse en cambio. En la fábrica los objetos transitan, en la calle se intercambian. Su distribución estará siempre vigilada por la máxima autoridad del dinero.

El capital, como mercancía, requiere ser útil. Si no se constituye como valor de uso nadie querrá comprarlo. Su consumo es la realización final del valor de uso, la compra es la realización final del valor de cambio. Al vendedor lo que le importa es que su artículo se venda, lo que el comprador haga con él es cosa que ya no le interesa, salvo en la medida que este sentido final potencia su venta. El producto abandona su estado de potencia y se realiza justamente cuando su valor de uso es realizado, consumido. Mas, en la circulación regida por la intención capitalista, el valor de uso de la mercancía es precisamente su ser capital. Al capitalista no le interesa comerse la manzana, la interesa comprarla barata para poder venderla con ganancia. Cuando la circulación simple transita hacia la circulación compleja, en sentido capitalista, los valores de uso sufren una inversión cualitativa. En la circulación simple se compraba y consumía para vivir, en la circulación compleja capitalista se compra y consume para valorizar. Ambos estadios de la circulación conviven en un mismo tiempo, mas la circulación compleja representa un verdadero revolucionamiento histórico en las formas de la determinación mercantil. Lo importante para el capitalista no

es cómo responde el producto a la necesidad general sino como responde a su necesidad particular e inmediata de producir plusvalor. La contradicción entre el valor de uso y el valor se daba dentro de la circulación simple como una variación puramente formal. En la circulación compleja, la valorización responde a la inserción del producto en tanto respuesta a la necesidad global del capital, no del producto mismo. La producción basada en el valor de uso natural es remplazada por la producción basada en la utilidad capitalista.

El capital, que impulsa al trabajo más allá de los límites de su necesidad natural, impulsa igualmente la necesidad y el consumo de sus productos. El capital crea objetos para un público pero también públicos para sus objetos. No objetos para los sujetos sino sujetos para los objetos. El capital desarrolla todo un cúmulo de nuevas necesidades, artificialmente dadas, históricamente introducidas. La necesidad es sembrada primariamente por la percepción; el consumo, mediado a través del control de los medios de distribución mercantil, reitera y reproduce la necesidad artificialmente creada. Se desarrolla una ampliación cuantitativa del consumo concreto y real, creando nuevas necesidades y difundiendo en mayores círculos las existentes. La producción de nuevas necesidades está aparejada con la producción de toda la gama de nuevos valores de uso. Este desarrollo implica el desarrollo de un individuo con necesidades universalmente ampliadas. Esta ampliación es constante pues responde a los ciclos de revolucionamiento mismo de la industria. No es la necesidad humana inmediata la que determina la masa de la producción sino la escala creciente de la producción misma. Si el capital era originalmente indiferente a sus criados, ahora pone toda su atención en ellos para sojuzgarlos mejor.

La sociedad burguesa se concreta, por la preeminencia de la circulación mercantil, como sociedad de sujetos intercambiantes. Significa el endiosamiento del nivel social de intercambio entre los individuos; la sociedad civil aparece como la sociedad por excelencia. Los sujetos comparten una misma determinación formal, su ser intercambiantes. Su forma es la igualdad. Su contenido es la libertad; más concretamente, su libertad de compraventa. La sociedad de la libre competencia gesta en su seno una ley adecuada a ella. El reino de la libertad es el reino de la libertad de mercadeo. Claro está que se cuidan muy bien de no mencionar los nombres de los dueños reales y concretos del mercado. El libertinaje de unos se paga con la esclavitud de los más. Como se ha dicho ya de muchas maneras, la riqueza social y las libertades que ella otorga se reparten entre unas cuantas manos.

II. La competencia

El que el capital requiera expandirse para conservarse o, en otras palabras, tenga la permanente tendencia a ser acrecentado, se traduce en el capitalista individual en el deseo permanente de concentrar para sí el mayor cúmulo posible de la riqueza social. Esta tendencia a acrecentar y privatizar se manifiesta como acción entre los individuos como una relación de competencia. El gran capitalista tiene por meta hacer que todos los poseedores de dinero sean sus clientes. Mas se encuentra en el camino con otros capitalistas cuyo fin es el mismo. Con ellos compete. La clase capitalista tiene la peculiar cualidad de que, poseyendo sus miembros fines idénticos, su manifestación concreta como clase se presenta como antítesis interior. Son buitres en disputa por el mismo cadáver. Cada pontífice capitalista aspira a ser *El* capitalista. Esta es la luz cenital que alumbra todas las inspiraciones del individualismo burgués. Todos quieren plusvalor, mas saben que la única manera de obtenerlo *todo* será, tarde o temprano, arrebatárselo a sus hermanos de sangre. Cuando el capitalista observa un paisaje ajeno a la competencia se siente desencajado, lo ve como un organismo falto de vitalidad, enfermo. Para él, el fundamento de su progreso radica justamente en esta competencia. En ello tiene además mucha razón, cosa que no significa que su progreso haya dejado de ser un avance destructivo. La competencia es una ley del mercado. Se impone al capitalista individual como ley coercitiva exterior. Los capitalistas no realizan una convención y deciden competir entre sí; en cuanto deciden entrar a ser capitalistas, en ese momento saltan a la competencia anárquica del mercado. La competencia es la forma misma del mecanismo de circulación dentro de la producción burguesa; es una ley que subsume mecánicamente el enfrentamiento anárquico de los intereses egoístas. Lo que grita el mercado es: compitan como quieran ¡pero compitan! Los capitalistas, autoridades impolutas de la fábrica quedan reducidos a peones de la suma autoridad de la competencia en el mercado. Esta es la coerción que pesa sobre ellos por el desencuentro de sus intereses personales. La competencia es para el capitalista individual una ley coercitiva exterior. Sólo el monopolista se desembaraza de esta lapa, aunque no completamente, ni sin problemas, ni por mucho tiempo.

La manera más vieja de competir del mercader es vendiendo más barato. En verdad, el precio de venta de los productos se regula a través del mecanismo de competencia. El nuevo mercader vende barato para ganar clientes, sus competidores igualan el precio o lo reducen aún más para evitar la pérdida. Reducen el precio hasta el punto en que deja de

significar ganancia o se estacionan en una ganancia baja media. El precio de una mercancía fluye por debajo o por encima del costo de su producción según las condiciones de oferta-demanda y competencia del mercado. Si el precio no es mayor al coste de producción el negocio no es negocio, y entonces es mejor llevar el dinero a otra parte. Sin embargo, reducir el precio de venta al costo de producción es una tendencia permanente de la clase burguesa dictada por la ley de competencia. Se conoce a ésta como la ley de nivelación necesaria del precio de una mercancía con su costo de producción. Si el capitalista compite en igualdad de circunstancias, tarde o temprano quedará empatado con sus competidores. Pero el capitalista no quiere quedar encallado en una bahía, quiere ser el dueño de todos los mares. Entonces busca la forma de mejorar sus circunstancias de competencia. Si no puede aumentar el precio de sus mercancías le queda su capacidad de reducir los costos de producción. Si logra producir con menor gasto, podrá vender más barato y no perder. Ésta es la clave del triunfo de los grandes productores sobre los pequeños. Como producen en masa, sus costos de producción por pieza se reducen y así pueden ofrecer más barato que cualquiera. Esta necesidad continua de reducir los costos de producción se transforma en una tendencia permanente a privilegiar el abaratamiento del trabajo. La ley de competencia dicta la necesidad de una explotación ilimitada de fuerzas de trabajo baratas. Esto se traduce en una desvalorización continua del trabajo. A través de la mejora tecnológica el capitalista crea situaciones de ventaja para sí pero que son siempre condiciones de empeoramiento para quienes llevan el peso de la explotación. La reducción del tiempo de trabajo social medio que representa una mercancía está mediado por las improntas y avances de la técnica que la competencia impulsa y promueve. El valor de una mercancía es actualidad social, lo máspreciado ayer es hoy objeto de bisutería. Lo que sustancialmente varía aquí no es tanto la demanda sino la oferta. El valor que socialmente corresponde a una mercancía está siendo transformado, precisamente, por los revolucionamientos continuos de las condiciones de producción. El valor del objeto es tan volátil como volátil es la capacidad de las fuerzas productivas. La competencia, mientras subsiste en su forma burguesa, señala un camino progresivo hacia el aumento de la industriosisidad y, con ello, de la explotación total de la naturaleza y la expansión, igualmente total, de los mercados. Es la tendencia a la conversión cabal de todo lo mundano en el séquito fiel de la religiosidad mercantil. Su manifestación ampliada, se da, por ahora, como competencia mundial.

III. El señorío sobre la naturaleza

La producción capitalista implica el desarrollo progresivo de las fuerzas productivas sociales del trabajo, el aumento de la masa de la producción y la diversificación de las esferas productivas. Su herencia significa por una parte la herencia de la laboriosidad universal sin límite. Todos los adelantos de la civilización, la ciencia, los inventos, la división y combinación del trabajo, los medios de comunicación mejorados, el mercado mundial, la maquinaria, etc., aparecen como medios, como fuerzas productivas del capital. El plusvalor relativo libera capital y trabajo que buscan nuevas ramas de acción.

A esta expansión corresponde una cierta necesidad social de control sobre las fuerzas de la naturaleza. A esto obedece el desarrollo máximo de las ciencias naturales y el dominio de la técnica. El reconocimiento de la autonomía de las leyes naturales acontece como un mero medio para someterlas como objeto de consumo o como útiles para la producción. Las fuerzas productivas de la naturaleza aparecen incorporadas al capital. La naturaleza se ve como *puro objeto*, como masa informe *para* el hombre, una simple cosa meramente útil; dispuesta ahí, para ser manipulada, controlada y desechada según la voluntad. La naturaleza ha dejado de ser un poder en sí misma y se presenta como mera aglomeración material, disponible como reservorio de respuestas para la necesidad humana. La naturaleza adquiere el mismo poder y significado que un montón de latas en la alacena. Se le explora toda con el afán de prostituirla. Acontece la creación de un sistema de explotación general de las propiedades naturales y humanas, un sistema de la utilidad general. El dominio que el capitalista ejerce sobre la naturaleza se presenta a sí mismo como la superación universal de una malsana servidumbre. Sin embargo, lo único que ha logrado es establecer la universal servidumbre como el único dominio. El hombre haciéndose dueño y señor de la naturaleza no es sino una faceta más del falso evangelio de la liberación humana que predica como santa homilía el capital.

IV. Oferta sobre demanda

A la estricta necesidad que determinaba el valor de una mercancía como horas del tiempo de trabajo se le oponía la anárquica determinación del precio del mercado por la oferta y la demanda. A una figura propia de la producción se le oponía su correlato mercantil. Pues bien, un fenómeno paralelo funciona al nivel de la producción global de las

mercancías. A la tiranía productiva, la tiranía dentro de la fábrica, se le enfrenta la anarquía de la distribución. Un cierto juego de orden y azar caracterizan a la producción capitalista. El equilibrio de esta disparidad se caracteriza por su constante abolición. Si dentro de la empresa se economiza al máximo, en el plano de la circulación de las mercancías lo que priva es el despilfarro. Los objetos de la producción social se pierden en la anarquía del mercado; aparecen y desaparecen como cosas superfluas. Esto se debe a que la realización de las mercancías está mediada por un azar. Una vez salido de la planta industrial, el objeto comienza un recorrido incierto. El destino de la producción ha sido generar un objeto vendible, pero esto no implica que el objeto, de hecho, se venda. Miles, millones de objetos son producidos y no llegan al final destino de ser comprados y consumidos. La fuerza humana gastada en su producción, simplemente, se desperdicia. Esto se debe a que la producción está continuamente desvinculada de la necesidad real y concreta. La oferta y la demanda están separadas por un abismo en constante transformación. Esta distancia se manifiesta, por una parte, como generación de productos superfluos, es decir, que se producen objetos que nadie quiere consumir. Por otra, se somete la demanda a la oferta, esto es, que no se pueda consumir lo que se necesita sino, solamente, lo que el productor capitalista quiere ofrecer, lo que hay. En la demanda social, la oferta se enfrenta a la demanda. Si el productor no era libre de producir lo que quería, porque estaba coaccionado por la competencia, el consumidor no es tampoco libre de consumir lo que quiere, salvo lo que le otorgue el sinsentido del mercado. El comercio universal se encuentra sometido a las necesidades de la producción, no a las necesidades propiamente personales. La individualidad aparece concretamente sometida por la casualidad mercantil. A la producción burguesa la precede siempre una determinada irracionalidad, nacida de su real desvinculación social interna. Cada quien hace lo que quiere y lo que puede. La necesidad interna de la correspondencia y la existencia autónoma y recíprocamente indiferente de los momentos de la producción son la base de estas contradicciones. La producción está desvinculada de la circulación tanto como la circulación lo está del consumo y, sin embargo, todas ellas se implican necesariamente, dependen una de otra. La sociedad no es un sujeto, en ella la producción y el consumo, la producción y el producto, se encuentran divididos, su relación es externa e implica una mediación necesaria. Las ramas industriales carecen de inmediatez. Y, dado que su vinculación está dada desde el horizonte de la pugna de los intereses egoístas de acumulación, el resultado no puede ser otro que el caos.

El sistema de contradicciones tiene, ciertamente, sus límites. La vida industrial se cumple como ciclos. A una animación mediana de la industria le sigue un cierto periodo de prosperidad, seguido, a su vez, por un periodo de sobreproducción y crisis y, finalmente, un periodo de estancamiento previo a una nueva mediana animación. El ciclo productivo se resume en sus facetas de producción, oferta, sobreproducción y crisis. La catástrofe es la forma de fluir del capital

La manifestación más clara de la anarquía industrial se presenta en el absurdo de la sobreproducción. La desordenada arbitrariedad de los productores de las mercancías los lleva a producir productos invendibles. Generan, por su ceguera, un cúmulo incontable de objetos que, al no responder a la utilidad humana concreta, quedan atrapados en el espacio inespacial del limbo mercantil, entre el mundo celeste de la venta y el oscuro terreno de los desechos. Esta sobreproducción significa, por supuesto, pérdida; y esta pérdida significa, por supuesto, pérdida de trabajo, disminución del poder de compra y crisis. La creatividad infantil de algunos potentados cuesta a la masa social miles de vidas. El modernísimo sistema de máquinas resultó ser, no sólo el mejor aliado contra la organización obrera, sino que resultó tan eficiente para sobreproducir que ha llegado a convertirse en el verdadero sicario de las masas.

V. Mercado mundial

La plusvalía creada en un punto demanda la creación de plusvalía en otro punto. La producción capitalista implica la gestación de una esfera de la circulación constantemente ampliada. Crear más plustrabajo implica crear más puntos de intercambio. El carácter expansivo del mercado lo lleva a constituirse como *mercado mundial*. Esto es, el intercambio universal de todos los productos de todos los países, la reelaboración de productos viejos, etc. Todos los límites son barreras a salvar. Los bajos precios industriales constituyen la artillería pesada para la conquista. El capital actúa destructivamente contra toda localía, toda tradicionalidad. En su seno es constantemente revolucionario; todo lo que se paga a sí mismo, lo que no depende de él, es una barrera a derrumbar, que al ser una barrera puramente exterior y artificial, como las leyes y las costumbres, sucumbe de manera inevitable. La era burguesa abre el horizonte del mestizaje universal. Todo proteccionismo reaccionario es para él un gesto infantil. La parte conservadora es su parte antitética; es su

enemigo y como tal le declara la guerra. Uno de los más bellos productos de la era burguesa son, precisamente, las guerras comerciales. Guerras que fungen como medios para el triunfo de una batalla que se desenvuelve bajo la lógica del mercadeo. La expansión colonialista europea constituyó el avance histórico concreto de la posibilidad universal del comercio y una subsecuente división internacional del trabajo; de una división de los países entre países técnicamente desarrollados y países proveedores de materias primas y mano de obra barata. La finalidad de estas luchas se inserta en una intención de centralización de la riqueza global. Se trata de la centralización de los capitales menores en otros mayores. Para lograrlo se desenvuelven mecanismos como el crédito. El crédito representa, justamente, la centralización de la disponibilidad sobre la riqueza. Sobre esta concentración se asienta el poder de la bancocracia mundial. Como un mecanismo de tienda de raya, los bancos generan deuda en sus usuarios para asegurarse el retorno de riqueza, pero incrementada. El banco manda a sus mineros cargados de una pica y una pala prestadas para que recojan por él el oro que anda disperso por las venas de la tierra. El crédito es la deuda, el banco es el cacique, el capataz son los sistemas policiales y judiciales del mundo y el mercado mundial y de trabajo son la santa hacienda. Competencia y crédito constituyen las dos palancas más poderosas para la centralización.

CAPÍTULO VI. PROPIEDAD

§ 18. Propiedad antigua

I. Apropiación social antigua de la vida

La propiedad no es posesión. La propiedad es afectividad, pertenencia. Para el hombre antiguo la vida es la suma propiedad. Y por esta suma propiedad que lo caracteriza se apropia de la tierra, que es la naturaleza, que es la vida. El sujeto antiguo, el trabajador natural antiguo, es para sí naturaleza. Ésta significa su posibilidad de apropiarse de sí mismo, su posibilidad latente de seguir siendo. La naturaleza es la fuente y el final de sí mismo. Él no es para sí tan sólo un cuerpo separado y disperso; es la naturaleza en tanto sujeto. Al apropiarse de ella se apropia de sí. La propiedad es, en él, los presupuestos de su propia existencia y la naturaleza fructífera es su presupuesto necesario. La naturaleza es una prolongación de su cuerpo. El fin de la producción antigua es reproducir al productor, participar de la vida bebiendo de su fuente fecunda. La vida come vida. La naturaleza es lo más propio para el antiguo pues él es propio en y por ella. En aquél hombre, la propiedad es el presupuesto de la producción, no su resultado. La propiedad de la tierra significa la propiedad de sí mismo. La tierra es la naturaleza inorgánica de su subjetividad en la cual ésta se realiza a sí misma.

La realización del hombre es, en todo caso, social. Está siempre mediada socialmente. Esta mediación no anuncia un abismo. Quiere decir, solamente, que el individuo se hace tal individuo sólo en la comunidad y a través de ella. La sociedad antigua no es un falso puente entre el hombre y sí mismo. La sociedad antigua no es un mero medio para la obtención de fines privados. Todos los hombres y mujeres de la comunidad viven en el pecho de cada hombre. La comunidad se encarna en él; en él y a través de él se manifiesta. La comunidad es lo común, y lo común es que, sólo entre nosotros, somos; sólo por y en un *nosotros* llegamos a ser y somos. El individuo se apropia de su vida, la define y la molda, sólo en un nosotros. Frente a esos otros que son él mismo. Sociedad y propiedad son en él sinónimos. Lo que es a todos propio es lo que a todos da la vida. Y lo que a todos hace vivir es la naturaleza que trabajan juntos y los frutos de ese trabajo que disfrutan juntos. Es en las relaciones sociales de producción y reproducción de la vida de la

comunidad donde se establecen y crecen las relaciones de propiedad. Es la vida material y espiritual misma de los individuos la que se juega en la comunidad. Los hombres se hacen libres sólo en la comunidad pues se apropian de su vida a través de ella y en ella se hacen, finalmente, los hombres que son; la libertad personal es la comunidad. En la comunidad vive el hombre y en el hombre vive y habita y crece la comunidad. La semilla profunda de la historia se aloja en su corazón, pero él, no la ve llegar. La situación histórica, finita y contingente que ha creado junto con los otros se le presenta como la verdadera esencia. La comunidad es la verdad y la mentira. Esta identidad señalada entre la naturaleza, la propiedad, la comunidad y el individuo es lo que define al llamado comunismo primitivo.

II. Límites y destrucción de la comunidad antigua

En cualquier caso, la nostalgia por la plenitud primitiva es una ridiculez. El romántico, el amo de las fantasías de la vuelta a la naturaleza, es simplemente el correlato antitético del burgués. Representa su negatividad, que no su superación. El mundo antiguo es en su configuración misma cerrado y limitado. La independencia que se hace posible en la universalización queda cercada dentro de las relaciones locales, consanguíneas o de servidumbre. La propiedad comunitaria tiene como inherente limitación un comunal ingerencismo. La estratificación social es no pocas veces su forma de desenvolvimiento. A ello se suma el idiotismo de la vida rural. En realidad, el individuo anterior aparece como más pleno por el hecho de que la gama de potencias ante él dispuestas es más reducida. En relación a la propiedad, el mundo antiguo aparece ciertamente como superior porque en él la propiedad existe afirmativamente y no como objetivo externo, como extrañamiento, como la enajenación total que gesta el burgués. La entidad comunitaria, que producía sólo valores de uso y dividía fisiológicamente el trabajo, al expandirse y expandir con ello el comercio, dio paso hacia el tránsito histórico que significó la conversión de la producción en producción basada en el cambio y de la división natural del trabajo en división mercantilista del trabajo. En cuanto los hombres comenzaron a desarrollar los acuerdos de intercambio sobre los objetos para la vida, confrontándose como sujetos autónomos, con intereses particulares diferenciados y privados, en ese momento, la presupuesta unidad comunitaria había ya llegado a su fin.

§ 19. Propiedad burguesa

I. Propiedad privada

El progreso de la población y la producción constituyen las causas de la disolución de las relaciones sociales de propiedad antiguas. La propiedad de la comunidad tribal se va transformando paulatinamente hasta dar paso a la constitución de la propiedad privada. Primariamente, esta propiedad se manifiesta como apropiación de los productos del propio trabajo. Cada hombre es dueño de la leña que corta, de la cosecha que siembra. Sin embargo, en el caso de la propiedad privada capitalista esta relación de propiedad se trastueca de manera total. Lo que constituía la relación de propiedad con los productos propios se convierte en derecho sobre los productos del trabajo ajeno. La propiedad capitalista radica precisamente en la posibilidad del uso y abuso sobre el trabajo ajeno impago, que la clase capitalista ha expropiado de la clase trabajadora. La propiedad privada erigida a fuerza de trabajo propio; *fundada por así decirlo, en la consubstanciación entre el individuo laborante independiente, aislado, y sus condiciones de trabajo, es desplazada por la propiedad privada capitalista, que reposa en la explotación de trabajo ajeno, aunque formalmente libre*. Ningún economista, por obtuso que fuera, consideraría como propiedad privada capitalista la propiedad que se tiene sobre los propios zapatos o sobre los propios pantalones, la propia choza, etc. La propiedad capitalista se basa en la capacidad de disponer sobre el trabajo ajeno, que significa la disposición unidireccional y de clase que se ejerce sobre la riqueza social generada. La propiedad capitalista es, precisamente, la disposición unitaria sobre el capital social, constituido por los medios de producción, distribución y los frutos generales del trabajo. Es la apropiación de los medios generales de valorización y del plusvalor. Si el trabajo extra constituía la posibilidad de la propiedad y el mercado, el trabajo históricamente expoliado constituye la posibilidad de la propiedad capitalista. Este tipo de propiedad persiste bajo la forma de una relación social que está mediada por cosas y sólo puede existir a condición de que la gran mayoría se encuentren privados de propiedad. *El capital no es, pues, una fuerza personal; es una fuerza social, que se anida en el vientre de unos cuantos por el real ejercicio de la fuerza.*

II. Comunidad burguesa

Acumular por acumular, producir por producir. La autovalorización del capital es el fin último de la sociedad burguesa. El capital es en ella la verdadera entidad comunitaria. Lo que es a todos ellos común es la posesión del capital y el afán absoluto de enriquecerse. Para lograrlo, el capital emplea, domina y explota fuerza de trabajo suplementaria. Se apropia del producto ajeno, haciéndolo aparecer como realidad de otra persona jurídica que no es el productor. Su juego se basa en el ejercicio de los títulos de propiedad sobre la fuerza de trabajo y sus productos. El plusvalor es su propiedad de clase. Todas las potencias del trabajo aparecen como su propia potencia. El burgués egoísta constituye su átomo social. Él mismo es el capital personificado. En su alma sólo existe una pulsión mayor, la máxima divina del robo de más riqueza. Él es el gran monopolista de los medios de producción. *Jefes de verdaderos ejércitos industriales, [son] los burgueses modernos.*

Sería difícil encontrar una sociedad en la que el hombre fuera aún más el lobo del hombre que en la sociedad capitalista. Cada uno se aparece como el obstáculo del otro. Su interés privado, socialmente mediado, les dicta sólo una cosa: ¡compite y vence! Son verdaderos autófagos, no sólo por su tendencia a devorarse entre sí sino por su peculiar carácter de producir aquello que los destruye. La burguesía *ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Ha sustituido las numerosas libertades escrituradas y bien adquiridas por la única y desalmada libertad de comercio [...] en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada y brutal.* Sus tierras son el reino del pago al contado. La sociedad del precio y el cambio, la sociedad de la libre competencia. Por su arte sacro el mundo se convierte, todo él, en un mercado. Felizmente, se constituyen como masa de individuos que consumen sin producir. Reciben socialmente el beneficio de la plusriqueza dejando a otros la cómoda carga del plustrabajo; su ocio, su capacidad de dedicar el tiempo a la contemplación de lo bello, descansa sobre la sangre y el sudor ajeno. La humanidad entera se encuentra bajo su sentencia; y su mandato es uno: ¡produzcan para mí! El verdadero tirano del mundo lo constituye *el fanatismo de la valorización del valor.* Para la sociedad burguesa el mundo es propiedad capitalista o lo

será; todas las fuerzas naturales y espirituales están y deben seguir estando a su servicio; en su conciencia, toda etapa anterior no es sino subdesarrollo e idolatría.

El intercambio entre individuos es sustituido por doquier por el fenómeno de la compraventa. Todo es objeto de comercio. Si en lo primitivo se intercambiaba lo superfluo, en el capital lo superfluo es el sentido de la producción. Lo necesario, el hombre, aparece como lo excedente, lo que en todo caso es mejor ir reduciendo paulatinamente para aumentar la ganancia. Los lazos naturales rotos son relevados por relaciones de dinero. Se desarrolla con puntualidad la gesta por la conversión de la masa global humana en compradores y vendedores y *ese hacer dinero aparece como el objetivo último de todo género de actividad*. Aunque la gran masa sigue como rebaño fiel el sueño del enriquecimiento, en realidad, es el modo de su participación en la producción lo que determina la forma particular en que participarán de la riqueza. La ley de su participación en el intercambio se les impone como ley exterior social. Como en un régimen de castas, la sociedad de clase reparte al esclavo sólo lo que corresponde a las bestias y al señor lo que corresponde a su jerarquía. La mediación que existe entre el productor y el producto se encuentra bajo las órdenes de un poder que busca perpetuar la subordinación de un sector humano a otro. Toda una gama inmensa y florida de malabarismos del mercado responden a la santa cruzada por sostener este régimen basado en el estupro.

III. Producción y reproducción de la relación capitalista de lucro

En la concepción antigua el hombre es el objetivo de la producción; en la producción moderna la producción misma aparece como el objetivo del hombre y la riqueza como el objetivo de la producción. En la producción capitalista se hace caso omiso de los productores. Para el capital el trabajador no es condición alguna de la producción, sino que sólo lo es el trabajo. Si el capitalista pudiese producir plusvalor sin obreros, los desearía como a un mero desperdicio. La riqueza material adquiere una jerarquía por encima del individuo humano. En la fábrica los productores son un mero aditamento. Los privilegios sobre la producción los establece, no la destreza ni la participación activa, sino la santa propiedad, resguardada con máximo honor por los ejércitos. El trabajo vivo es un simple recurso para la valorización. La producción es el fin y el principio, el alfa y el omega. El trabajo es puro medio de lucro. En el capital, la producción se autonomiza frente al

productor, y no sólo se hace autónoma sino que se le enfrenta. Lo que caracteriza al obrero es su pérdida de autonomía; él está escindido de sus condiciones de producción y sus productos que se le enfrentan como propiedad ajena. Sus mismos medios de producción se convierten en los medios de su explotación. Frente a la propiedad antigua de la tierra, la máquina es lo absolutamente impropio, el medio de producción que era una extensión del cuerpo y frente al cuerpo, es ahora su absoluta negatividad, un ente enfrentado y hostil. El producto final de su desgaste pertenece al amo; para él, basta con no morir de hambre. El fundamento efectivamente dado del proceso capitalista de producción es esta escisión entre el producto del trabajo y el trabajo mismo; entre las condiciones objetivas del trabajo y la fuerza de trabajo subjetiva. Este circuito de escisiones se realiza solamente al ser efectuada la conversión del trabajo en mercancía.

El tesoro no se valoriza si no es por intermedio de la explotación del trabajo. Para ello, se compra, en situación ventajosa para el capitalista, la fuerza de trabajo. Esta compraventa es el fundamento absoluto del proceso de producción capitalista; es la cuna de todo plusvalor. El trabajo se distribuye a través de la libre competencia. El obrero forma parte de la clase históricamente despojada cuya necesidad primordial es encontrar un buen comprador para no perecer. *El obrero pertenece al capital aún antes de venderse al capitalista.* Una vez terminado el proceso de valorización por el que recibió un sueldo, el trabajador debe venderse de nuevo a la clase capitalista hasta la terminación de sus días. El trabajador asalariado es arrojado constantemente al mercado como vendedor, que posiciona su propio producto como medio de compra de su antagonista, el capitalista. La clase burguesa recontracta a los obreros y los compra con el producto que se les ha expropiado. *Es el viejo procedimiento del conquistador que compra mercancías a los vencidos con el dinero de ellos, con el dinero que les ha robado.* A diferencia del esclavo, al asalariado no se le paga en especie, con los valores de uso necesarios para una reproducción adecuada que le permitan seguir siendo útil; no, al asalariado se le paga con la materia volátil del valor de cambio, con dinero. A diferencia del esclavo, el trabajador libre no es propiedad de un *master*, de un amo; el trabajador libre es propiedad de una clase, la clase capitalista, siendo de tan bajo valor para sus dueños, que ninguno ha de responder por su muerte. El trabajador moderno es una propiedad móvil y versátil. Es tan prescindible que se ve obligado a mantener la calidad de la mercancía que vende, él mismo, si no quiere verse desplazado por otros vendedores de mercancías del mismo género. El capataz ya no necesita vigilarlo, sabe

que el obrero se disciplina solo pues está obligado a mantener y reproducir su relación de subordinación, so riesgo de perecer él y los suyos. A diferencia del esclavo, sometido por una coerción exterior, el trabajador asalariado aparece como el gran practicante de la autocontención.

El obrero al reproducirse reproduce a su propia clase pero también a la clase antagónica. El obrero transmite a sus descendientes las destrezas de su trabajo, transmitiendo al capital, paralelamente, la posibilidad de la reproducción de su explotación. El obrero se enfrenta a un poder que lo domina merced a su propia actividad. El trabajo se encuentra alimentando y engrandeciendo a su tirano. En el pluscapital todos los elementos son producto del trabajo ajeno. El proceso de producción que no sólo produce mercancías y plusvalor sino que reproduce la relación social capitalista misma, reproduciendo al capitalista y al asalariado. La perpetuación del obrero significa la perpetuación de la fuerza que reproduce al capital; igualmente esta relación reproduce al capitalista quien a su vez reproduce la escisión entre trabajo vivo y muerto en la figura del salario; en el trabajo como trabajo asalariado. La conservación y reproducción de ambas clases se implican necesariamente. Es la reproducción de la relación coercitiva capitalista que se manifiesta como reproducción de la explotación del trabajo. *Sólo es posible vender la fuerza de trabajo en tanto la misma conserva como capital los medios de producción, reproduce como capital su propio valor y proporciona, con el trabajo impago, una fuente de pluscapital. Por consiguiente, las condiciones de su venta, sean más favorables o menos para los obreros, implican la necesidad de que se la venda siempre de nuevo y la reproducción continuamente ampliada de la riqueza como capital.*

§ 20. Génesis del capital

I. Renta de la tierra

El capital requiere obreros; requiere personas que se vendan a cambio de dinero. ¿De dónde surgen esos obreros? En algún punto de la historia los trabajadores debieron convertirse en trabajadores asalariados. Pues bien, ese proceso de transición inicia con el surgimiento de la renta de la tierra. Que la tierra pueda ser rentada significa que ella se encuentra dividida como propiedad de unos y no-propiedad de otros. Esto es, se paga una renta por el uso de

aquello que no se posee y se cobra renta por ceder el uso de algo que se posee. Los propietarios rentan su tierra a aquellos que carecen de ella. El hombre del campo necesita la tierra para vivir; pero si esta tierra no le pertenece debe de pagar por ella. Pero ¿cómo es que históricamente algunos se vuelven dueños de la tierra? La respuesta puede anticiparse con cierta obviedad: la expropiación que hace una clase sobre otra con respecto a la tierra, el medio de producción por excelencia, se logra a través de una impostura violenta. El punto de partida del surgimiento del capital se establece como proceso de expropiación de la tierra al trabajador. El nuevo propietario expulsa al campesino de la tierra o lo somete a un régimen de tributo. La tierra comienza a generar renta para el propietario y pérdida para el productor; la tierra se capitaliza, se reduce a una máquina de acuñar moneda. A la propiedad concentrada sobre la tierra sigue la renta que se paga por ella. Al despojo que se hace de los medios para producir su propia vida sigue la necesidad de vender el propio trabajo a cambio del salario. Para los antiguos, en las labores de la tierra se hacían los guerreros y los hombres libres. El alejamiento de la posibilidad de reproducir autónomamente la propia vida a través del trabajo de la tierra marcó el inicio de la conversión paulatina del trabajador libre en el trabajador esclavizado moderno.

La expropiación de la tierra se da como desalojo forzado de las zonas rurales. Algunos campesinos permanecen como vasallos, otros migran hacia los incipientes centros urbanos donde se han concentrado medios de producción a través de las funciones de los gremios artesanales. Allí se convierten en asalariados, potenciando el desarrollo de un mercado interno. La inserción histórica del capitalista como intermediario entre la propiedad de la tierra y el trabajador significa su inserción como intermediario en la esfera general del trabajo. La renta de la tierra lanza a los trabajadores de la gleba al trabajo asalariado. Quien desee evitar esa condición se ve obligado a dormir en la calle. El habitar social mismo se subordina al proceso real de acumulación.

El trabajador emancipado de la gleba queda doblemente libre según se ha dicho. Los trabajadores quedan fuera de la servidumbre y las relaciones arcaicas de clientela, quedando a la vez fuera del ámbito de los medios de producción. No sólo ya no están incluidos entre los medios productivos sino que quedan libres de ellos. El hombre se hace dueño de su fuerza pero ésta se le presenta como mera potencia que no puede ser realizada a menos que se venda, que pase a las órdenes de un comprador. Tan pronto se libera de su viejo amo, el trabajador pasa a ser propiedad de los compradores de trabajo. Al trabajador libre,

propietario de su fuerza, se le enfrenta la clase de los acumuladores de riqueza. El trabajo, por el despojo, queda ajeno de las formas de su reproducción y debe, entonces, enajenarse como fuerza al servicio de otro.

El hombre no nace aislado, se aísla a través del proceso histórico. El hombre aparece históricamente en un proceso de disolución comunitaria y aislamiento. Los trabajadores rurales se transforman en asalariados, gestando y fortaleciendo las relaciones productivas sociales capitalistas. Lo rural entra en estado de descomposición. El valuarde de la vieja sociedad, el campesino, desaparece como tal al ser transformado y sustituido por el asalariado. La victoria del potentado industrial sobre el mundo feudal se da por los métodos más innobles posibles. *El punto de partida del desarrollo fue el sojuzgamiento del trabajador. La etapa siguiente consistió en un cambio de forma de ese sojuzgamiento.* Los hombres que quedaban dispersos en el vagabundaje se veían continuamente sometidos a leyes que los criminalizaban. El mendigo se convertía, según la conveniencia de los nuevos amos, en reo y delincuente. La ciudad y el campo se separan y comienza entre ellas un proceso de extrañamiento. Su autonomización sienta las bases para una revolución en las formas de la división del trabajo. La concentración de la propiedad concentra la política. Las ciudades se vuelven la referencia política por excelencia. El campo queda paulatinamente sometido a los arbitrios que corren desde los centros urbanos.

La renta de la tierra significa la puesta en marcha de la nueva división social de clase. Esta división se construye y mantiene históricamente como predominante a través de todos los métodos. La masa desposeída intercambia su trabajo por menos trabajo debido a su carencia de propiedad. La propiedad se concentra en unas manos y la sociedad se divide entre vendedores de fuerza de trabajo y compradores, entre capitalistas y proletarios. Los propietarios de dinero, medios de producción y de subsistencia, los valorizadores se enfrentan a los trabajadores libres, vendedores de fuerza de trabajo. El capitalista procede entonces a comprar barato esta fuerza para ponerla en marcha, realizando en este camino productivo la apropiación de trabajo impago. *El capital no ha inventado el plus trabajo. Dondequiera que una parte de la sociedad ejerce el monopolio de los medios de producción, el trabajador, libre o no, se ve obligado a añadir al tiempo de trabajo necesario para su propia subsistencia tiempo de trabajo excedentario y producir así los medios de subsistencia para el propietario de los medios de producción, ya sea ese*

propietario un καλὸς καγαθός [aristócrata] ateniense, el teócrata etrusco, un civis romanus [ciudadano romano]*, el barón valaco, el terrateniente moderno o el capitalista.*

II. Manufactura. Subsunción formal del proceso de trabajo al capital

El régimen feudal y corporativo recibe la sangre nueva que llega de los campos. Esto permite al maestro artesano convertirse en comprador de trabajo y reunir a los trabajadores en su taller. El trabajo artesanal se constituye en trabajo manufacturero. Las funciones se particularizan y dividen para acelerar los procesos. Los individuos se recluyen en órbitas profesionales particulares que se integran bajo un organismo cooperativo. El maestro artesano se limita a enseñar y mandar, sus habilidades quedan desmembradas y se reparten entre sus hijos como funciones especiales separadas. La división manufacturera del trabajo constituye el origen de la división social del trabajo productor de mercancías. A esta transición esencial se le conoce como el paso de la manufactura.

Las funciones productivas de la mente y la mano, la voluntad y el movimiento se escinden. La voluntad que guía el proceso viene desde el exterior y se encarna en la figura del capitalista. La finalidad interior del productor directo queda suplantada por la voluntad exterior del intermediario de la producción. *Es un producto de la división manufacturera del trabajo el que las potencias intelectuales del proceso material de la producción se les contrapongan como propiedad ajena y poder que las domina.* La posibilidad inicial de comprar y concentrar trabajo convierte al maestro del taller en capitalista. El pequeño patrón salta a la liga de los burgueses cuando se separa de su necesidad de laborar. *El maestro ahora ya no capitalista por ser maestro, sino maestro por ser capitalista.* Cuando el trabajo independiente y disperso se concentra cooperativamente en el taller, cuyo mando se establece de manera *artificial* en la voluntad del comprador de los medios de producción, aunque el proceso laboral se encuentre orientado a la generación de plusvalor su sometimiento es solamente formal. La producción de la riqueza social, sus formas y medios, su fuerza de trabajo, pueden revestir o no una forma capitalista. A este estadio productivo se le conoce como la subsunción formal del proceso de trabajo al capital.

III. Enajenación del productor con respecto a los medios y frutos de la producción

El comprador debió poseer antes de comprar trabajo medios de producción y medios de subsistencia. El comprador parte ya de una determinada situación de ventaja frente al vendedor. En el intercambio de la capacidad de trabajo por un cuanto de trabajo objetivado consigue no sólo la riqueza propia y la pobreza ajena sino, también, consigue reproducir la relación de esta riqueza que consume pobreza para valorizarse a sí misma. El capitalista se apropia de trabajo ajeno. Su propiedad privada se basa en la usurpación. Expropia los productos directos del trabajo con despiadado vandalismo pero con el pecho lleno de una paz inocente. El derecho de propiedad se trastrueca dialécticamente; del lado del capital, en el derecho a apropiarse de trabajo ajeno sin entregar un equivalente; y del lado de la capacidad de trabajo, en el deber de comportarse frente a su propio trabajo o su propio producto como si estuviera ante una propiedad ajena. Con la libertad de compraventa del trabajo se estatuye la explotación libre del hombre por el hombre.

En la producción general, el obrero queda enajenado de los medios y frutos de la producción. Los medios de su producción se le encuentran como propiedad ajena, como propiedad de otro. Las herramientas y materiales de su trabajo le son prestadas con la intención de que produzca para alguien más. *La relación del capital presupone la escisión entre los trabajadores y la propiedad sobre las condiciones de realización del trabajo.* El proceso capitalista de sometimiento de toda la producción extiende esta separación entre el trabajo y las condiciones objetivas del trabajo. Con respecto a los frutos del trabajo, estos se mantienen igualmente como propiedad ajena. Subsiste una separación entre la propiedad y el trabajo, un cierto trastrocamiento. El producto del trabajo, el trabajo objetivado, recibe del trabajo vivo un alma propia y se establece ante éste como un poder ajeno. El trabajo produce la riqueza de otro. Vive como separación entre el valor y la actividad creadora de valor, que aparece ahora como producto del trabajo mismo, objetivación, materialización de sus elementos propios. El plustrabajo es destinado a extraños por el efecto de una imposición, de una coerción exterior. La escisión entre la propiedad y el trabajo aparece ocultada bajo la ilusión jurídica de la propiedad privada. En el pago del salario *la relación dineraria encubre el trabajar gratuito del asalariado. Se comprende, por consiguiente, la importancia decisiva de la transformación del valor y precio de la fuerza de trabajo en la forma del salario, o sea en el valor y precio del trabajo mismo. Sobre esta forma de manifestación, que vuelve invisible la relación efectiva [la relación de expropiación] y*

precisamente muestra lo opuesto de dicha relación, se fundan todas las nociones jurídicas tanto del obrero como del capitalista, todas las mistificaciones del modo capitalista de producción, todas las ilusiones de libertad, todas las pamplinas apologéticas de la economía vulgar. En la ley de la apropiación capitalista o ley de la propiedad privada, el intercambio de equivalentes se falsea hasta convertirse en mistificación, en mera apariencia. La parte de capital intercambiada por fuerza de trabajo es sólo una parte del producto de trabajo; el obrero tiene que reintegrarla, además, con un excedente. La relación de intercambio es una mera forma, una apariencia correspondiente al proceso de circulación. *La compra y venta constantes de la fuerza de trabajo es la forma.* El derecho sobre el trabajo propio aparece como derecho sobre el trabajo ajeno. *La propiedad aparece ahora, de parte del capitalista, como el derecho a apropiarse de trabajo ajeno impago o de su producto; de parte del obrero, como la imposibilidad de apropiarse de su propio producto.* En el capital: 1) se disuelve la relación de propiedad antigua con la tierra; 2) se disuelve también la propiedad del productor sobre el instrumento de producción; 3) se hace necesaria la preexistencia de los medios necesarios para la vida del productor; y 4) se disuelve, por la aparición de la maquinaria, la necesidad de las capacidades vivas del trabajo; el obrero puede bien ser remplazado por un palo.

IV. Maquinaria. Subsunción real del proceso de trabajo al capital

La máquina llega y suprime al artesano. No sólo lo desplaza como fuerza física sino que lo arruina como productor al abaratar su producto. La aparición de la máquina genera una verdadera revolución en la división interna social del trabajo. El carácter cooperativo del proceso de trabajo se vuelve una necesidad técnica dictada por la naturaleza del medio de trabajo, la máquina. Las condiciones materiales de producción aparecen como condiciones tecnológicas en un proceso de aumento de la productividad. La base técnica capitalista es constantemente transformada con la intención de generar un progreso en la acumulación. La revolución de los medios de producción fabril generan una revolución total de las condiciones de producción social: los medios de comunicación, el transporte, las ideas, etc. Todo lo que estorbe a la industria y su empuje habrá de ser evolucionado o destruido. La masa obrera adquiere como necesidad su capacidad de múltiple adaptación, su movilidad, su capacidad de transformarse constantemente. El individuo productivo entra

bajo la necesidad de un multifacetismo que le lleva a transformarse en obrero universalmente explotable. El desarrollo del hombre como fuerza productiva para la industria se convierte en necesidad natural, al interior del capital. La carencia relativa lo lleva al desarrollo de una relativa multiplicidad. Intenta armarse, como un rompecabezas incompleto, mediante la conjunción de pequeñas piezas. El capital se ha convertido en el supuesto universal; él es la producción en general, humana y material. En la gran industria de máquinas, el capital ejerce su mandato sobre las fuerzas del trabajo y los medios productivos que, ya en sí mismos, aparecen como manifestaciones previamente mediadas esencialmente por él. La subsunción real del proceso de trabajo se constituye, justamente, cuando el modo de producción capitalista se convierte en verdadera condición de producción, cuando ya no es posible hacer salvo sus productos y a través de sus engendros.

V. Acumulación originaria

La injusticia más aborrecible es la que tiene armas.

ARISTÓTELES

Para poder comprar trabajo y aprovecharse de él, el comprador debió poseer medios de producción y de compra, debió tener algo de herramienta y material, algo de tesoro acumulado por ahí. Para la conciencia burguesa esta acumulación originaria se explica muy fácilmente: los que tenían con qué comprar, ganaban esta virtud gracias a que habrían trabajado lo suficiente para generar un excedente; los que buscaban trabajo se encontraban desposeídos por su irresponsabilidad y falta de ayuno. La visión burguesa sobre el fenómeno de la acumulación originaria no alcanza a explicar el más simple de los fenómenos económicos o históricos concretos, sin embargo, hace explícita con elevada perfección su visión maniquea sobre un mundo infantilmente dividido entre la masa holgazana y mugrosa y el pequeño círculo de industriales y buenos cristianos. La acumulación originaria significó en la realidad histórica un proceso de escisión entre el obrero y la propiedad de sus condiciones de trabajo, un proceso de expropiación que transformó los medios de producción en capital y al trabajador en asalariado. La acumulación originaria consiste en un proceso histórico de expropiación y hurto, gestado a través de la conquista militar, el sojuzgamiento, el homicidio motivado por el robo, en una

palabra, la violencia. El capital viene al mundo *chorreando sangre y lodo, por todos los poros, desde la cabeza hasta los pies. La expoliación de los bienes eclesiásticos, la enajenación fraudulenta de las tierras fiscales, el robo de la propiedad comunal, la transformación usurpatoria, practicada con el terrorismo más despiadado, de la propiedad feudal y clánica en propiedad moderna, fueron otros tantos métodos idílicos de la acumulación originaria. Esos métodos conquistaron el campo para la agricultura capitalista, incorporaron el suelo al capital y crearon para la industria urbana la necesaria oferta de un proletariado enteramente libre.*

La historia del proletariado es la historia de su despojo. La violencia es en el capital una verdadera potencia económica. Por el mecanismo de las guerras comerciales y la colonización brutal, destruye las condiciones de aislamiento regional, extendiendo mundialmente el mercado, y con ello, el circuito de interdependencia productiva, material y espiritual, de los pueblos. Sus transformaciones revisten un carácter brutal. La colonización emprendida sobre el nuevo mundo constituyó de hecho, históricamente, el asentamiento de la posibilidad universal del comercio. La conquista y explotación de los territorios nuevos y la unificación burguesa de los ya conocidos marcó el paso expansivo del régimen capitalista. Su tendencia utilitaria no le ha impedido reducir a cenizas el mundo con tal de conquistarlo. La putrefacción de la naturaleza, la ruina física e intelectual de los obreros y rurales, el socavar hasta el absurdo los dos manantiales de toda riqueza, esto es, la tierra y el trabajador, es poca cosa frente a los celestes fines del pueblo elegido.

§ 21. Estado y ley

Estado se llama el más frío de todos los monstruos fríos. Es frío incluso cuando miente; y ésta es la mentira que se desliza de su boca: "Yo, el Estado, soy el pueblo"

NIETZSCHE

I. El estado y el derecho

El estado es la comunidad ilusoria, una generalidad ficticia. En tanto estado económico es un mero espejo del pueblo. El gobierno del estado moderno representativo se limita a ejercer como una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa. Él

mismo es un medio de producción de riqueza. La propiedad privada moderna es independiente de los estados. Cuando el soberano intenta mostrar su poder y valía ante las condiciones económicas, lo único que alcanza a manifestar es su impotencia real frente a ellas. Las instituciones civiles de dichos gobiernos aparecen como el producto de las relaciones materiales de producción. Contrario a la ilusión de los juristas y políticos, son estas condiciones materiales de la civilización las que gestan las leyes y la política, no a la inversa. Como instituciones de clase tienen la cualidad de estar permanentemente viciadas e impedir la satisfacción de la verdadera necesidad social. Como poder político, el estado es la violencia organizada y concentrada de una clase para la opresión de la otra. La fuerza del estado funge como una herramienta para hacer cumplir intereses de clase. La represión violenta es su legítimo derecho y lo ejerce según lo considera necesario.

La fuente de su sostén es el cobro de impuestos. Impuestos fuertes se traducen en gobiernos fuertes. Ello no descarta que el gobierno mismo, en su privilegiada posición, permita la realización de todo tipo de negocios al amparo del poder. Con la gama ampliada de sus ingresos, el gobierno crea una casta artificial de burócratas y servidores que lo mantienen. El ejército de burócratas del ejecutivo, el aparato administrativo del estado y los militares constituyen las lealtades asalariadas del régimen.

El derecho de los estados es la voluntad de una clase erigida en ley. La relación jurídica, política y social aparece como reflejo de la relación económica elevada a otra potencia. Las formas jurídicas y de gobierno confluyen con las formas específicas de la producción. La ley actúa sometida al comercio y se constituye como legislación *ad hoc* al capital. Las leyes mismas influyen posteriormente para el mantenimiento de las relaciones de distribución que fungen como su espíritu. La ley económica de la libre competencia busca un sistema de derecho adecuado a ella y lo encuentra en el liberalismo. Liberalismo y burguesía son espejos contrapuestos. Su búsqueda es la epopeya por la libertad y la igualdad; la libertad de ser explotados y la igualdad para comerciar. Los derechos humanos, pregonados a los cuatro vientos como la expresión abstracta universal del ideal humano de justicia no representan sino el liberalismo de los propietarios. La igualdad de derechos se resuelve siempre, finalmente, en un mismo axioma: *entre derechos iguales decide la fuerza*.

Las leyes que no funcionan por sí mismas se encarrilan debidamente por medio de la policía. El estado utiliza el aparato legal para sostener los intereses que representa y actuar

con legitimación política en contra de los intereses de la clase a la que oprime. La correcta intensificación del grado de explotación de la fuerza de trabajo se mantiene policialmente vigilada.

II. Superestructura

Para mantener su dominio, la clase burguesa por intermedio del estado, no sólo utiliza a los aparatos represivos de violencia inmediata. La clase dominante se erige también como la fuente de las ideas dominantes. A la estructura económica fundamental de la explotación productiva se le adhiere toda una superestructura acorde a las condiciones sociales de existencia; una superestructura de sentimientos, ilusiones, modos de pensar, de concepciones diversas de vida. La educación y la tradición transmiten e imponen esa superestructura. La masa proletaria termina por reconocer, por la vía de la inducción ideológica, que las exigencias del modo de producción son simples leyes naturales, evidentes por sí mismas. La organización pedagógica capitalista quebranta hasta donde le es posible toda resistencia. En un momento, el burgués usó el poder del estado para dominar por violencia al sujeto de explotación, ahora, ya domesticado, lo deja andar suelto por la calle. El proletariado mentalmente manipulado no pocas veces está dispuesto a defender su cadena con la vida. A la violencia económica se le adhiere la violencia extraeconómica ya de manera muy excepcional. Lo que el estado burgués extiende como civilización no es sino la sociedad burguesa. Durante la expansión colonial, la clase capitalista utilizaba el discurso de la expansión de la cultura. En realidad, su cosmopolitismo se ha caracterizado siempre por su hipocresía. El burgués quiere abrazar el mundo siempre y cuando éste revista una forma burguesa. Lo que el burgués extiende como su cultura no es sino el sistema de adiestramiento que asegura la suave transformación de la generalidad de la población mundial en siervos. El capital en sí mismo actúa bajo la lógica del conquistador; destruye e impone. Su comportamiento es destructivo y opresivo frente a toda ideología, religión o moral que no comulgue con su afán de acumulación.

III. Economía burguesa

En el vasto mundo teórico de la economía política brilla por su ingenio, por encima de todos los soles, el economista burgués. Él es el valiente cruzado económico, defensor de la santa madre clase burguesa. Es el intelecto portador y protector de los intereses de su clase. Sus categorías son precisamente la expresión ideal de esos intereses. Para él, el burgués es el hombre natural, la esencia humana. El egoísmo es sustancia. La sangre del hombre es el deseo, pero eso sí, personal y egoísta. Todas las relaciones que el hombre pueda entablar con el mundo se le presentan como relaciones de utilidad. La civilización en su conjunto tendría su génesis en el equilibrio de intereses privados antagónicos que llegan a feliz término a través del mecanismo de la negociación. A él pertenecen por derecho de suelo las célebres *robinsonadas del siglo XVIII*. El economista burgués construye su profunda concepción filosófica del universo eternizando teóricamente las formas de relación que se establecen históricamente en la sociedad mercantil. En realidad, ese agudo pensador económico, no sólo se caracteriza por querer aparecer como sustancia sino también por querer aparecer como lo que no es, es decir, un teórico. Las categorías que la economía burguesa presenta como justificación trascendental de la dominación de clase responden justamente a su origen de clase. *Una vez que se ha visto claro en estas relaciones internas, toda creencia teórica en la necesidad permanente del estado de cosas actual se derrumba, antes de que se produzca el derrumbamiento en la práctica.*

CAPÍTULO VII. REVOLUCIÓN

§ 22. Desenajación

Aunque sea de jade se quiebra, - aunque sea de oro se rompe

NETZAHUALCÓYOTL

I. Anulación de la propiedad privada capitalista

La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases beligerantes. El antagonismo funge como engranaje interno, como motor de la historia. La clase oprimida que se desarrolla a la par de la clase burguesa es la clase proletaria. Su misión histórica de clase consiste en la abolición de todas las clases; en la abolición de todas las formas sociales que permiten el despojo violento y generalizado a favor de una minoría explotadora. La mayoría de la población se encuentra sometida como proletariado. Por ello, la clase proletaria en su movimiento revolucionario se constituye como revolución de masas; como la insubordinación de los más, de los sometidos que buscan la destrucción del régimen de su domesticación. El proletariado constituye la fuerza social productiva más grande que ha sido desarrollado a la sombra del régimen burgués. *La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros.*

La emancipación obrera debe ser obra de la clase obrera misma. La abolición de las condiciones de existencia del proletariado debe manar de sus propias manos. Decretar la destrucción de toda dominación y la muerte de los antagonismos de clase, aboliendo con sus propios actos todas las clases. Decretando el fin de las instituciones políticas, la anulación de la división capitalista del trabajo, la destrucción de las relaciones sociales de explotación y la creación de una sociedad enteramente nueva. Las clases que fueron revolucionarias en el pasado impusieron sus medios de apropiación de la riqueza; los proletarios, por el contrario, si desean acabar con la fuente de su sometimiento histórico, se

ven obligados a abolir su propio modo de apropiación y todo modo de apropiación existente hasta nuestros días. Tienen que destruir todo lo que ha venido garantizando y asegurando la propiedad privada burguesa. La misión histórica del proletariado estriba en dictar por el ejercicio de su misma fuerza su propia abolición; dictar la destrucción de su condición de desposesión a partir de su propia mano.

El proletariado está obligado por su propia condición de miseria a ejercer la violación despótica del derecho de propiedad y de todas las relaciones burguesas de producción. No la anulación de toda propiedad posible, sino la anulación de las relaciones sociales que diluyen la propiedad social a favor del monopolio burgués del poder. Esto es, la anulación de la propiedad burguesa y las relaciones sociales en que se basa. Es necesario decretar el fin de la enajenación entre productor y producto. El trabajo acumulado debe estar al servicio de la vida de los trabajadores y no a la inversa. La propiedad pierde justamente a través de la revolución su carácter de clase. La revolución comunista reitera y alberga la necesidad de expropiar al capitalista explotador. Suene, pues, la hora postrera de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores serán expropiados.

II. Libre desarrollo de las fuerzas productivas individuales y sociales

La herencia del régimen productivo burgués, aunado a la degradación colectiva humana y la destrucción natural, ha sido el desarrollo exponencial de las fuerzas productivas sociales. Sin embargo, estas fuerzas desarrolladas no coinciden con la forma de su régimen de propiedad civil. Nadie puede creerse que hay hambre por la incapacidad mundial de producir alimento. Las fuerzas productivas desbordadas durante la época capitalista, como fuente de abundancias posibles y de riquezas creadas, contrastan con la situación de desposesión y carencia de la colectividad social. El seno burgués es demasiado estrecho para contener las fuerzas que ha hecho nacer. La época de su sistema de reproducción sucumbe ante su incapacidad de cumplir con las necesidades de su tiempo. El capital deja de ser productivo justamente cuando funciona como límite al desarrollo de las fuerzas productivas que ha creado. Y la mayor fuerza productiva que ha creado, cuyo desarrollo ha estado siendo opacado y reprimido a través de todo método, es justamente la clase trabajadora. Si alguna vez la clase burguesa representó frente al régimen feudal una

clase revolucionaria, frente al proletariado no ha hecho sino fungir como la clase represora y conservadora.

El proceso histórico de desarrollo de la productividad del trabajo que se manifiesta como desarrollo universal de las fuerzas productivas sienta las bases materiales para la libertad del trabajo. Con ello, inicia la posibilidad de la generalización del libre ejercicio de las energías físicas y espirituales, el ejercicio libre de la propia vida. El hombre se encuentra ante la posibilidad de realizar su intención histórica de permanecer, no como algo devenido, sino que está en el movimiento absoluto del devenir. La enajenación universal respecto a la relación social y a sí mismo aparece como el requisito para su desarrollo universal y multilateral. El desarrollo multilateral del individuo en su producción y su consumo es el antecedente inmediato de su posibilidad de manifestación universal. El sentido de la lucha de desenajenación revolucionaria es la realización concreta del desarrollo pleno y libre de cada individuo, el desarrollo de las fuerzas productivas dictadas por el bien social, la creación de las condiciones materiales de producción para el desarrollo de todas las fuerzas humanas y su desarrollo armónico y libre frente a la naturaleza. Para esto se establece la regulación comunista de la suma de las fuerzas productivas para responder a la suma de las necesidades existentes, destruyendo el orden del cambio privado, sustituyéndolo por un control auténticamente social y común de los medios de producción, superando la división capitalista del trabajo; la división entre la actividad espiritual y material, el disfrute y el trabajo, la producción y el consumo.

Ante la necesidad de desarrollar las fuerzas productivas para el aseguramiento colectivo de una vida libre, la época capitalista, la época de la prostitución universal, aparece como una época necesaria. Esta fase histórica de desarrollo aparece como necesidad sólo en tanto se concibe igualmente como una necesidad el desarrollo universal de las capacidades humanas. Lanzarse a la generación de una sociedad de hombres material y espiritualmente libres, no clasista, sin estar en posesión de las condiciones materiales de producción y circulación necesarias para ello es una quijotada.

III. Praxis revolucionaria

La práctica revolucionaria ostenta como faro supremo la crítica radical. Si bien la historia demuestra la impotencia de las puras ideas y el hecho de que combatir frases no es

combatir el mundo, un accionar revolucionario que no se encuentre orientado por un pensamiento paralelo andará por los mares como un barco a la deriva. Se trata de que la teoría y la vida revolucionarias entran en una confluencia progresiva y cómplice. Esta praxis ostenta al hombre como sumo principio y a la humanización del hombre como sumo fin. Su reivindicación implica la reafirmación de la materialidad mundana, la reafirmación del mundo objetivo y natural. El libre disfrute del mundo, aquél fruto robado, es recuperado por la revolución para regocijo de todos sus hermanos.

El cambio social no mana jamás de la pura buena voluntad de las conciencias. Tampoco lo hace a través de una buena moral enseñada paulatinamente a la obediente población a través de las buenas escuelas. Ni la filantropía de las señoritas de buena familia, ni el socialismo burgués de las buenas conciencias rebasan jamás el estado de pequeñez de acción propio de las pequeñas burguesías. El burgués, el régimen capitalista, es un enemigo feroz, que no vacila en aplicar la más pulcra de las bajezas para sostener su estado de privilegio. El reformismo administrativo que ocasionalmente pretende anteponérsele sólo lo acicala. Retira, si tiene suerte, las excrescencias de la bestia para dejarla limpia y reluciente para que ésta pueda seguir funcionando. Ningún cambio esencial puede manar del reformismo, precisamente, porque vive de la ilusión frívola de poder hacer frente real, a través de los medios legales, contra un enemigo que no reconoce tales medios. La transformación justa de la sociedad no mana tampoco de los utopistas, cuyos líderes visionarios producen de continuo hordas enteras de falsos discípulos y esculapios, engendros de la reacción, incapaces de desapegarse de las leyes teóricas que dictan sus salmos, incapaces de adecuar su pensamiento y práctica revolucionarias a las condiciones de lucha que se les confrontan de hecho.

La distancia práctica que existe entre la idea de un hombre sumo y el hombre que en el mundo está de hecho minorizado sólo puede ser salvada a través de una auténtica praxis colectiva revolucionaria, una revolución consistente en una simbiosis entre la práctica radical y crítica, y la crítica radical y práctica. Hay que hacer volar toda la superestructura, toda la ingeniería social de adoctrinamiento enajenatorio. La educación práctica del futuro, la formación corpórea y conciente futura, que libera al hombre de su estado de esclavitud y dependencia, sólo puede ser lograda por la práctica conciente presente.

§ 23. Lucha revolucionaria

Hay que dormir con los ojos abiertos, hay que soñar con las manos

PAZ

I. Constitución del proletariado en clase

El trabajador aislado nada puede contra la clase capitalista. Hombres, mujeres y niños desnutridos, embrutecidos y dispersos, no representan para el capital, dueño de todos los medios represivos, una oposición. La asociación es el primer poder del proletariado revolucionario. Para efectuar una lucha revolucionaria, su dispersión debe ser rebasada por su constitución activa en clase. Establecerse como sociedad proletaria, real y concreta. El progreso de la industria ha facilitado la aglomeración obrera y el avance de su organización. Sin embargo, la integración de un movimiento revolucionario supone y requiere para su triunfo de la cohesión en clase de las más de las fuerzas anticapitalistas posibles. El programa de su acción de clase se establece según las condiciones propias de su lucha. Por su forma, la lucha proletaria es primeramente lucha nacional. El proletario en sí se encuentra desgarrado de su propia patria. El capital internacionalista lleva las fronteras de la confrontación de clase más allá de toda barrera nacional o local. La acción conjunta del proletariado se constituye, por la naturaleza de su necesidad, en acción común del proletariado internacional. Su fin es la toma del poder político y el derrocamiento de la dominación burguesa. La erradicación del poder político y su sustitución por el poder auténticamente público, por una democracia real y efectiva. La emancipación política no es la emancipación humana, mas sienta las bases para ésta.

El pueblo lucha para dejar de ser pueblo. La miseria y el atraso que lo ponen en disposición para luchar constituyen su impulso y su enemigo. La revolución comunista representa el rebasamiento de sus condiciones de vida y reproducción, determinadas externamente por una ley que se le afronta como hostil. La revolución comunista significa revolución total libertaria. Ella no representa la venida del mundo de los cielos a la tierra, su sentir, su proclama y su triunfo no hacen transitar a la humanidad al paraíso, tan sólo la ponen en posibilidad de decidir libremente sobre su propio destino; de desenajenarse de aquella criatura suya que señorea cruelmente sobre su propio creador. Realizar la libertad

humana tomando las riendas de la propia vida social, dando inicio a la verdadera historia. Este es el sentido primario del triunfo de la revolución comunista. Las relaciones comunistas entre individuos no están mediadas por un *principio de amor* ni de egoísmo sino por el sumo principio de su ser libres. Los comunistas son la avanzada política y teórica del proletariado que realiza en su acción este cambio social de los individuos. La ley, la moral y la religión son tan sólo el entramado de los prejuicios burgueses a los ojos del proletariado

La lucha popular conjura los espíritus del pasado libertario, revive a sus muertos para dar valor y legitimidad a los vivos. Sin embargo, para evitar la veneración supersticiosa del pasado, la revolución por venir saca su poesía del futuro.

II. Lucha armada

A la redención privada la revolución comunista opone la redención humana. Y a la fuerza del capitalista el proletariado no puede sino oponer su fuerza. La conquista obrera de la democracia no es la lucha contra una entidad ideal e interior sino contra un ente externo vivo y avasallador, que tiene poco de interior y nada de ideal. La lucha directa contra la dominación burguesa significa el choque cuerpo a cuerpo con ella. La destrucción de una sociedad basada en la contradicción no puede darse sino por la acción práctica y violenta de las masas. El derrocamiento de la violencia que engendra violencia se hace, justamente, a través de la violencia. El destino del proletario tiene sólo dos caminos: morir en vida o morir en el campo de batalla. El deseo de venganza y la indignación son en la masa los maestros de orquesta. La traición en la lucha se castiga. La ofensiva y la defensiva juegan en su desenvolvimiento armónico a favor del arte de la insurrección y su audacia. Toda presión política y económica contra el régimen es bienvenida; sin embargo, la victoria real y concreta sobre el sistema de producción capitalista, sin cortapisas, por la naturaleza del enemigo, no se alcanza sin sangre. La única vía para el derrocamiento de la clase capitalista internacional es la fuerza de los cañones. Luchar o morir. *Los proletarios no tienen nada que perder más que sus cadenas. Tienen en cambio, un mundo que ganar.*

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAÍSES, UNÍOS!

NOTAS

1. Tesis V. Feuerbach.
2. Tesis II. Feuerbach.
3. p. 223. El Capital.
4. p. 216 El Capital.
5. p. 39. Introducción general.
6. Tesis VI. Feuerbach.
7. p. 216. El Capital.
8. p. 44. El Capital.
9. Véase. p. 44. El Capital.
10. p. 43. El Capital.
11. p. 47. El Capital.
12. Véase. p. 48. El Capital.
13. pp. 48-49. El Capital.
14. p. 52. El Capital.
15. p. 89. El Capital.
16. p. 113. El Capital.
17. p. 161. El Capital.
18. p. 91. El Capital.
19. p. 82. El Capital.
20. Véase. p. 109. El Capital.
21. p. 160. El Capital.
22. p. 161. El Capital.
23. p. 154. Contribución.
24. Véase. p. 327. El Capital.
25. p. 307. El Capital.
26. p. 706. El Capital.
27. p. 352. El Capital.
28. p. 705. El Capital.
29. p. 771. El Capital.
30. p. 261. El Capital.

31. p. 283. El Capital.
32. p. 521. El Capital.
33. p. 186. El Capital.
34. p. 495. El Capital.
35. p. 429. El Capital.
36. p. 405. El Capital.
37. p. 432. El Capital.
38. p. 403. El Capital.
39. p. 412. El Capital.
40. p. 415. El Capital.
41. p. 439. El Capital.
42. p. 439. El Capital.
43. p. 444. El Capital.
44. p. 226. El Capital.
45. p. 36. VI in.
46. p. 35. VI in.
47. p. 376. El Capital.
48. p. 751. El Capital.
49. p. 280. El Capital.
50. p. 618. El Capital.
51. p. 616. El Capital.
52. p. 790. El Capital.
53. p. 550. El Capital.
54. p. 805. El Capital.
55. p. 262. El Capital.
56. p. 276. El Capital.
57. p. 453. El Capital.
58. p. 453. El Capital.
59. p. 476. El Capital.
60. p. 515. El Capital.
61. Véase. p. 526. El Capital.
62. p. 952. El Capital.

63. p. 52. Manifiesto.
64. p. 34. Manifiesto.
65. pp. 35-36. Manifiesto.
66. p. 81. El Capital.
67. p. 711. El Capital.
68. Véase. Nota a. p. 716. El Capital.
69. p. 767. El Capital.
70. Véase. p. 38-39.
71. p. 894. El Capital.
72. p. 282. El Capital.
73. p. 440. El Capital.
74. p. 68. VI in.
75. p. 893. El Capital.
76. p. 657. El Capital.
77. p. 721. El Capital.
78. p. 721. El Capital
79. p. 950. El Capital.
80. pp. 917-918. El Capital.
81. p. 282. El Capital.
82. p. 39. Introducción general.
83. pp. 119-120. Carta a Kugelmann. 11. Jul.1868. En: Cartas sobre el capital.
84. pp. 32-33. Manifiesto.
85. p. 49. Manifiesto.
86. Véase. p. 953. El Capital.
87. p. 77. Manifiesto.

BIBLIOGRAFÍA

1. Marx, Karl. *Cartas sobre el capital*. En: Marx, Karl. *Introducción general a la crítica de la economía política-1857*. Ediciones pasado y presente. Buenos Aires. 1974.
2. Marx, Karl. *Contribución a la Crítica de la Economía Política*. Ediciones de cultura popular. México. Sexta edición. 1976.
3. Marx, Karl. *Crítica de la filosofía del estado de Hegel*. Trad. Encinares, Antonio. Colección 70. Grijalbo. México. 1968.
4. Marx, Karl. *Crítica del programa de Gotha*. Editorial Progreso. Moscú. 1977.
5. Marx, Karl. *El Capital (VOL. 1-8)*. Trad. Scarón, Pedro. Siglo XXI. México. 24ª Edición. 2001.
6. Marx, Karl. *El Capital: Libro I-Capítulo. VI Inédito*. Trad. Scarón, Pedro. Siglo XXI. 1984.
7. Marx, Karl. *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Ediciones en lenguas extranjeras. Beijing. 1978.
8. Marx, Karl. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858 (VOL. 1-3)*. Trad. Scarón, Pedro. Siglo XXI. México. 18ª Edición. 2002.
9. Marx, Karl. *En torno a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. En: Marx, Karl. Engels, F. *La sagrada familia*. Trad. Roces, Wenceslao. Grijalbo. México. 2ª Edición. 1967.
10. Marx, Karl. Engels, F. *La ideología alemana*. Trad. Roces, Wenceslao. Editorial pueblo y educación. Ciudad de La Habana. 1966.
11. Marx, Karl. Engels, F. *La sagrada familia*. Trad. Roces, Wenceslao. Grijalbo. México. 2ª Edición. 1967.
12. Marx, Karl. Engels, F. *Manifiesto del Partido Comunista*. Ediciones en lenguas extranjeras. Beijing. 1965.
13. Marx, Karl. Engels, F. *Tesis sobre Feuerbach y otros escritos filosóficos*. Trad. Roces, Wenceslao. Grijalbo. México. 1974.
14. Marx, Karl. *Introducción general a la crítica de la economía política-1857*. Ediciones pasado y presente. Buenos Aires. 1974.
15. Marx, Karl. *La guerra civil en Francia*. Editorial Progreso. Moscú. 1977.

16. Marx, Karl. *La miseria de la filosofía*. Editorial Progreso. Moscú.
17. Marx, Karl. *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Trad. Roces, Wenceslao. Colección 70. Grijalbo. México. 1968.
18. Marx, Karl. *Revolución y contrarrevolución*. Trad. Encinares, Antonio. Colección 70. Grijalbo. México. 1967.
19. Marx, Karl. *Salario, precio y ganancia*. Editorial Progreso. Moscú.
20. Marx, Karl. *Sobre la cuestión judía*. En: Marx, Karl. Engels, F. *La sagrada familia*. Trad. Roces, Wenceslao. Grijalbo. México. 2ª Edición. 1967.
21. Marx, Karl. *Tesis sobre Feuerbach*. Trad. Echeverría, Bolívar. En: Echeverría, Bolívar. *El discurso crítico de Marx*. Ediciones Era. 1986.
22. Marx, Karl. *Trabajo asalariado y capital*. Editorial Progreso. Moscú.
23. Marx, Karl. *Tesis doctoral. Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y Epicuro*. Premia Editora. México. 1978.